

DAVID HERNANDO

# BATMAN

## SERENATA NOCTURNA

EL ORIGEN DEL CABALLERO OSCURO



de

Lectulandia

En los años treinta, Bob Kane creó a Batman. Eso es lo que todo el mundo cree, pero nadie sabe que eso no es del todo cierto. Kane contó con la ayuda de Bill Finger, uno de los mejores guionistas que ha tenido el mundo del cómic. Finger vivió en el anonimato durante toda su vida y murió solo, pobre y sin reconocimiento oficial alguno de su participación en la creación de Batman.

*Batman: Serenata nocturna* presenta el relato definitivo sobre la creación del Caballero Oscuro, apoyado con declaraciones y entrevistas exclusivas realizadas a historiadores del mundo del cómic, así como a autores y editores de Batman que conocieron a Finger y han decidido romper su silencio.

**Lectulandia**

David Hernando

# **Batman: Serenata nocturna**

**El origen del Caballero Oscuro**

ePub r1.0

lenny 23.04.16

Título original: *Batman: Serenata nocturna*

David Hernando, 2014

Ilustración de cubierta: Paco Roca

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



*A mis padres*

*«Toda foto brillante tiene un negativo oscuro»*

Rupert Thorne en «Dos Caras. Primera parte»  
(*Batman: The Animated Series*, 1992)

# UN CORTE DE MANGAS A LA HISTORIA<sup>[1]</sup>

## Introducción de Roy Thomas

Bill Finger. Apenas te conocí.

Ojalá te hubiera tratado más. No haberlo hecho me apena muchísimo.

Cuando llegué a Nueva York a finales de junio de 1965 para empezar mi carrera en el mundo del cómic (como ayudante de Mort Weisinger, editor de la línea de Superman en DC), su nombre ya me resultaba familiar. Aunque no tanto como debería.

Por aquel entonces, mi colección de cómics era abundante (¡algunos con más de veinticinco años a sus espaldas!) y sabía que él era guionista. Su firma había aparecido en las primeras historias de Wildcat y del Green Lantern de la Edad de Oro. Apenas unas semanas después de conocer a Finger, Bob Kane, el único autor acreditado de Batman, arremetió contra mi buen amigo, el Dr. Jerry G. Bails, por atreverse a sugerir en un artículo que Bill Finger se merecía el crédito de creador del Cruzado Enmascarado tanto como Kane.

Jerry conoció a Finger cuando visitó las oficinas de DC en Nueva York en febrero de 1961, durante el mismo viaje que lo llevó a abandonar la idea de publicar una *JLA Newsletter* para, en su lugar, lanzar un *fanzine* dedicado a los cómics de superhéroes llamado *Alter Ego*. Jerry consiguió (o, al menos, así lo entendió él) arrancarle a Bill la promesa de escribir una pequeña autobiografía para su *fanzine*. Aquella promesa, como tantas otras de Bill, cayó en saco roto, pero Jerry mantuvo su interés por la vida y la obra de Finger.

Unos años después, en julio de 1965, Bails volvió a viajar a Nueva York, esta vez con el propósito de asistir a una convención de cómics organizada por Dave Kaler. La tarde previa a la inauguración de la convención, Dave y yo (compañeros de piso por aquel entonces), y quizás alguien más que no recuerdo, acompañamos a Jerry hasta el piso de Bill Finger. Fue esa noche cuando Bill le enseñó a Jerry, y a todos nosotros, algunos de los objetos y referencias que conservaba de tiempos mejores; entre ellos, un trozo de papel de 1939 o 1940 donde tenía apuntados varios nombres para el ayudante en ciernes de Batman. Nombres como Tiger, Wildcat... o Robin.

Quizás esa fuera la noche en la que Jerry entrevistó a Bill para su artículo «Si la verdad se supiera», publicado ese verano en un número de *CAPA-alpha*, el *fanzine* colectivo del que él fue fundador y «centro neurálgico». O quizás ambos quedaran en algún momento durante el fin de semana de la convención, no lo recuerdo. Pero lo que es seguro es que, de esos dos o tres días, surgió el artículo de Jerry en el que, por primera vez, Bill Finger declaró ser el cocreador no reconocido de Batman.

Al día siguiente, cuando Bill llegó a la convención (tarde, como era habitual en



él) para participar en la mesa redonda moderada por Jerry, junto a los guionistas de DC Gardner Fox y Otto Binder y el editor Mort Weisinger, ni Jerry ni Bill dijeron una sola palabra sobre la creación de Batman. Puede que fuera porque Jerry quería guardarse la noticia y reservarse la bomba informativa para cuando su artículo viera la luz; o porque Finger pidiera no pronunciarse públicamente al respecto; o porque Weisinger, editor de DC para el que Finger trabajaba a veces, estaba sentado a su lado... Fuera por el motivo que fuera, ninguno de nosotros conoce el origen de ese silencio. David Hernando profundizará en todos los detalles en las páginas que siguen, pero por ahora baste decir que, cuando Jerry publicó su artículo poco después de la convención, una copia llegó a las manos de Bob Kane, cuyo nombre siempre había sido el único impreso en cualquier historia de Batman. El texto le llegó a Kane, de hecho, a través de un amigo común que teníamos Jerry y yo, Biljo White, cuyo *fanzine Batmania* estaba dedicado a todo lo relacionado con Batman antes de que el Caballero Oscuro diera el salto a la pequeña pantalla y de que la palabra en sí («Batmania») se convirtiera en cliché.

El artículo de Jerry desató la furia de Bob Kane, quien escribió una carta de seis páginas, a espacio sencillo, en la que arremetía tanto contra el artículo como contra el hombre que lo había escrito (a quien se refería como «la autoproclamada autoridad en Batman»). Pedía a White que imprimiera toda la carta en *Batmania*, algo que cumplió poco después. Pese a dar a Finger algo de crédito por ser «una influencia al ayudarme a dar forma a la historia» e incluso por crear a «algunos personajes» (que no nombró), Kane negó que nadie salvo él mismo pudiera ser considerado creador de Batman.

¡Ay! Si hubiéramos sabido todo esto tan sólo unas semanas antes, durante la convención, la mesa redonda habría sido mucho más interesante, ¡más allá de lo fascinante e histórica que fue de por sí!

Por mi parte, después de aquella tarde en el piso de Finger y de pasarme por la convención, no volví a hablar nunca más con él. Tampoco recuerdo ninguna otra conversación que pudiéramos haber tenido en aquella semana de julio de 1965, lo que me lleva a pensar que Jerry y Bill fueron los que más hablaron durante el encuentro. El resto de nosotros nos contentamos con poder escucharlos y, quizás, aprender algo.

Un par de años después me apenó enterarme de que Bill fuese uno de los autores que DC dejó de lado en sus encargos mensuales, por haberse atrevido a pedirle a la editorial una serie de compensaciones a cambio de todas las historias que habían compuesto durante tantos años. Al final resultó que la mayor fantasía que habían creado era aquella en la que se creyeron que a alguien de la empresa le importaban algo sus contribuciones.

Tras todo aquello, la única vez que me encontré con Bill Finger fue cuando, en algún momento a finales de los años sesenta, se presentó un día en las oficinas de Marvel después de que DC lo «dejara ir» (si es que una compañía puede despedir a alguien que siempre ha trabajado para ella como externo). Intercambiamos un par de

palabras amistosas en recepción, pero él en seguida se enclaustró con Stan Lee en su despacho. Salvo por el hecho de que Stan me contó luego que Bill había ido a pedir trabajo, no sé nada de lo que hablaron. No tengo ni idea de por qué Stan no le dio al menos una oportunidad para escribir algún guión, al igual que hizo con otros refugiados de DC como el guionista y editor Bob Kanigher. Por lo poco que sé, podría ser que Stan le hubiera solicitado ideas para algún personaje y que Bill, simplemente, no hubiera llegado a entregarlas. Era impropio de Stan no dar una oportunidad a un profesional consagrado, y gente como Kanigher, Gardner Fox o Jerry Siegel (por no mencionar a Bill Everett y Syd Shores) pudieron comprobarlo en su día.

Unos pocos años después, me enteré de que Bill había muerto. Y lo lamenté mucho. En parte por mí mismo, al no haber podido conocerlo mejor.

Con el paso de los años, he admirado a aquellos que se han plantado e incluso se han atrevido a despertar la ira de la empresa por querer acreditar a Bill como cocreador del que, seguramente, sea el segundo superhéroe más conocido de la historia. Gente como Jerry Bails o, más adelante, Mike W. Barr quien, como joven editor en DC, soportó más de una bronca de la editorial por no quedarse callado sobre el asunto. De un tiempo a esta parte, la empresa ha adoptado una actitud mucho más generosa y clara, incluso aunque todavía deban, por un tecnicismo, especificar a Kane como único creador oficial de Batman.

Una vez, Mike Gold, antiguo editor de DC, me comentó que la introducción que escribí para uno de los recopilatorios de la línea Archivos DC constituyó la primera vez que la empresa permitió referenciar a Finger como parte importante en la creación de Batman. Si es el caso, lo ignoro. Cuando escribí lo que fuese que escribiera sólo asumí que, para entonces, el hecho de que Bill Finger hubiera cocreado a Batman ya era de dominio público, incluso aunque no se supiera qué o cuánto había hecho. Pero claro: el «dominio público» entre historiadores y aficionados del mundo del cómic poco o nada tiene que ver con el dominio público general. Esa parte del público, el mayoritario, nunca lo ha sabido o ni siquiera ha mostrado interés.

Pero a nosotros sí nos importa, y a lo largo de todos estos años algunas personas se han preocupado de ello. Personas como Marc Tyler Nobleman... o David Hernando, autor de este libro.

Benditos seáis.

Sólo desearía que Bill hubiera podido quedarse en esta Tierra nuestra un poco más, para oír los aplausos y, también, para obtener una pizca del inmenso beneficio que sus ideas han generado. Se lo merecía... pero su momento llegó demasiado tarde como para hacerle ningún bien, más allá de en los libros de historia.

Pero en fin... para eso están los libros de historia.

## PRÓLOGO

Desde que el ser humano aprendió el arte de contar historias, aceptamos mejor las mentiras. Forman parte del juego: nos divierten, nos entretienen y, a fin de cuentas, son parte indisoluble de los relatos en sí. Todos sabemos que éstos son ficticios, o que guardan algo de fantástico si se basan en hechos reales, pero como queremos que nos engañen nos dejamos llevar de la mano hacia nuevos mundos, sean pasados, presentes o futuros. Cuando la mentira gira en torno a una historia que narramos, no como parte de una ficción construida, sino como un discurso real entre nuestros seres queridos, también la solemos aceptar. Motivos para ello hay muchos. Desde una mentira piadosa hasta una verdad a medias; desde no querer hacer daño a alguien hasta a nosotros mismos. Entre los adultos las reglas del juego están claras, todas las partes están de acuerdo y salimos cada día al tablero de contar historias para ver hacia dónde nos llevará la partida de hoy. Pero, ¿por qué un adulto mentiría a un niño? Motivos también hay muchos, y todos los adultos los saben y comparten. Tanto para protegerlo de ese mundo en el que viven esos mismos adultos, como para alargar al pequeño ese momento de inocencia que nosotros conocimos un día, hace tanto, y que queremos mantener lo máximo posible.

Sin embargo, ¿y si el adulto miente al niño única y exclusivamente por su propio interés? ¿Y si quiere salvaguardar no la inocencia del niño, sino su propia fachada? Como los dioses antiguos que ven menguar su poder cuando disminuyen sus creyentes, un adulto necesita de la adulación de los niños para mantener su hegemonía. Cuantas más personas lo vean como la imagen que proyecta de sí mismo, más persistirá esa representación. Cuantos más niños y adultos crean en él, más veracidad cobrará su mentira. Y cuando esa mentira tiene que ver con uno de los personajes más reconocibles por todo hombre, mujer y niño del planeta, el poder de ese embuste no tendrá límites; será tan eterno que sobrevivirá incluso al calumniador original.

Eso pensó Bob Kane cuando le dijo al mundo que él era el único creador de Batman. Durante décadas, todos estuvieron dispuestos a creer esa mentira; durante décadas, nadie cuestionó la historia. Desde 1939, la única firma que aparece en toda obra relacionada con el personaje, ya sea cómic, cine, televisión o producto derivado, es la suya. Y, sin embargo, la identidad del auténtico impulsor de la imagen del Caballero Oscuro, el concepto tal como ha sido conocido en el mundo entero, ha permanecido oculta durante muchísimos años. Bill Finger, responsable final de la creación de Batman, vivió y murió sin reconocimiento oficial alguno. Kane no dejaba que se expresara y, si llegaba a hacerlo, suprimía su voz al instante, para que aquellos que llegaban a oírlo creyeran haberlo imaginado.

Lo que no imaginaba Kane es que, años después de la muerte de ambos, Finger

recibiera el reconocimiento que se merece. Poco a poco, su nombre se ha ido haciendo hueco. Poco a poco, la necesidad de sacar a la luz la verdad es imparable. Porque nos gustan las mentiras al jugar a contar historias, pero lo que no nos gusta en absoluto es la injusticia y es en eso, al igual que el personaje que ayudó a crear, en lo que Finger y sus lectores creen como si fuera su mantra absoluto. Confían en que, algún día, la frase «Batman, creado por Bill Finger y Bob Kane» figure en todo lo relacionado con el personaje. Es un objetivo común, una meta y, aunque parezca imposible, una ilusión por la que merece la pena soñar.

Desde 1939, muchas personas han tenido la oportunidad de ilusionarse con ese propósito, pero son muchas más las que siguen viviendo en la fantasía creada y perpetuada por Kane. Nadie quiere saber nada acerca de la posible autoría de Finger, y por ello toda voz al respecto queda apagada por el propio entorno, incluso cuando Bill le cuenta a su hijo, Fred, su implicación con el Caballero Oscuro. De hecho, no tiene ni que explicársela, porque el niño ve como testigo de excepción cómo su padre crea el universo en torno al Hombre Murciélago. El propio Fred explica años después en clase, a finales de los cincuenta, que su padre ha ayudado a crear a Batman, pero nadie lo cree ni quiere creerlo. En todos los cómics del personaje figura el nombre de Bob Kane. Sólo consigue ser objeto de mofa cuanto más insiste en la veracidad de su argumento, por lo que desiste en el empeño.

Pasan los años y Fred se asegura de que su hija Athena conozca la historia de la familia y ella misma narra a sus compañeros, en los años ochenta, que su abuelo fue cocreador del Hombre Murciélago. La historia se repite, pero el mundo no quiere escuchar. De nuevo, nadie la cree. Batman ha aparecido en series de televisión y, a esas alturas, en todo tipo de producto imaginable. En todos ellos, ya no sólo en los cómics, el nombre de Bob Kane está tallado en piedra. Athena no tiene manera de demostrar aquello que su padre le asegura que es verdad, por lo que desiste también en su intento. No sabe que hay un grupo de lectores que siempre han sabido, al investigar e interesarse por su afición, que su abuelo fue primordial en la concepción de Batman, y que lucharán por activa y por pasiva, aunque les lleve años, por hacer público su reconocimiento.

Uno de esos seguidores es Marc Tyler Nobleman, que en 2012, tras seis años de investigación, publica *Bill the Boy Wonder: The Secret Co-Creator of Batman* (Bill el Chico Maravilla, el cocreador secreto de Batman), donde en apenas cincuenta páginas da a conocer al mundo la historia de Bill Finger en un formato idóneo para empezar a correr la voz: un libro infantil. Idóneo porque los niños, como representación del futuro y el legado que son, otorgarán más fuerza al reconocimiento que el abuelo de Athena se merece. Es al leer el cuento cuando muchos niños se preguntan por qué un adulto les mentiría de esa manera. Y saben bien la razón. No es como cuando sus padres los salvaguardan de algo. No es como cuando sus hermanos se interponen para protegerlos. Es única y exclusivamente porque ese adulto quiere salvaguardarse y protegerse a sí mismo. Es uno de los mayores engaños llevados a cabo en la cultura

contemporánea, mantenido durante décadas cada mes en cientos de publicaciones. Ésa es la mentira que ni niños ni adultos van a permitir que dure un segundo más.

Como en todas las grandes gestas, los pequeños cambios se notan poco a poco. Han hecho falta tres generaciones, pero las semillas dan sus frutos. A Fred no lo quisieron creer; a Athena no le prestaron atención. Pero a Benjamin, hijo de Athena, sus compañeros de clase en 2012 lo creen. El bisnieto de Bill Finger sostiene entre sus manos el libro escrito por Nobleman y no hay nada más poderoso que la letra impresa. Bob Kane lo sabía bien, pero le han devuelto el ataque con su propia moneda. Multitud de páginas en Internet claman por el reconocimiento de Finger, muchos incluso se dedican a alterar secuencias de crédito de películas de Batman para colocar su nombre en ellas. La mentira de Bob Kane se cae a trozos por su propio peso para dejar paso, por fin, a la historia de Bill Finger. Una historia a la que le ha llegado el momento de ser contada, una historia que el mundo entero ya está dispuesto a escuchar.

# CAPÍTULO UNO

Llega tarde. Lo sabe, lo sufre, pero no puede remediarlo. Escribir es su mayor placer, pero al mismo tiempo su peor tortura. Bill es un perfeccionista, casi obsesivo con su labor, y no entregará ningún guión hasta saber que está impoluto. Se pasa todas las noches en vela, tecleando sin parar. Su hijo de apenas siete años hace horas que duerme en la habitación de al lado. A veces incluso escucha su respiración en los momentos en que la radio disminuye por sí sola el volumen de la música. Entre compás y compás de *Pequeña serenata nocturna*, Finger escribe sobre Batman y su mundo. Todo a su alrededor cobra forma en su mente entre las inspiraciones de su hijo y los violines de Mozart. El traqueteo de la máquina de escribir hace los coros, convirtiendo en realidad lo que su imaginación moldea en su cabeza.

Sin embargo, el bloqueo le impide seguir durante horas. Desesperado, pasea por el comedor, ordenando sus ideas, hasta que la radio aumenta el ritmo, su hijo se da la vuelta y él se sienta de nuevo. Escribe sin parar. Teclea como si se fuera a acabar el mundo. En cierto sentido, así es. Sabe que no va a cumplir el plazo de entrega. Es sábado por la noche y sólo lleva la mitad de la historia redactada. La fecha tope era el lunes. De la semana pasada. Sin entrar en pánico, Bill se levanta, se moja la cara, mira el reloj, ajusta el volumen y sigue tecleando hasta el amanecer.

Al amanecer, Louis Finger sabe que no tiene alternativa. Ha pasado toda la noche en vela, pensando en las opciones que le quedan. Y no ve ninguna más que irse de la ciudad. La tienda familiar no va bien y ahora no puede pensar sólo en su mujer, Tessie. Ya hace tres años que nació Bill, en aquel 8 de febrero de 1914 que guarda en su memoria como oro en paño, y no tiene manera de dar al niño lo que necesita. Piensa que cuando crezca será mano de obra muy útil, pero ahora mismo sólo es una boca más que alimentar. Y no puede hacerlo. Cuando Tessie se levanta, Louis le informa de la decisión: volverán a Nueva York, no queda nada más para ellos en Denver. Ella disfruta con la idea de volver a su ciudad natal y Louis sabe que allí tendrán más oportunidades. Las mismas que pensó que tendría cuando, ilusionado, llegó a Estados Unidos. Con tan sólo diecisiete años, Louis dejó Austria para perseguir el sueño americano y aunque ha formado una familia, le falla el aspecto económico para redondear la situación. Con ese objetivo en mente, hacen las maletas y parten hacia el este.

En 1917, si llegas a Nueva York para instalarte con pocos recursos, el mejor sitio es el barrio en auge del Bronx. No hace ni treinta años que toda esa zona contaba sólo con granjas y campos, pero hoy surgen apartamentos y líneas de comunicación con el centro de Manhattan. Es ahí donde Louis ve claro el futuro, abre una sastrería y se instala junto a Tessie y Bill. Por un momento la fortuna le sonrío e incluso la buena previsión hace que le den una hermana al pequeño Finger en 1918: Emily. Tras casi

un año construyendo su nueva vida en Nueva York, Louis cree que por fin lo ha conseguido. Cuando zarpó desde Austria en 1907, jamás llegó a pensar que tendría mujer, dos hijos y un negocio propio en una de las ciudades más grandes del mundo, con más de cinco millones de habitantes. Se siente realizado, dueño de su futuro y más esperanzado que nunca. Es entonces cuando la epidemia más mortal de la historia de la humanidad llega hasta su puerta.

Nadie sabe cómo empieza, pero ataca a toda la población mundial por igual. Las diferencias de nacionalidades, banderas y ejércitos que han assolado el planeta durante la Gran Guerra de los últimos cuatro años se convierten ahora en algo completamente irrelevante. Lo que parece ser un resfriado cualquiera evoluciona hasta convertirse en la pandemia de gripe más mortífera conocida. El movimiento de soldados en las trincheras, el regreso a casa tras la victoria de los Aliados y las bajas defensas de la población tras sufrir una Guerra Mundial dejan vía libre para que en cuestión de pocos meses no quede casi ni un continente libre del virus.

En Estados Unidos llegan noticias desde Kansas sobre un brote en primavera; luego en otoño hay otro en Boston y, para cuando llega el invierno, la gripe ha matado a más de doscientas mil personas. El 11 de noviembre de 1918, el *New York Times* encabeza su portada con el final de la guerra, pero todavía tendrá que anunciar la devastación de la epidemia. España sí ha informado del estado de la gripe, apodada *española* por ser este país el único que reporta libremente al no haberse implicado en el conflicto, y confirma que han muerto ocho millones de personas. Pero no se detiene ahí. En China ya son treinta millones los fallecidos y el resto del mundo ha de esperar dos años hasta la erradicación total de la cepa.

Louis Finger y su familia aguantan en casa y no contraen la enfermedad, al actuar lo más prevenidos y aislados del resto del mundo como les es posible. Ven pasar a los policías con protecciones y los controles sanitarios de su época hacen lo que pueden mientras en las afueras de las ciudades se concentran carpas para colocar en fila a los enfermos. Las precauciones se multiplican, se reparten máscaras, se firman documentos que garanticen a los inmunes subirse a los trenes y seguir con su vida diaria, pero el coste final, una vez disipada la pandemia en 1920, se cuantifica en 675.000 muertos sólo en Estados Unidos. Más de cincuenta millones en todo el mundo.

Con la enfermedad atrás, Louis, Tessie, Bill y Emily recobran la normalidad durante los años siguientes, aunque no por mucho tiempo: el pequeño padece escarlatina. Con pocos recursos sanitarios, Bill permanece en cama para luchar contra la enfermedad. Mientras el mundo se recupera y se pone en pie, él se queda postrado, pero no inmóvil. Su mente viaja lejos y lo hace con la ayuda de la literatura. No puede hacer otra cosa que leer y así inicia su pasión por las letras, por el escapismo, por la aventura y por lo extraordinario. Pasa días, semanas, meses, enclaustrado en esa cama, pero le parecen horas. El entretenimiento, piensa, no tiene fin. Sus ganas de aprender más, tampoco.

Para satisfacer esa necesidad, y al mismo tiempo que nace su hermana pequeña Gilda, sus padres lo inscriben en el instituto DeWitt Clinton, recién instalado en 1929 en un nuevo emplazamiento en el Bronx. Como una fortaleza se erige en Mosholu Park, dando cobijo entre su gran avenida de entrada, su piscina, su gimnasio o su campo de fútbol a uno de los institutos para chicos más codiciado por las familias judías de la zona. «Un templo de la educación», lo define el alcalde de la ciudad. No es para menos tras gastarse más de tres millones de dólares en su nueva ubicación. Dados los alumnos que surgirán del centro y las lucrativas creaciones y aportaciones que llevarán a cabo, parece una inversión más que amortizada, pues por sus pasillos pasarán Stan Lee, Will Eisner, Burt Lancaster o Ralph Lauren, entre otros cientos más. El lema del instituto reza «Sine Labore Nihil» (sin esfuerzo no hay recompensa) y, cual mantra, se instala en las personalidades de sus alumnos.

Al igual que ellos, Bill quiere ponerse a estudiar y absorber más conocimiento, ahora que lo nota al alcance de su mano no puede esperar. Sus padres lo animan, quieren que sea doctor y gane muchísimo dinero. Él no aspira a tanto, aunque siempre que le pregunten responderá que estudia para ser médico, no sin antes dejar claro su interés por el arte y las letras, motor principal de su motivación. Cuanto más lee, más quiere ser escritor. Cuanto más descubre sobre Dickens, Shakespeare, las revistas de aventuras o las tiras de prensa, más desea tocar todos los ámbitos. Eso incluye el cine, al que asiste con frecuencia gracias al negocio de su padre. En la sastrería, Louis permite exponer carteles de películas en el escaparate como promoción, con lo que obtiene varios pases para el cine que su hijo aprovecha al instante. Como lector, no reniega de nada. Como espectador, no desvía la mirada ante ninguna producción. Todo lo que cae en sus manos, lo devora. Lo que le encargan leer en el instituto, lo absorbe. Lo que no, lo busca por sí mismo. Es un autodidacta compulsivo. Más le vale serlo, porque ajeno a él, el mismo año en que el DeWitt Clinton estrena edificio, la bolsa en Wall Street explota hasta llevar a la ruina a miles de familias.

El crac bursátil de 1929 prosigue con sus réplicas durante los años siguientes hasta que Finger concluye sus estudios. En 1933 está listo para ir a la universidad, pero no sabe cómo decirle a sus padres que no quiere ser médico. Da por hecho que tendrá que estudiar esa carrera por imposición y, aunque en parte le atrae la idea, en secreto desea dedicarse a contar historias. Sigue empapándose de toda forma de narrativa que encuentra, sea en formato libro, tira de prensa, revista o película. Siente que no puede parar. Hasta que lo frenan. No irá a la universidad, no tendrá más aspiraciones. Ni siquiera el sueño de sus padres de que sea médico para que financie a la familia podrá cumplirse: la Gran Depresión ha tocado fondo y la crisis económica se lleva por delante la sastrería de su padre. El negocio familiar cierra. No parece haber futuro, sólo presente. Todo consiste en la búsqueda de trabajo, donde y como sea. Bill encuentra empleos, uno tras otro, temporales e insostenibles, pero trae algo de dinero a casa. Cada día desprecia los trabajos en los que se ve envuelto,



mientras sigue soñando historias.

De un oficio a otro, sin descanso, es como pasan sus años de la Gran Depresión. Aparte de las lecturas que puede permitirse, sólo encuentra consuelo en algunas de las fiestas que hacen en el barrio, en algún bar donde sentarse con conocidos y charlar durante horas de sus aficiones. Éstas han aumentado durante los últimos años gracias a las revistas de diez centavos que le proporcionan aventuras con personajes como Doc Savage o La Sombra, así como las tiras de prensa de *Terry y los piratas* o *Flash Gordon*. En una de esas fiestas, mientras habla sobre los últimos libros que ha leído y las películas que ha visto, mientras los analiza y desmenuza, un muchacho pasa al lado de su mesa y le presta atención. Sabe reconocer el talento en cuanto lo ve y cree que ese chico algo callado, que sólo habla cuando salen a colación sus aficiones, lo tiene. Vuelve atrás unos pasos, se acerca a él y se une a la charla. Mientras Bill gesticula al poner fin a su discurso, con alguna de sus bromas sutiles que provocan alguna risa cómplice, uno de los chicos se levanta y pide otra ronda, momento en el que el recién llegado aprovecha para presentarse. Es 1938 y Bob Kane y Bill Finger se estrechan la mano.

Bill se arrodilla ante el cliente para cambiarle el calzado mientras medita la oferta. Ya ha pasado un tiempo desde que trabaja en esta tienda de zapatos y no sabe cómo escapar. No ha huido porque en casa le recuerdan cada día que aporte dinero y que entregue todo lo que gana sin dilación, pero en su fuero interno sabe que necesita ampliar horizontes. Y Bob Kane le ha abierto la puerta de salida de par en par.

Durante la fiesta en que conoce a Kane, Bill queda impresionado por el joven que se sienta delante de él. Bob no sólo se dedica a dibujar, sino que ha estudiado en su mismo instituto, ha obtenido una beca para una escuela de arte en el edificio Flatiron y trabaja desde hace cuatro años para el estudio de Eisner e Iger, famosos por las tiras de prensa que desarrollan de un tiempo a esa parte. Finger le confiesa su deseo de escribir historias, pero al mismo tiempo le explica lo atrapado que se encuentra en su situación. Una situación que a Kane le resulta muy familiar: antes de colaborar con estudios de dibujo, él trabajó en la fábrica textil de su tío y recuerda perfectamente cómo odiaba ese empleo. Así que insta a Finger a que siga sus pasos y se una a él.

Para ello, le explica todo lo que ha de hacer para llegar hasta donde está él, matizando que lo primero es deshacerse de todo rastro judío en su identidad, con tal de optar a mejores puestos de trabajo. Ésa es la razón por la que él cambió su nombre original, Robert Kahn, con el que nació el 24 de octubre de 1915, por el de Bob Kane. A Bill nunca le ha gustado su nombre de nacimiento, por lo que es el mejor momento, ya con el registro del instituto muy atrás, para que el mundo entero lo llame William Finger<sup>[2]</sup>.

Una vez hechas las presentaciones, Kane se lanza definitivamente y le propone a Finger que escriba para él. Bill se sorprende, puesto que no ha escrito nada antes ni

tiene muestras de trabajo que enseñarle, pero Kane confía por cómo lo ha oído hablar. Sabe que tiene talento, no quiere desaprovecharlo y, sobre todo, lo necesita. Puede seguir vendiendo zapatos o escribir y pasar a ser empleado suyo. Aunque medita la oferta, la decisión es obvia y el destino mismo sabe el resultado: Finger acepta trabajar para Kane. En ese preciso instante, Bob le comenta que ha entablado contacto con DC Comics<sup>[3]</sup> para proseguir con su carrera como dibujante. Más allá del estudio de Eisner e Iger, Kane le explica a Finger la nueva posibilidad que surge gracias a los cómics. Las tiras de prensa siguen siendo el objetivo de cientos de dibujantes noveles, porque ahí radica el éxito y la fama, pero DC ha empezado a editar lo que ellos conocen como tiras en un nuevo formato a color, con el que podrían darse a conocer.

Es entonces cuando Bill se empieza a dar cuenta de que Bob habla sobre dinero casi continuamente. La necesidad que él tiene es escribir, pero Kane le habla de acuerdos, retribuciones y fama, algo que en ningún momento había pasado por su cabeza hasta ahora. Lo que Bill quiere es escribir, sea como sea, y Bob se lo ofrece cuando pensaba que no podría hacer otra cosa en su vida más que saltar de un trabajo a otro y darle el dinero ganado a sus padres. La oferta de Kane pasa por escribir un cómic titulado *Rusty y sus amigos*, que, después de escuchar las ideas de Bob, no es otra cosa que una copia de *Terry y los piratas*, la exitosa tira de prensa de Milton Caniff.

Éxito es la palabra clave y la meta en la vida de Bob. Su padre, impresor del diario *Daily News*, ha visto a algunos autores de las tiras de prensa que imprime y les ha preguntado por su sueldo. Sabe que ganan miles de dólares y no se le escapa que su hijo, como el de todos los demás, dibuja sin parar a la que tiene un momento libre. Ve una oportunidad, igual que Kane la descubre ahora en Finger, e insta a su hijo para que persiga esa meta. Para cumplirla, recluta a Bill y juntos planifican las primeras historias de Rusty con aventuras que se nutren de lo mejor del género, con ejemplos exagerados como islas que se hunden en el mar después de la erupción de un volcán. Finger encuentra por fin un canal mediante el que dar rienda suelta a sus necesidades artísticas, ya sea escribiendo secuencias como ésta o quedando con Kane para planificar las tramas. Poco le importa en ese momento que Bob firme de manera individual las páginas, sin mencionarlo a él. Sabe que es la práctica habitual, no puede ser que los autores de las tiras de prensa hagan todo el trabajo ellos, pero sí son los únicos que firman la idea original. En este caso, Rusty es idea de Kane, y Finger le lleva a cabo un servicio. Las dos partes son conscientes, pero, en todo caso, este momento sirve para crear un peligroso precedente.

DC Comics publica la primera aventura de *Rusty y sus amigos* en mayo de 1938, pero la buena acogida por parte de los lectores no dura mucho tiempo. Ese mismo mes de junio sucede algo que cambia el panorama del mundo del cómic y el entretenimiento como lo conocemos hoy en día para siempre: aparece el primer número de *Action Comics*, por Jerry Siegel y Joe Shuster. Nace Superman.

Dos chavales de Cleveland. Dos chicos que apenas superan los veinte años lo han conseguido. Kane sostiene el cómic en sus manos y sabe que será un éxito. Desearía que se le hubiera ocurrido a él. Un superhéroe, antes de que se inventara el término, sostiene un coche por encima de su cabeza. Lleva un traje azul y rojo. Y una capa, no olvidemos la capa, roja y ondeando contra el viento. Siegel y Shuster lo han conseguido, sí, pero llevaban casi cinco años persiguiendo el rayo para meterlo en la botella. De la idea original de un superhombre malvado al héroe que definirá un género pasan muchos años e incluso más rechazos. La necesidad de DC al comenzar la colección *Action Comics* condujo al editor Vin Sullivan hasta Superman. Siegel y Shuster querían trabajar para las tiras de prensa, pero su proyecto fracasó, una y otra vez, hasta que Sullivan les dio la oportunidad. El Hombre de Acero sobrevuela por primera vez el mundo y sólo el público tiene la decisión final sobre su posible triunfo o fracaso.

Jerry Siegel sabe perfectamente que su personaje será un éxito. No ha tenido ninguna duda desde aquella noche de verano en la que le vino la idea a la cabeza. Desde la mañana siguiente, en la que salió corriendo a casa de su amigo Shuster para que diseñara los primeros dibujos. Desde que le explicaban a Joanne Carter, modelo de Lois Lane, los poderes de su personaje saltando por encima de los sofás. Incluso desde el primer rechazo editorial, Siegel sabía que algún día su personaje encontraría un hogar. DC Comics les compra la idea por ciento treinta dólares y en cuanto el éxito de Superman se propaga por el país de manera imparable, les asegura unos incentivos por página superiores al resto de autores.

Kane observa atentamente cómo se desarrolla la situación y empieza a hacer cuentas. Cuando trabajaba para un estudio, se embolsaba cinco dólares por página, algo que no le salía rentable tras descontar el coste en instrumental de dibujo y su tiempo. En DC Comics, gracias a las historias que planifica con Finger, consigue cincuenta dólares a la semana, una cantidad nada desdeñable para la época. En un mes obtiene fácilmente doscientos dólares, de los que cede una parte a Bill. Pero este Superman tiene algo distinto. Es una obra que obviamente condensa multitud de referencias previas, pero que las muestra como no se habían visto antes. Ahí está la clave de su éxito. Y Kane quiere saber, no cómo lo han conseguido esos dos chavales, sino cómo estar en su posición.

Un viernes de finales de 1938, Bill teclea las páginas del guión de la próxima aventura de Rusty a contrarreloj mientras Kane visita DC para entregar la historieta que toca imprimir ese fin de semana. Lleva meses de relación con Vin Sullivan, su editor, y cree conocerlo bien tras todo ese tiempo. Sabe que nunca le ha fallado cuando le ha propuesto ideas para algún cómic y eso para un editor pesa muchísimo. Cuando le propone ir a tomar algo, ya conoce la respuesta de Vin. Mientras brindan por otro cómic entregado y listo para la imprenta, Kane aprovecha para satisfacer su

curiosidad. Ha observado el desarrollo de Superman durante todos estos meses y ha visto personalmente a los niños pidiendo en el kiosco «ese cómic en el que sale Superman», sin mencionar siquiera el título de la colección. Está convencido de que es una máquina de hacer dinero y está a punto de confirmarlo. Así que le muestra a Sullivan unos diseños basados en Flash Gordon, para que vea que no sólo sabe dibujar aventuras tradicionales, sino que los héroes también se le dan bien. Sullivan exclama: «¡Parecen directamente dibujados por Alex Raymond, Bob!». Él ya lo sabe, es de ese autor precisamente del que ha copiado los dibujos. «Deberías empezar a dibujar personajes como Superman», sentencia el editor. El anzuelo está preparado, sólo falta tirar de él.

—Está siendo un éxito ese Superman, ¿verdad? —pregunta Kane.

—Sí, más del que podíamos imaginar. Está vendiendo muchísimo.

—Con semejante repercusión, ¿cuánto están ganando Siegel y Shuster?

—Se llevan ochocientos dólares a la semana, cada uno.

¡Ochocientos dólares! De repente sus cincuenta semanales son limosna. El futuro, más que nunca, es Superman. Sin reprimir su sorpresa, Kane se incorpora en su asiento y exclama:

—¡Dios mío! ¡Si yo pudiera ganar ese dinero!

—Bueno, pues estamos buscando más personajes de ese estilo. ¿Te atreves con uno?

—Por esa cantidad, tendrás uno el lunes.

La bravuconada dura poco cuando Kane vuelve a casa. No sólo se ha comprometido a crear un personaje como Superman, sino que se ha puesto fecha de entrega a sí mismo sin tener nada de base, pero sabe lo que tiene que hacer. Lo ha visto en el personaje de Siegel y Shuster. Es sólo cuestión de coger un poco de varias referencias y construir algo nuevo basado en algo viejo. Como los calcos de Alex Raymond han encandilado a su editor, ya sabe qué camino seguir. Coge de su estantería los recortes con las tiras de prensa de Flash Gordon y busca alguna imagen que le convenza como modelo. Y, tras rebuscar mucho entre su colección, la encuentra. La tira del 17 de enero de 1937 tiene una viñeta en la que Flash Gordon se sostiene con una mano de una liana mientras con la otra dispara a un monstruo, con las rodillas flexionadas para evitar a la bestia. Kane siempre se ha vanagloriado de su capacidad para imitar estilos ajenos. «El gran copiador», se define a sí mismo. Por lo que no es de extrañar que la figura resultante en su hoja de papel sea exacta en lenguaje corporal a la dibujada por Raymond.

El siguiente paso es aplicar color. Y para eso tiene sobre su mesa el *Action Comics* 7, el número más reciente de la serie, con fecha de diciembre de 1938. En su portada, Superman sale volando por encima de unos edificios, con un criminal cogido por un pie mientras sobrevuela la ciudad, seguramente para llevarlo ante la justicia. Si

eso funciona, eso es lo que hará. Pinta el cuerpo de rojo, le añade unos pantalones cortos a imagen y semejanza de los del Hombre de Acero, pero de color negro para contrastar más con el rojo de las piernas, torso y brazos. Como Flash Gordon no lleva capa, nota que le falta algo... y para evitar una copia absoluta evita el complemento de Superman y le pone unas alas rígidas adheridas a la espalda para simular un pájaro, así también volará como el superhéroe de Krypton. Para rematar la faena, le coloca un antifaz para cubrirle un poco el rostro, si bien no tiene ni idea de qué identidad está ocultando, y deja que se le vean los ojos, mostrándolos a través de dos puntitos que dibuja en medio de la máscara. Con este boceto escribe debajo la palabra «BirdMan» (Hombre Pájaro) y, como las alas las realiza con una silueta perfilada de murciélago, basadas en un artilugio de Leonardo Da Vinci cuyo boceto Kane tiene esparcido por su habitación como referencia, escribe también el posible nombre de «Bat-Man» (Hombre Murciélago). Ya que está, añade «Eagle-Man» (Hombre Águila), por probar nombres y, en todo caso, adaptar las alas a uno u otro animal, el que más le convenza.

Sin embargo, sabe que le falta algo. Ese personaje que le devuelve la mirada, vestido de rojo, con la cabeza descubierta, alas adheridas a su espalda y un antifaz negro, no tiene la fuerza suficiente. Y la razón reside en que le falta lo que Siegel y Shuster tenían: confianza en su creación, volcar algo más aparte de llevar a cabo un pastiche de influencias. Siegel y Shuster creían en Superman, primero vino la idea y, después, las referencias ayudaron a darle imagen. Una vez definida, lucharon por ella durante años. Kane no tiene paciencia para desarrollar una idea, quiere una copia, como gran copiadador que es, que le produzca asimismo una réplica de los cientos de dólares que ganan los creadores de Superman a la semana. Busca un artilugio, una fabricación, un constructo, pero no tiene un personaje. Le falta el corazón que le dieron Siegel y Shuster a su creación. Le falta darle alma. Y sabe que sólo una persona se la dará.

«Píntalo de gris oscuro», le dice Finger. «Y añade más negro». Desde que Kane ha llegado a casa de Bill, éste lo asalta con mil ideas para completar el diseño. Apenas hace veinte minutos que ha entrado en su piso, aprovechando que los dos viven en la misma avenida a pocos metros de distancia, y ya tiene su boceto lleno de sugerencias anotadas alrededor. Lo que para Kane es una herramienta necesaria para conseguir una meta económica, aplicando así una visión a años luz de distancia del resto de autores de la época, para Finger es la epifanía que estaba esperando. Haber trabajado en las historias de Kane durante los últimos años ha dado su fruto y por fin puede implicarse desde el principio en la creación de un personaje. Finalmente puede volcar sus inquietudes, sueños y deseos tras haber consumido tantas novelas, revistas, cómics y películas. Es lo que estaba esperando desde que supo que quería ser escritor y no piensa dejar escapar la oportunidad. Normalmente, su carácter apocado le ha

impedido sobresalir como quería, tanto en lo personal como en lo profesional, pero ahora no va a permitir que nada lo detenga al expresarse.

Kane toma notas mientras Finger camina de un lado a otro de la habitación buscando entre sus cientos de referencias. Encuentra el diccionario Webster, la edición más reciente de 1937 que guarda a mano por lo útil que resulta, y busca como un desesperado el apartado en el que hablan de murciélagos. Y no encuentra sólo una definición, también hay un dibujo. La ilustración, con un murciélago con las alas abiertas, le indica el camino. Se la enseña a Kane y le dice que se dejen de hombres pájaros o águilas: el murciélago es el ganador. La naturaleza del animal les permitirá contar historias de misterio e intriga, con un toque algo oscuro. Kane quería un superhéroe como Superman, pero Finger no está por la labor. Finger quiere un detective.

Para que obtenga éxito y cumpla el requisito de DC Comics, tendrán que vestirlo como un superhéroe, pero para eso hay otros ejemplos en la cabeza de Bill. Rescata de otro estante historias protagonizadas por La Sombra, un personaje envuelto en una capa negra que cubre su rostro con un sombrero y un pañuelo. «Cubramos la cara también», dice Finger. «En vez de un antifaz, pongamos una capucha que le tape toda la cabeza hasta debajo de la nariz. Deja sólo al descubierto la boca. Y tapa los puntitos de los ojos, deja que esa zona sean únicamente dos manchas blancas, le dará un toque ominoso.» Kane corrige su boceto inicial, del que cada vez quedan menos rastros, con las indicaciones de Finger. Su amigo va tan rápido que le cuesta seguir el ritmo y le pide que paren un poco. Bill se detiene, pero su cabeza no.

«Quítale las alas rígidas», añade. «Mejor una capa, como La Sombra, pero pon unas puntas en la parte inferior que recuerden a las alas del murciélago. Así ganará dinamismo. Y añade guantes, para no dejar huellas en las escenas del crimen.» Para rematar, como Superman tiene la S en el pecho, piensa que Batman también necesitará un logo y propone utilizar como base la imagen que han rescatado del diccionario: un murciélago con las alas abiertas, relleno de negro. Ese diseño que se presenta ante ellos dice mucho más: denota un personaje oscuro, distante y algo tétrico. Un contrapunto perfecto para el Hombre de Acero de Siegel y Shuster. Kane iba a darle una copia perfecta a DC, pero Finger ha conseguido distanciarse del héroe de ciencia ficción para consolidar una amalgama de todas las referencias que pasan por su cabeza sobre detectives y novelas de misterio con héroes que se enfrentan a los bajos fondos. Si Siegel experimentó con la fórmula y consiguió el patrón por el que se regirán los superhéroes con poderes a partir de ese momento, Finger hace lo propio con los justicieros.

Pero más allá del diseño, necesitan una historia. Es viernes noche y tienen que entregarla el lunes. Kane, a sabiendas de los problemas de entrega de Bill, le pregunta si será capaz. Y aunque no duerma en todo el fin de semana, Finger sabe que es su oportunidad. Ha creado junto a Kane a su personaje fetiche y no piensa ceder el guión a otro. Sin embargo, por mucho deseo que haya, la realidad es que Bill suda cada

página como siempre. Para evitar sus habituales retrasos, usa una de las historias de La Sombra como referencia, algo que le ayudará a acelerar el guión para que Bob empiece a dibujar. De entre todas las que tiene guardadas, la historia «Partners of Peril», de noviembre de 1936, es una de sus favoritas. Eso lo provee con la trama central, que girará en torno a un gremio químico, revelando estafas y engaños. Aunque el esqueleto base lo tiene montado, todavía le falta algo primordial: definir quién se esconde bajo la capucha.

Finger quiere que en la primera página aparezca Batman en su identidad civil, pero que ni los lectores ni los personajes sepan que él es en realidad el justiciero. La vuelta de tuerca con respecto a Superman, que revelaba su identidad a los lectores desde la primera viñeta, es más que evidente. Bill piensa en posibles nombres y por su mente pasan multitud de referencias como Adams o Hancock, pero ninguno le convence. Tiene claro que será un millonario en su vida real, para explicar por qué puede permitirse los artilugios que emplea como Batman, y también que será un ser humano. Nada de extraterrestres ni seres de otra dimensión. El Hombre Murciélago será, como parte de su nombre indica, un hombre. Podrá sangrar, resultar herido, fallar en sus hazañas o morir. Está convencido de que eso otorgará un dinamismo a las historias que los lectores agradecerán. Pero el nombre sigue sin venir a su mente. Es uno más de tantos bloqueos.

Cuando empieza a preocuparse por no avanzar más allá de la primera página, bucea entre sus libros y encuentra una referencia a Robert Bruce, noble escocés de principios del siglo XIV que cumple el requisito de millonario que tiene en mente. Al lado surge un libro sobre Anthony Wayne, general conocido por su participación en la guerra de la Independencia de Estados Unidos. La mezcla de ambos apellidos le gusta como suena: Bruce Wayne. Lo repite en voz alta: «Bruce Wayne». Tiene ritmo y puede imaginarse perfectamente a un millonario con ese nombre. Con su personaje principal bautizado, escribe la primera viñeta, basándose en parte en la escena de apertura de la novela ilustrada de La Sombra. Pero apenas ha escrito un bocadillo de diálogo y sabe que tiene que parar de nuevo. Ha pensado en un comisario de policía como personaje recurrente porque Batman, como justiciero fuera de la ley que será, necesitará un enlace con el cuerpo policial. Tenía clarísimo que la historia empezaría con un diálogo entre Wayne y el comisario para revelar en la última viñeta de la historia, y sólo a los lectores, que el millonario es Batman en realidad, estableciendo así un juego cómplice con los chavales que comprenden el cómic cuando vean que el comisario no sabía que estaba hablando con él desde el principio. Pero le falta el nombre para el comisario... así que vuelve a sus libros y revistas. Pese al tortuoso camino que le supone producir cada página, se engañaría a sí mismo si no reconociera que está disfrutando como nunca.

Sin esperarlo, de entre una pila de revistas de suspense, sobresale el reciente número de octubre de 1938 de *The Whisperer*. En su portada un círculo de texto presenta a un nuevo personaje: «¡El comisario Wildcat Gordon! ¡Vigoroso!

¡Fascinante!» Y más que oportuno. Bill regresa a la máquina de escribir y redacta el primer diálogo entre Bruce Wayne y el comisario Gordon sin darse cuenta de que está haciendo historia. El resto de la trama del cómic, que ocupa seis páginas en total, lo redacta con la trama de *La Sombra* como guía, lo que ayuda enormemente a entregarle a Bob el guión a tiempo. Bill le adjunta todas las referencias posibles para dibujar la historia tal como la ha montado en su cabeza al escribirla. De esa forma le deja la novela ilustrada de *La Sombra*, el número de *The Whisperer* del que ha sacado el nombre de Gordon y la novela de misterio *Gangbuster in Action*, de 1938, con ilustraciones de Henry E. Vallely, porque está convencido de que muchos dibujos le servirán de influencia para captar el tono lúgubre de la trama. Además de todo esto, anota referencias a mano como Sherlock Holmes o Douglas Fairbanks, actor conocido por interpretar al famoso héroe de la película *La marca del Zorro*.

Kane sabe que va a tener que hacer uso de su gran dote como el gran copiador para llegar a tiempo de la fecha de entrega y agradece que el guión venga acompañado de tanto material adicional. Es sábado por la tarde y sólo dispone de un día para trasladar las seis páginas a dibujo completo. Entre las referencias que le ha adjuntado Bill, Kane se dispone a calcar algunas escenas para ir más rápido. Del relato de *La Sombra* o las ilustraciones de Vallely rescata chimeneas, coches, secundarios, la trampa mortal cilíndrica del gremio químico o el aspecto de Bruce Wayne. Para Gordon imita una fotografía que aparece en un anuncio de la revista *The Whisperer* con un señor algo mayor, con pelo canoso y gafas redondeadas. Y así, viñeta a viñeta, va calcando y copiando poses, escenas y tonos. Cuando le toca hacer la portada, rescata el boceto original que copió de Flash Gordon, actualiza el traje con los cambios sugeridos por Bill y tiene lista la primera aventura del Hombre Murciélago. Justo a tiempo. Finger respira aliviado y se deja caer en su cama para descansar un poco. Como el contacto con la editorial siempre lo ha tenido Kane, es lógico que Bob le diga que va él mismo a entregar su trabajo conjunto al editor. Bill ni siquiera se molesta en sugerir acompañarle, sabe perfectamente que su posición es la de empleado de Bob, pero en este caso confía en que su cocreación guste igual que la de Siegel y Shuster.

Cuando Kane entra en la editorial el lunes por la mañana, Sullivan le pregunta si tiene a un nuevo superhombre bajo el brazo. Para su sorpresa, así es. De un sobre saca las seis páginas y una ilustración de portada sobre «El caso del gremio de químicos», con Batman como protagonista. Kane le explica a Sullivan cada página, le presenta a Bruce Wayne, al comisario Gordon y las habilidades del justiciero, dejando claro que no será como Superman. Le describe el tono oscuro, ominoso y detectivesco del personaje, que complementará perfectamente al Hombre de Acero. Sullivan no cabe en su asombro y, tras leer el cómic, confiesa que le gusta mucho y quiere publicarlo. Bob le responde que no tenía ninguna duda al respecto y, por fin, llega su deseado momento: le pregunta bajo qué condiciones pactan.

Finger espera ansioso en casa, da vueltas por la habitación, por el comedor, sabe



que su futuro como escritor depende de la acogida que tenga su historia. Confía en Bob, no olvida que es quien le ha abierto las puertas de este mundo. De no ser por él, aún seguiría vendiendo zapatos. Desde que sufrió la escarlatina, desde que terminó sus estudios en el DeWitt Clinton, desde que sus padres lo apremiaban para estudiar Medicina, él sólo ha soñado con este momento. Si Batman gusta, se ve capaz de escribir cientos de historias sobre el personaje. Es la personificación definitiva de sus anhelos, es lo que siempre ha buscado.

Kane sigue hablando con Sullivan sobre el acuerdo y le deja claro que quiere pasar de los cinco dólares por página que cobra por sus trabajos habituales a diez dólares cada plancha. Eso equivale a pagarle sesenta dólares al momento por la primera historia de Batman, así como por las siguientes que vengan. El editor le pregunta de dónde ha sacado las ideas para este personaje y Bob responde al instante con un discurso ya preparado para semejante eventualidad. Primero, deja claro que el diseño proviene del dibujo de un ala delta con forma de murciélago de Leonardo da Vinci y de la película *El murciélago susurra*, en la que el asesino lleva una máscara de murciélago. Por otro lado, la doble identidad del héroe la ha sacado del film *La marca del Zorro*. Poco importa que en realidad el dibujo de Da Vinci conste más bien en un par de bocetos sutiles o que el asesino en *El murciélago susurra* lleve una capucha que en nada recuerda a un murciélago<sup>[4]</sup>. Sin embargo, Bob sí acierta en su tercera referencia con la película del Zorro, pero omite un dato importante en cuanto al origen de esa influencia, por no decir todo el proceso real.

Sullivan suele acreditar tanto al guionista como al dibujante, siempre que no se trate de un autor completo que desempeñe ambas funciones, y de ser así sólo cuando ambos hayan creado al personaje. No tiene ningún problema en llevarlo a cabo y así lo hizo en su día con Superman. Tanto Siegel como Shuster utilizan dibujantes en la sombra para que los ayuden con las fechas de entrega del Hombre de Acero, algunos contratados por ellos y otros sugeridos por DC Comics, pero aunque todos conozcan quiénes son y los propios autores lo comenten entre ellos y con la editorial, sólo figuran los creadores en los créditos. Es la mecánica habitual heredada del funcionamiento de las tiras de prensa y nadie se extraña por ello. Así, mientras Finger espera ilusionado, mientras todas sus aportaciones para dar forma al personaje tal y como lo conocerá el mundo descansan sobre la mesa de Vin Sullivan, éste desconoce por completo no ya su participación, sino su existencia. Cuando toca firmar el acuerdo, Bob Kane sentencia: «Yo soy el único creador de Batman.»

## CAPÍTULO DOS

Suspira, recupera el aliento y sigue caminando. Lo ha vuelto a hacer y esta vez ni siquiera sabe cómo. Lo han invitado a presentarse ante una multitud de lectores. No, lectores no. Son fans. Seguramente una de las primeras generaciones de seguidores del mundo del cómic. Ni en sus sueños más descabellados se habría imaginado en esta situación. Nunca habría pensado que los cientos de cómics que ha escrito lo condujeran hasta aquí. Y menos después de todo lo ocurrido estos años. Parece que por fin se hará justicia. Por eso no puede creer que llegue tarde, una vez más. Accede al recinto con andar rápido y se acerca hasta la sala de conferencias. Oye a otros compañeros hablando entre ellos por unos micrófonos que inundan la sala, percibe el murmullo que genera la audiencia. Cierra los ojos un momento, nervioso. Su mujer le suele decir que no se le da bien hablar en público. Y es verdad, pero éste es su territorio. Lo conoce mejor que nadie, lo ha palpado y experimentado mejor que nadie. No tiene nada que temer, seguro que en cuanto se integre y se le pase la vergüenza por llegar tarde, se encontrará cómodo en su entorno. No ha de olvidar que está en la convención de cómics de Nueva York de 1965. Se lo repite internamente una vez más. Bill exhala un poco de aire y se deja ver, tímidamente, ante el moderador de la mesa redonda.

Éste lo ve al instante, lo llama por su nombre, lo acomoda, lo presenta como el creador de Green Lantern y Wildcat, sin olvidar que fue el primer escritor de Batman. Bill por fin oye esas palabras ante el público y, aunque no puedan mencionarlo como cocreador que es, significan un mundo para él. Los lectores aplauden su presencia. Ya nota la comodidad al instante. Carraspea un poco, se inclina hacia la mesa y lo primero que dice al acercarse al micrófono es: «¿Podéis oírme?» Sí, por fin pueden oírte.

«¿Me estás oyendo?», le dice Kane. «¡Han aceptado! ¡Van a publicar Batman!» Finger lo intuía, pero está sin palabras, sentado ante Bob en su casa. Es el inicio de un nuevo personaje, que espera que sea tan exitoso como Superman. Confía en su calado comercial porque es lo que le permitirá abandonar la zapatería. Los trabajos previos le han servido para entrenarse y ahora es el momento de dedicarse a ser escritor de verdad. Con Kane puede hacer algo perdurable. Bob le comunica que publicarán «El caso del gremio de químicos» en el *Detective Comics* 27, con fecha de portada de mayo de 1939 y, como están a principios de año, le dice que el editor ha ordenado que ya pueden trabajar en la siguiente historia sin demora. Pese a la emoción, Bill tiene a su peor enemigo frente a él: una nueva fecha de entrega.

Con la previsión que lo caracteriza, Kane sabe que su amigo sufrirá para entregar el guión de la siguiente historia a tiempo, así que habla con el editor Vin Sullivan para pedirle ayuda. En ningún momento se le pasa por la cabeza mencionarle la

existencia de Finger, eso no. La ayuda la quiere para dibujar. El editor, pensando que Kane realiza guión y dibujo, entiende la petición y recomienda a Sheldon Moldoff, un chico de diecinueve años que empezó a colaborar con DC hace dos, precisamente con Sullivan, para llevar a cabo encargos de relleno en multitud de colecciones. Es un artesano capaz de solventar cualquier problema y sabe que mientras Kane prepare las historias y los dibujos, Moldoff hará el resto con oficio. Además, Sheldon vive en el Bronx, así que los pone en contacto para que se conozcan en persona sin necesidad de salir del barrio.

Kane lo invita a su casa y allí, para sorpresa del recién llegado, conoce a Bill Finger. En seguida percibe que Bob y Bill son tan distintos como la noche y el día. Donde Kane es grandilocuente y el centro de atención, Finger es callado y apocado, recluso en sí mismo mientras escribe y piensa. Pese a las diferencias, el ambiente es lo suficientemente bueno y Moldoff acepta hacerse cargo de los logos, la rotulación y el entintado desde la segunda historia, que pretenden publicar en el *Detective Comics* 28. Gracias a su participación, el estilo difiere con respecto a «El caso del gremio de químicos», con un aspecto más pulido en los detalles. Sin embargo, Finger tarda más de lo previsto en producir sus guiones. Sullivan se percata de este retraso en la entrega de Kane y sugiere añadir a un guionista para que le aligere la carga de trabajo. Bob no quiere pasar por ese trauma, no quiere que nadie toque su obra sin su intervención directa y percibe la sugerencia de Sullivan como una amenaza.

Poco puede hacer, pues Finger sigue trabajando contra viento y marea para entregar las historias de Batman, Rusty o Clip Carson, empleado como está en todos los cómics gestionados por Kane. Nota que no da más de sí, pero su máximo interés radica en escribir algún día únicamente las aventuras de Batman, por quien siente mayor sentimiento de autoría. Con semejante retraso, desde la editorial se muestran tajantes y animan a Kane a aceptar los guiones de un tal Gardner Fox durante los próximos números, quien introduce el mítico batarang, ese bumerán con forma de murciélago característico del personaje. Aparte de ese artilugio indispensable a partir de ahora, Fox también introduce elementos sobrenaturales que no encajan tan bien, como enfrentar a Batman contra unos vampiros, alejándose demasiado del tono estipulado por Finger.

En cuanto puede, Bob organiza mejor a su equipo y le comenta a Sullivan que puede encargarse de las siguientes historias en solitario de nuevo, sin Fox. Como el éxito de Batman sigue creciendo, la editorial prefiere que Kane deje de lado las otras colecciones para dedicarse en exclusiva al Hombre Murciélago, una prioridad absoluta para la editorial. Sin saberlo, sin que siquiera Kane sospeche, con su decisión está permitiendo que Bill cuente la historia definitiva del personaje por antonomasia, la que a partir de entonces será recordada por medio mundo; una aventura que sirve no sólo para la evolución del propio Hombre Murciélago, sino para la del género super heroico en sí mismo. Finger cuenta el origen del Caballero Oscuro.

A diferencia de Superman, el origen de Batman es una incógnita. Lo único que conocen los lectores es que Bruce Wayne se esconde bajo la capucha, pero ignoran los motivos reales. ¿Acaso viene de otro mundo, como Superman? Finger tiene claro que no quiere seguir ese camino. Quiere regresar a la idea inicial de un hombre normal y corriente al que pueden herir. De hecho, es alguien a quien dañaron hace mucho tiempo y aún no se ha recuperado. Bill sabe que para que el origen cale hondo entre el público, tiene que apelar a un sentimiento básico y primordial. Y nada mejor que los sentimientos de pérdida, de venganza, de injusticia, de rabia, de impotencia, de pesadumbre... Las dos primeras páginas del *Detective Comics* 33 muestran una de las escenas más recordadas y reinterpretadas de la historia de la literatura reciente.

Tituladas «La leyenda de Batman y cómo llegó a serlo», este par de páginas presenta una secuencia enmarcada quince años atrás. Bill quiere que el origen de Batman se remonte a cuando Bruce Wayne era un niño, enfatizando así el tono trágico. Ya en la primera viñeta introduce a Thomas Wayne, padre de Bruce, y a su mujer, aunque no bautiza a la madre del pequeño. Inmediatamente surge un atracador que, ante la reticencia de sus víctimas, no duda en disparar y matarlos en el acto antes de huir. Solo, ante los cadáveres de sus padres, se queda un asustado Bruce que, a los pocos días, jura desde su cama y en nombre de sus padres muertos que luchará contra los criminales para que lo ocurrido no vuelva a sucederle jamás a nadie. La escena tiene una fuerza y un impacto sin igual para la época. A ésta le siguen un par de viñetas que muestra cómo Bruce entrena su cuerpo y educa su mente hasta alcanzar casi la perfección de lo que un ser humano es capaz. Al terminar su entrenamiento, Finger hace que Bruce medite para sí mismo: «Los criminales son cobardes y supersticiosos, así que tengo que conseguir un atuendo que inspire miedo en sus corazones, debo convertirme en una criatura de la noche, oscura, terrible...» Antes de terminar, de repente, un murciélago rompe la ventana y Bruce exclama: «¡Es una señal! ¡Seré un murciélago!»

En doce viñetas, en tan sólo dos páginas, Finger ha condensado todo el conocimiento adquirido hasta entonces. Ha volcado sus inquietudes por el cine de terror y suspense, con presagios, señales y ambientación oscura; ha exprimido su objetivo de resaltar que Batman es un ser humano, quizás el culmen en cuanto a cuerpo y mente que un hombre puede llegar a ser; ha narrado uno de los crímenes más atroces que puede presenciar un niño, usándolo como catalizador para la necesidad que tiene el héroe de salir cada noche en busca de criminales, y, por si fuera poco, se ha desmarcado por completo del resto de superhéroes. Batman no tiene poderes, tampoco ha obtenido sus habilidades por nacimiento o por un accidente de laboratorio. Es, simple y llanamente, una persona que vivió la muerte de su infancia, que tuvo uno de los peores días de su vida siendo un niño y que jura por los espíritus de sus padres que luchará durante el resto de su vida contra aquellos que le hicieron daño. Es un origen poderoso, es un origen como ningún otro y es, ante todo, el origen de Batman que Bill Finger siempre ha querido escribir. Su creación ya tiene un

propósito definido y es algo que todo lector entiende, comprende y siente. Es el mejor origen posible y, cuando se publica, nadie queda indiferente.

El letrero le da la idea y necesita pararse para abrir el cuaderno y anotarla. Nervioso, apunta el nombre de la tienda, «Virtud», y sigue su camino hasta el parque. Bill absorbe ideas de su entorno, le es imposible parar ni un segundo en esta época. Siente el impulso creativo y quiere verter lo que le pasa por la cabeza. Como sabe que le cuesta escribir sus guiones, hace acopio de toda idea que le golpee en su día a día. Por eso se ha comprado un pequeño cuaderno de notas donde apunta lo que le llama la atención. Ahora, de camino a su reunión con Bob, se ha detenido unas cinco veces. Lo que, como es de esperar, hace que llegue tarde. Para cuando entra en el parque, Bob ya lo espera sentado en un banco. Detrás, con presencia inamovible, descansa la casa de campo de Edgar Allan Poe, donde el autor vivió hace casi cien años, en 1846, y el lugar donde, por desgracia, vio morir a su mujer de tuberculosis. Ahora, en contraposición a aquella desgracia, sirve para influir y dar vida al mundo del Hombre Murciélago. El parque, que homenajea su ubicación con el nombre de Poe Park, es un punto de encuentro idóneo para Kane y Finger. No sólo se encuentra a cinco minutos andando desde sus casas, también aporta la ambientación idónea para las historias que quieren contar.

Después de mencionar posibles tramas para futuros números, se ponen al día en su vida privada. Bob va de romance en romance mientras sigue viviendo con sus padres, situación que prefiere mantener una breve temporada más mientras ahorra dinero gracias a Batman, cuyo éxito ha visto aumentar sus ingresos de forma considerable. Bill, en cambio, no ve el momento para independizarse. Lo poco que gana a través de Bob va en seguida a parar a manos de sus padres, siempre obsesionados con que aporte dinero en casa. Sus hermanas no están por la labor y se han puesto de parte de sus padres. Sin apoyo, la situación es casi irreconciliable y aunque no puede, sueña con mudarse en breve. De hecho, ve una puerta de salida y le confiesa a Bob que ha conocido a una chica con la que habla muy a menudo por teléfono, arañando cualquier centavo que tiene para localizar una cabina. Para él, Portia es una mujer inteligente, interesante y capaz de proporcionarle un escape. Bob lo anima a ello, pero no sin antes poner sobre la mesa su siguiente problema: Moldoff, su ayudante, se va.

Estaba claro desde el principio que el dibujante sólo iba a estar una breve temporada, pero su marcha supone un problema porque entre las idas y venidas de Bob y los retrasos de Bill, potenciados ahora más que nunca por su escarceo con Portia, van a necesitar otro par de manos lo antes posible. En cuanto Finger empieza a mostrarse preocupado, Kane le comenta que no entre en pánico, que encontrará el remedio, como siempre, y que aprovechará las vacaciones de verano para distraerse en un centro turístico y volver con una solución. Antes de irse le sugiere que él

también se relaje un poco, pero mientras Bill vuelve hacia su casa y deja atrás el parque, sabe que relajarse no forma parte del plan al mismo tiempo que vuelve a abrir el cuaderno, parado en mitad de la calle.

«Me llamo Bob Kane y soy el creador de Batman», le dice Bob a un chico de diecisiete años en medio de la pista de tenis del centro turístico al que hace pocos días ha llegado, en las montañas Pocono de Pensilvania. El chaval, que pensaba que este señor iba a llamarle la atención cuando se le ha acercado completamente decidido, todavía procesa lo que le acaba de decir. Bob, al verlo dudar por el abordaje, continúa imparable su discurso, señalando la chaqueta blanca que lleva puesta el chico:

—¿Estos dibujos que tienes repartidos por la chaqueta son tuyos?

—Sí, los he dibujado yo mismo.

—Están muy bien. Son muy buenos, de hecho. ¿Sabes quién es Batman?

—No, no lo conozco.

—Mira, ¿ves este cómic? Lo he creado yo. ¿Qué te parece?

—Está bien...

—¿Qué vas a estudiar?

—Periodismo, en la universidad de Siracusa.

—Qué lástima...

—¿Por?

—Porque si te vinieses a Nueva York conmigo, te podría ofrecer un trabajo ahora mismo.

El chico vacila un segundo, pero sólo uno. Y Kane sabe que es suyo. Con una oferta de veinticinco dólares a la semana, Jerry Robinson viaja con él hasta Nueva York para unirse a su equipo. Bob ha conseguido que el control de Batman no se le escape por posibles interferencias desde la editorial, al sustituir a Moldoff por alguien que no sólo le hará de ayudante, sino que le servirá de dibujante en la sombra. Robinson se va a vivir con su tía, que, casualmente, reside en el Bronx, cerca de la casa de los padres de Kane, y se matricula en la universidad de Columbia para proseguir sus estudios durante el día, mientras lo alterna perfilando los dibujos de Batman por la noche. Lo que desconoce es que lo que a simple vista parece un trabajo temporal para pagarse la carrera, se convertirá en el origen de una relación inmortal entre él y el Hombre Murciélago, sobre todo cuando en septiembre de 1939, en casa de Kane, le presentan a Bill Finger.

Jerry sabe al instante, igual que Moldoff antes que él cuando estuvo en su mismo lugar, que Kane y Finger son totalmente opuestos. Lo que más lo maravilla de Bill es lo autodidacta que es, cómo ha conseguido educarse a sí mismo cuando perdió la oportunidad de seguir estudiando y lo bien que aplica sus conocimientos sobre la página escrita. Lo metódico, lo detallista y lo perfeccionista que es son rasgos que Jerry valora y es justo esa metodología la que intenta importar y trasladar a su dibujo.

Y así, donde antes había dos, ahora hay tres conectados en perfecta sincronía. A Jerry, con sus diecisiete años y recién llegado a Nueva York, Bob y Bill le parecen a años luz de distancia con sus veinticuatro y veinticinco años, ya autores de un personaje que está vendiendo cientos de miles de ejemplares.

En el parque de Edgar Allan Poe, en casa de Bob o en un bar, los tres quedan cada día y piensan en Batman. Trazan el camino para la siguiente historia y, cual cadena de montaje, cada uno vuelve a su puesto para producir la pieza que rematará el siguiente. Bill escribe guiones, Bob esboza las páginas y Jerry termina los dibujos, entinta y rotula. Cada pocas horas, vuelven a quedar y traman el siguiente número. Mientras tienen estas charlas, Finger los abandona siempre en algún momento y sale disparado del bar hacia la cabina más cercana. Su cortejo con Portia continúa, su oportunidad sigue ahí y las conversaciones con ella lo animan a seguir cada día. Cuando regresa a la mesa, a veces veinte minutos después, no puede evitar los comentarios de sus amigos, pero la broma dura poco. Al instante, estos tres chavales que deberían estar hablando en exclusiva de chicas y fiestas, como los demás grupos a su alrededor, sólo tienen la mente dedicada a una cosa: Batman. Día y noche, lo único que hacen es levantarse, comer y dormir pensando en Batman. No existe nada más. Es el motor de sus vidas. Y no se cansan. Están construyendo toda la mitología a su alrededor y son precursores no sólo del personaje que crean, sino de las miles de conversaciones de bar entre autores o aficionados que surgirán en décadas posteriores y que imitarán un modelo del que, de nuevo, ellos son los pioneros.

Cada día que pasa, más inmersos están en el mundo de Batman, un mundo que sólo ellos conocen y construyen desde cero. Bob y Bill dedican unas dieciocho horas al día al personaje, mientras Robinson hace lo propio con el tiempo restante que le deja libre la universidad. Pero entre tanto planificar, dibujar y escribir, también queda rato para el ocio. Finger tiene una necesidad imperiosa de seguir absorbiendo conocimiento y, para su alegría, encuentra un alma gemela en Robinson. Bob nunca ha estado demasiado interesado en la lectura y menos en el cine. En cambio, Bill es un lector voraz. Lo lleva siendo desde niño y ahora, libre del horario de la tienda de zapatos, aprovecha cualquier rato entre guión y guión para acercarse al centro de Manhattan. Allí le esperan los museos, las obras de teatro de Broadway y los cines de Times Square. Allí le espera un mundo por descubrir. Y ahora no sólo compartirá con alguien esos momentos, también podrá enseñarle y descubrirle ese mundo a un joven con tantas ganas de aprender como las que tenía él a su edad.

Jerry y Bill visitan el Museo de Arte Moderno y el de Arte Metropolitano de la Quinta Avenida sin descanso. Bill le enseña a Jerry todo lo que ha aprendido en sus visitas anteriores sobre la historia del arte, los encuadres, los planos, la planificación de una escena... todo lo que él vuelca en sus guiones y que ahora Jerry entiende de dónde viene. Las historias de Bill rebosan en detalles, llenos de especificaciones sobre cómo tiene que ser cada viñeta, sobre la colocación de los personajes o el ángulo de la cámara por el que se asomará el lector. Todo esto lo ha aprendido él solo,

leyendo y visitando museos. La vida le negó la oportunidad de aprender como él esperaba, pero eso no significa que no pueda educarse a sí mismo. Esta lección se graba a fuego en la mente de Jerry mientras pasea por los pasillos llenos de cuadros junto a Bill. Éste le confiesa a Robinson que muchas veces, cuando se bloquea, acude a estos sitios en busca de inspiración. Y si es muy tarde y el museo está cerrado, rebusca en revistas, novelas o el recuerdo de las muchas películas que ha visto. Es entonces cuando salen del museo para dirigirse precisamente al cine más cercano. Es así como Jerry descubre el cine expresionista alemán, el género negro, el cine italiano y todo tipo de filmes extranjeros. Entre las muchas cintas que ven juntos están *El gabinete del Dr. Caligari*, *Nosferatu* y *El ángel azul*. Todas amplían los horizontes creativos de Robinson, que, cada día más, admira a Finger y lo considera su mentor cultural por antonomasia.

Si Finger recibe a Robinson con entradas de cine y visitas a museos, Kane abre la puerta de su estudio a ambos con un dibujo enorme en el suelo que representa el símbolo de Batman. Ni Jerry ni Bill se atreven a pisarlo y siempre que entran en su habitación para hablar de futuras aventuras del personaje, pasan de puntillas por encima. Eso es algo con lo que Kane cuenta, y se fija en que nadie, ni ellos ni ninguna otra persona que entra en su despacho, se atreve a poner un pie encima. Lo que todavía no sabe es que en breve al del murciélago se le juntará otro símbolo que será inseparable a partir de ahora.

Ha pasado un año y la fórmula empieza a gastarse. Bill lo percibe, sabe que el estilo de las historias de Batman no puede durar mucho más con el mismo esquema. Como detective y justiciero, el Hombre Murciélago piensa demasiado en cada cómic. Para explicar las tramas y la investigación, para profundizar en las deducciones que lleva a cabo el héroe, Finger ocupa demasiado espacio con textos de apoyo o líneas de pensamiento. Sirven para mover la trama hacia adelante, pero nota que son una losa. Con esa necesidad en mente, recuerda las historias de detectives que ha leído y lo primero que le viene a la cabeza es el recurso que representa el Dr. Watson para Sherlock Holmes. Con ese socio que acompaña al protagonista a todas partes, la trama puede desarrollarse mediante un diálogo entre los dos personajes. Esto sirve para un par de propósitos clave: muestra una conexión entre el lector y un personaje cercano al detective, para que Holmes explique el proceso mental que lleva a cabo y demuestre que va por delante tanto de su socio como del lector; y aligera el guión, porque siempre es mejor un diálogo que un monólogo constante en todas las entregas. Si añade un socio para Batman, necesita que sea joven para empatizar con los lectores y pensar en el héroe como modelo a seguir, como su mentor, además de solucionarle el bloqueo que encuentra al desarrollar guiones de la misma forma una y otra vez.

Para cuando Robinson llega al estudio de Bob, Finger y Kane ya están hablando sobre la idea. Ambos están de acuerdo en incluir a este personaje, pero les falta



determinar cómo y, lo más importante, qué nombre darle. Bill enseguida repasa su cuaderno con nombres como Pepper, Socko, Tiger, Wildcat o Mercury, pero ninguno acaba de convencer al resto del equipo. Jerry se queda pensativo, meditando las posibilidades que este proceso creativo tiene para él. En la universidad imparten clases de escritura y hace unas semanas ha pensado en lo útil que sería poder escribir una historia de Batman que, al mismo tiempo, pudiera servirle como ejercicio práctico en clase. Aunque todavía no se atreve a proponer algo así a Bob y a Bill, no esconde sus ganas de colaborar y sugiere el nombre de Robin. Una de las mayores influencias de Jerry es un libro ilustrado por N. C. Wyeth con las aventuras de Robin Hood. Cree que esas ilustraciones podrían servir para el diseño final del compañero de Batman: las mallas, la pequeña capa sobre los hombros o el calzado, así como las mangas largas que recubren los brazos y que sobresalen por debajo de unas cortas, indican que de ahí podría salir un atuendo llamativo que contrastara bien con la oscuridad del Hombre Murciélago. Como la referencia básica es Robin Hood, llamarlo Robin les parece un acierto. Es corto, conciso y alegre, por lo que el propio nombre marcará el carácter del personaje.

Finger regresa a casa para escribir el origen mientras le abordan las ideas. Al principio piensa que el nombre proviene del propio apellido de Jerry, Robinson, pero al escuchar los argumentos del joven, éstos lo convencen sobremanera: no hay nada mejor que mezclar distintas referencias para obtener algo perdurable. Watson y Robin Hood dan lugar así al primer ayudante de un superhéroe de la historia, un modelo que debido a su inminente éxito, será copiado hasta la saciedad en décadas futuras. Pero Bill no tiene tiempo de pensar en el futuro ni en las consecuencias que esta creación tendrá. Tiene una fecha de entrega, ha de construir a la persona bajo la máscara de Robin y darle un alma, como ya hizo con Batman y como sólo él puede hacer.

La radio, como de costumbre, inunda su habitación y acompaña el tecleo de la máquina de escribir. Recuerda que hace unos años, entre sesión y sesión de música clásica encabezada siempre por su selección favorita de Mozart, sintonizaba las aventuras radiofónicas protagonizadas por Frank Merriwell. Aunque llevan fuera de antena desde 1934, siempre ha guardado buen recuerdo de unos relatos que ha seguido consumiendo en forma de novelas y cómics. El propio Merriwell llegó incluso a servirle de inspiración para perfilar mejor al Hombre Murciélago durante los meses precedentes, por lo que, al verse de nuevo en una situación similar, su mente acude a estas aventuras. Así le viene a la mente que Merriwell tenía un hermanastro llamado Dick que le ayudaba en sus pesquisas. Como homenaje le parece más que adecuado, así que sólo le falta encontrar un buen apellido para Dick, algo que encuentra encima de su mesa. Ahí descansa el último libro que está leyendo, con el nombre del editor impreso en portada: «Editado por Charles Grayson Jr.». Grayson... le gusta lo suficiente como para adoptarlo y, con una sonrisa en los labios, escribe el primer número de Dick Grayson, también conocido a partir de ahora como Robin, el Chico Maravilla.

El origen estará basado en algo real, igual que hizo con Batman. De ahí que presente a un chico trapecista que realiza acrobacias con sus padres en un circo itinerante. Con eso consigue a un niño entrenado, sin necesidad de perder el tiempo en explicar cómo adquiere sus habilidades. Al sufrir un sabotaje, los trapecios en los que se balancean sus padres se rompen y éstos caen hacia el centro de la pista. Bruce Wayne está entre el público y la horrorosa escena que ocurre ante sus ojos le recuerda, sin poderlo evitar, a la que él mismo vivió tantos años atrás en un callejón. Sin pensarlo dos veces, adopta al joven, le revela su identidad y le pide que juntos luchen contra la injusticia que se llevó la vida de sus padres. De nuevo, un relato impregnado de fuerza y tan básico y humano que sigue inalterado hasta nuestros días. Kane y Robinson echan el resto en sus páginas, con Bob realizando bocetos que Jerry termina en casa. Cuando está acabando de dibujar fondos y pasar a tinta las planchas, se le ocurre la idea de darle un logo al personaje. Si Batman tiene un murciélago en el pecho, Robin tendrá una R dentro de un círculo. Con los últimos retoques y una portada que alude a los motivos circenses que le dan origen, Robin nace en el *Detective Comics* 38, publicado en abril de 1940.

Bob sabe que esta novedad le sirve para cumplir un objetivo primordial: hace poco que su editor Vin Sullivan ha dejado DC y ahora tiene que lidiar con Whitney Ellsworth. Cree que lo tendrá ganado desde el principio si, nada más empezar a trabajar para él, le presenta una historia en la que crea a un nuevo personaje que suponga un pico en ventas. Y, en una nueva demostración de lo agudo y adelantado para los negocios que resulta Kane, tiene razón. Las ventas aumentan, el personaje gusta y los lectores empatizan con él justo como Finger tenía pensado. Mientras los tres celebran la buena noticia en el estudio de Bob, su padre entra en la habitación para darle el teléfono a su hijo. Es la editorial. Inmediatamente Kane pide a sus amigos que permanezcan en silencio. Al colgar, les comunica la novedad: DC quiere lanzar una nueva serie en paralelo a la mensual de *Detective Comics*. El título, simple y efectivo: *Batman*. El contenido: cuatro historias nuevas. Jerry ve la oportunidad de escribir un guión para una historia propia. Bob cuenta los beneficios que podrán salir de esta extensión de su personaje. Y Bill lo único que ve en ese instante es una nueva fecha de entrega. Multiplicada por cuatro.

Para no entrar en pánico, Finger propone utilizar una aventura contra el profesor Hugo Strange que tenían prevista para *Detective Comics* y adelantarla a la nueva colección. Bill basa al profesor Strange en el clásico arquetipo de científico loco, capaz de modificar genéticamente a varias personas hasta convertirlas en monstruos gigantes que atacan la ciudad, como si estuvieran sacados de una de las muchas películas de terror que ve con Jerry. Bill decide que en la última escena Batman dispare desde su avioneta contra el último monstruo, provocando así su caída desde un rascacielos al más puro estilo King Kong. Ver a Batman empuñando un arma es algo esporádico, pero no por ello menos habitual en la época. Poco sabe Finger que esta decisión traerá consecuencias importantes para un futuro libro de estilo de DC

Comics.

Con la aventura de Hugo Strange adelantada, sólo necesita... tres historias más. No sabe cómo lo va a hacer. Para su salvación, Robinson propone lo que lleva tiempo esperando: quiere escribir una de ellas. Les pide a Kane y Finger que le dejen probar suerte y, para su sorpresa, ambos acceden desde el primer momento. En realidad, a Bob tanto le da mientras tenga qué llevarle a su editor y, para Bill, la sugerencia de Jerry es una bendición caída del cielo. Ahora mismo su estrés se reduce a completar dos tramas. Aparte del profesor Strange, Finger tiene ganas de presentar algún nuevo enemigo para el Hombre Murciélago, por lo que se va a casa a pensar en posibles ideas, intentando que las llamadas a Portia o sus bloqueos habituales no lo distraigan tanto como sabe que harán.

Jerry, como buen alumno, hace lo mismo y abandona la habitación de Bob para recluirse en casa. Ha sido valiente al verbalizar su deseo, pero ahora llega la parte más complicada: entregar algo. Por un momento saborea el estrés habitual de su mentor y permanece toda la noche despierto pensando en posibles argumentos. Para inspirarse, recuerda las clases de escritura de la facultad. Hace poco han estudiado cómo todo héroe necesita una némesis a la altura. La literatura está repleta de cientos de ejemplos, desde David y Goliat hasta Sherlock Holmes y Moriarty. Recordando las clases, tiene claro que el enemigo tendrá que ser lo opuesto a Batman, por lo que si el héroe es oscuro, serio y trágico, su villano deberá ser colorido y alegre. Cree tener un buen punto de partida.

Como suele ocurrir cuando el proceso creativo está en plena ebullición, las ideas rebotan constantemente por su cabeza. Le llevan a pensar en el resto de cómics que ha dibujado hasta ahora, recuerda las películas alemanas que ha visto con Bill y lo asaltan escenas familiares de todo tipo. Todo lo vivido hasta entonces se mezcla, se descarta y se vuelve a juntar. Y es entonces cuando una de las escenas más repetidas durante su infancia aparece cristalina en su mente, como si fuese ayer: él sentado alrededor de una mesa con su familia jugando a las cartas. Era algo continuo, incluso alguno de sus hermanos participó en campeonatos. No entiende por qué le ha venido ese recuerdo, pero cuando uno pone a funcionar la mente, desconoce hasta dónde lo va a llevar. Lo importante es saber qué hacer una vez allí. Y Robinson lo sabe.

Se levanta acto seguido y busca por su pequeña habitación. Está seguro de que se ha traído alguna baraja de cartas consigo. Cuando la encuentra, la abre con frenesí y de entre todas ellas extrae la que hace apenas unos segundos ha imaginado en su cabeza. Es la carta con la cara de un payaso observándolo fijamente. Es la carta del comodín. Es el Joker que le devuelve la mirada. Con su rostro blanco, sus labios rojos y su pelo verde, Jerry lo tiene. Es el opuesto perfecto para Batman, lleno de color y capaz de reírse de sí mismo. Esa misma noche no escribe ni una sola palabra del guión, pero acude al día siguiente a casa de Bob con el dibujo de una carta. Es tal su entusiasmo que quiere compartir al instante la idea para ver si sus compañeros están de acuerdo.

Kane y Finger se sorprenden en cuanto Robinson les explica su idea. Les encanta. Es más, la van a usar por duplicado de lo buena que es, en el mismo número. De las tres historias que faltan, dos las protagonizará ese Joker. El joven Jerry se siente pletórico al recibir la aprobación de su mentor, pero justo en ese momento, Bob dice: «Bill debería escribir esta historia.» Robinson siente que se le cae el mundo al suelo, Finger lo nota, pero ambos saben que Kane tiene razón. Dos historias, con la fecha de entrega tan cerca y dando origen a un nuevo villano es una tarea que le queda demasiado grande en ese momento. El propio Jerry es consciente, pero no puede evitar que se le humedezcan los ojos, como el chico de dieciocho años impulsivo y pasional que es. Mientras algunas lágrimas se le resbalan por las mejillas, mira a Bill y se tranquiliza a sí mismo porque sabe, sin atisbo de duda, que deja su idea en buenas manos.

Bill tiene únicamente una carta como premisa. El resto es la página en blanco del guión que lo espera. Pero lo que su buen pupilo no sabe es que su idea ha recaído en el más indicado para desarrollarla y darle forma. Finger ha visto claro el diseño final del Joker en cuanto Robinson le ha mostrado su carta. Le ha recordado al instante sus visitas a Steeplechase Park, el parque de atracciones de Coney Island, y su cartel de bienvenida con un señor sonriente, si bien algo espeluznante. También rebusca entre algunas revistas de cine para adjuntar al guión final la foto de una película que su memoria le recuerda a gritos. Cuando la encuentra, sabe que será algo nunca visto hasta entonces. Junto a su máquina de escribir reposa la revista abierta justo por la fotografía del actor Conrad Veidt en la película *El hombre que ríe*. Su cara muestra una imagen terrorífica, con el rostro pálido, el pelo hacia atrás y una sonrisa permanente que parece que lo atraviese de oreja a oreja. Deja indicaciones por todas partes para que el dibujo recuerde a esta caracterización, no quiere perder ese toque inquietante pase lo que pase. Para añadir más tensión, el guión lo escribe pensando en el clásico recurso de serie negra del asesinato a puerta cerrada. El Joker anuncia los asesinatos que va a cometer por televisión y, uno a uno, los lleva a cabo. Nadie puede evitarlo, porque ya sea por envenenamiento previo o porque se disfraza de policía y se infiltra entre la seguridad, el Joker se asegura de llevar su broma hasta el final.

Mientras escribe el desenlace de la primera historia, Finger se da cuenta de que no le ha dado un origen. Ha saltado directamente de la idea de la carta a la trama y el diseño en sí. Y le funciona. No quiere que el Joker tenga un origen, no lo atará como al resto de personajes. Además, para el final de la segunda historia hará que se apuñale por accidente durante una pelea con Batman y muera, por lo que tampoco es necesario perder tiempo en explicaciones. Así quedará como ese villano que no se supo de dónde vino pero que fue capaz de atormentar al Hombre Murciélago como nadie hasta entonces.

No contento con la historia doble del Joker y los monstruos gigantes de Hugo Strange, Bill se reserva otra idea de su propia cosecha para la cuarta y última trama de este número especial. Ahora que está cortejando a una chica, cuando ve por fin la

posibilidad de independizarse en breve, en este preciso instante siente la necesidad de darle mayor protagonismo a un personaje femenino. Siempre ha sentido curiosidad por las relaciones amor odio, sobre todo en las buenas historias donde el héroe se siente atraído irremediabilmente por aquella mujer que no puede tener porque la justicia se interpone en su camino. Con esto en mente, da vida a Selina Kyle, una ladrona de guante blanco tan atractiva como para poner en jaque a Batman. Como Bill ha disfrutado hace poco de un número de *National Geographic* dedicado a los gatos, realiza una sencilla asociación y la llama la Gata. En breve, el mundo entero la conocerá como Catwoman. Desde que Batman revela la identidad secreta de Selina, queda prendado de su belleza, y Finger explotará esta vertiente una y otra vez en futuras apariciones de la Mujer Gato.

Con el número terminado, Kane acude a la editorial para hacerle la entrega a su nuevo editor, Whitney Ellsworth, quien no cabe en sí de su asombro. Mientras le paga a Bob una muy generosa cantidad de dinero, el editor revisa todas las historias y tuerce el rostro cuando ve a Batman asesinando a los monstruos del profesor Strange. Pasa las páginas, pero no deja de pensar que juntar al personaje con un arma es ir demasiado lejos, teniendo en cuenta la cantidad de nuevos lectores cada vez más jóvenes que el personaje está atrayendo desde la aparición de Robin. Mientras aparca ese pensamiento, disfruta lo indecible al leer la presentación del Joker. Es demasiado bueno para ser verdad. Y, por increíble que le parezca, lo matan al final. Esto no puede quedar así, se niega en redondo.

Antes de mandar a imprenta el cómic, pide una modificación de la última viñeta. En la propia editorial la retocan para añadir una ambulancia que retira el cuerpo del Joker y, por si acaso todavía le queda alguna duda a alguien, dejan bien claro que el villano ha sobrevivido. «Vivirá», sentencia el enfermero antes de que los lectores cierren el cómic. Sí, el Joker vivirá y, con él, la cultura popular como la conocemos hoy adquirirá una nueva relevancia, un nuevo sentido. Al comunicarles la decisión de DC, Finger y Robinson se alegran. Bill es consciente de que el editor ha tomado la decisión adecuada, no sabe por qué decidió matar al personaje ahora que la opción de dejarlo con vida se muestra tan evidente. Lo mejor de todo es que el Joker y su regreso de entre los muertos supone dejar la puerta abierta a su creatividad como no se lo había planteado antes. Si un villano como el Joker gusta tanto, será sólo el primero de muchos.

Con el éxito de *Detective Comics* y *Batman*, la continua publicación del personaje es algo que Bill tiene más que garantizado. Eso le permite pensar en el futuro o, al menos, en sus planes más inmediatos. Irse de casa en cuanto le sea posible. A Bob, el éxito le está generando más dinero del que pensaba, así que contrata a otro dibujante y alquila un pequeño estudio en Times Square donde Robinson y el recién llegado puedan colaborar. Para entonces, Kane cada vez dibuja menos, llegando a indicar algunas viñetas sólo con un texto del tipo «Batman sobre una azotea», por lo que la ayuda para Robinson es más que necesaria, es de vital importancia. Por todo esto

exige a Bob un aumento, llegando así a los cincuenta dólares por página. Sin embargo, las idas y venidas del estudio y la vigilancia a la que los somete el padre de Kane, para comprobar si están trabajando, no son muy de su agrado. En DC son habituales las visitas del padre de Kane que, al igual que con Robinson, supervisa que no le tomen el pelo a su hijo. Sin embargo, el fiasco le llega desde dentro, sin necesidad de que nadie más intervenga. Salta a la vista que la capacidad de producción de Kane es algo que levanta sospechas y, como suele ser habitual, el mundo editorial empieza a hablar.

Cuando se inicia una bola de nieve semejante, es inevitable que acabe desbordándose y deshaciéndose, justo lo que le ocurre al engaño de Bob. En seguida, todos saben que no trabaja solo y que cuenta no únicamente con un par de dibujantes, sino con un guionista. La editorial Quality, competencia declarada de DC en la época, hace el primer movimiento y se pone en contacto con Robinson. Incluso le ofrece un puesto de editor si así lo desea. También insisten en hablar con Bill. Todos quieren al equipo detrás de Batman y las voces que llegan aseguran que su base creativa son ellos dos. Por muy halagados que se sientan, la decisión les da algo de miedo. Bill no conoce nada más aparte del sistema de trabajo con Kane. De hecho, no ha estudiado ninguna clase de literatura, como sí hace Jerry, por lo que duda sobre si sería capaz de desenvolverse fuera de lo establecido hasta ahora. Robinson, por su parte, tiene claro que el sistema impuesto por Bob ya no le gusta tanto como lo hizo en su momento. Incluso haberse distanciado en ese estudio le ha ayudado a coger perspectiva. Y lo que ve no dice nada bueno de Kane: los usa a ambos, les paga mucho menos de lo que él consigue y las ideas nacen de ellos dos. Sin Bob no tendrían contacto con la editorial ni podrían dar rienda suelta a esas ideas, eso es totalmente cierto, pero también sabe que el trato que les está dando no es del todo justo. En estas cálculas, con la decisión casi en firme de dejar el equipo y abandonar Batman, le llega una llamada de DC Comics. Quieren que ambos, Jerry y Bill, trabajen directamente para ellos. Los han descubierto.

Cuando el mundo eche la vista atrás y revise este momento de la historia, se preguntará por qué. Con la necesidad de Kane por controlar a su equipo creativo, con la urgencia por evitar que la editorial se entere de que alguien más aparte de él lleva a cabo las aventuras de Batman, con lo increíblemente adelantado a su tiempo que es al gestionar un estudio y localizar talento para su beneficio, nadie entiende que en poco menos de unos días, toda la base del imperio que estaba construyendo se desmorone a sus pies. De repente su secreto es algo comentado por todo el mundo, se le ha escapado de las manos. Aunque todos los cómics vengan firmados por él, todos hablan de Bill Finger y Jerry Robinson. En lugar de ofrecerles más dinero, en vez de afianzar su lealtad y, por extensión, su posición, en lugar de expandir el alcance de su estudio y controlar toda la creación en torno al personaje, los deja escapar. La

editorial asesta un golpe de gracia, un toque medido a la perfección. Y con su oferta sobre la mesa, Finger y Robinson saben que es el momento de partir. Lo que piensa Kane en este momento, nadie lo sabe. Lo que pasa por su mente mientras nota cómo el control del Hombre Murciélago se le escurre entre los dedos, sólo lo podemos imaginar. Pero lo que sí está claro es lo que hace a continuación. No se queda quieto. No se lame las heridas. Su nombre seguirá apareciendo en todas y cada una de las entregas de Batman, las haga él o la editorial. La victoria final sabe que es suya. Lo único que necesita es encontrar a alguien que sustituya a Jerry en los lápices. Ahora los guiones le llegarán desde la editorial, allí han conseguido hacerse más con el control. Las historias se las encargarán ellos mismos a Finger, pactarán si Robinson dibuja alguna y qué ayuda le ponen. Al mismo tiempo, saben que el contrato con Bob le obliga a entregar doce historias al año. Sin su equipo, podría decirse que Kane siente miedo de no llegar a tiempo, de averiguar de dónde sacará la ayuda. Pero tiene claro que encontrará a quien colabore. Y lo encuentra.

Bill y Jerry sienten que se les han abierto los ojos. Lo que daban por sentado hasta entonces carece de sentido por completo. Robinson ya lo estaba empezando a vislumbrar, pero Finger no quería verlo. Ya le iba bien con el trabajo como estaba estipulado, pero al entrar en las oficinas del número 480 de la avenida Lexington se da cuenta por fin. Visualiza a Bob entrando cada pocos días por esa misma puerta, lo ve sentado en la mesa del editor, lo supone flirteando con todas las chicas de la oficina y lo imagina hablándole a todo el mundo de las ideas que creaban juntos... como si fuesen sólo suyas. Por fin entiende que la firma única y exclusiva de Bob en todos los cómics no era porque él fuese el contacto con la editorial. Era porque allí nadie sabía de su existencia. Mientras pasea por los pasillos, mientras las secretarias teclean sin parar, mientras lo envuelve el ruido a editorial y creatividad, lo ve claro: le han estado tomando el pelo. «Bob Kane me ha estado usando todo este tiempo», piensa. «Sólo he sido una herramienta para que se llenara los bolsillos.»

Envuelto en sus pensamientos, llega al despacho de Whitney Ellsworth. «Así que tú eres el que escribe las aventuras de Batman», le dice el editor mientras toma asiento. Ante la oportunidad que tiene delante, Ellsworth no se aguanta más lo que ha querido decirle desde que supo que existía: «Bill, estás loco. ¡El Joker es un gran personaje! ¿Por qué lo mataste en su primer número?». Finger le da la razón, ese villano que idearon merece seguir persiguiendo a Batman y le comunica que se alegró mucho cuando Bob les explicó a él y a Jerry que la editorial había decidido modificar la última viñeta para salvarle la vida. Él habría hecho lo mismo. El editor sonríe mientras saca un par de hojas amarillentas de un cajón. Antes de dárselas, le dice: «¿Sabes? Ahora sé que estas hojas son en parte por tu culpa.» Se trata de un libro de estilo que DC ha impuesto recientemente. ¿El motivo? El asesinato de los monstruos gigantes de Hugo Strange por parte del Hombre Murciélago. «Nunca más hagas que Batman dispare un arma», le repite Ellsworth mientras le entrega el manual de la editorial. Bill le dice que tiene razón, debería haberlo pensado dos veces antes de

escribir esa escena.

Cuando baja la mirada hacia las dos hojas se encuentra una serie de puntos que especifican muy bien que los cómics de la editorial no contendrán determinadas situaciones: desde ahorcamientos a apuñalamientos, héroes matando a alguien o incluso muertes en primer plano. Si un personaje liquida a otro, pasará entre viñetas. Si hay una escena en una prisión donde electrocutan a un reo, sólo se mostrará a otros presos hablando de ello. También queda prohibido utilizar la palabra *flick*, en inglés «golpe» o «dar un capirotazo», porque la rotulación, al ser en mayúsculas en todos los cómics, podría llevar a confusión y leerse *fuck*, la palabra por excelencia en inglés para decir «joder».

Todas las normas le parecen bien y, aunque no fuese así, no es momento ni lugar para poner pegas a nada. Con la buena predisposición que nota y el buen ambiente que percibe por parte del editor, le basta y le sobra. Ellsworth le da la bienvenida y lo alienta a seguir escribiendo Batman como hasta ahora, no sin antes especificarle la tarifa que cobrará: doce dólares por página. Con la extensión habitual de la época, eso significa que puede llevarse casi ciento cincuenta dólares por cada historia. No sabe cómo darle las gracias.

Portia se alegra por él cuando conoce la noticia y le recuerda que a ella Bob Kane nunca le ha gustado. Ya le había advertido de que lo podía estar utilizando, pero en lugar de recrearse con sus avisos previos, prefiere disfrutar del momento. Aunque deje de colaborar tan estrechamente con Jerry, por lo menos ambos salen ganando y deciden salir a celebrarlo. Robinson ha seguido de cerca el cortejo entre su mentor y Portia, a la que Jerry considera brillante, por lo que no es de extrañar que acostumbren a verse los tres. Durante la cena, Bill en seguida menciona la posibilidad de irse de casa de sus padres. Lleva demasiado tiempo esperando esto para desaprovecharlo y sólo hará falta esperar un poco más de tiempo hasta tener suficiente dinero. La nueva tarifa se lo va a permitir. Por fin va a vivir de lo que escriba. No cuenta con las fechas de entrega, tampoco piensa en que ahora está completamente expuesto. Si antes se retrasaba, Bob podía contar cualquier mentira a los editores. Él era la cara visible... pero ahora lo será Bill. Espera estar preparado.

Bill percibe que el año avanza más rápido de lo que es capaz de teclear. Las fechas se le agolpan a medida que se acerca el verano de 1940 y, aunque mantiene el ritmo con sus historias de Batman, desconoce que la editorial no lo quiere sólo para eso. Cuando uno de los editores le pide que acuda a la oficina y le presenta al dibujante Martin Nodell, Bill no tiene ni idea de cuál es el motivo de su visita. Para su sorpresa, el editor y Nodell le explican la idea en torno a un nuevo personaje que el dibujante ha pensado, pero a la que le falta la artesanía de un buen escritor detrás para darle forma. La editorial quiere contar con uno de los mejores frente a la máquina de escribir. Nodell no tiene ni idea de quién es Finger, pero al momento entablan buena



conversación y ve que Bill no quiere apropiarse de su idea. Como siempre, lo que quiere es crear en equipo y sacar lo mejor de cada uno por el bien del personaje.

Martin le explica los pormenores de su idea, sobre cómo un ingeniero llamado Alan Scott encuentra una linterna y un anillo que le dan poderes y lo convierten en el héroe Green Lantern. Tiene el diseño, pero le falta darle una historia. El editor les pide que sigan hablando en casa o por teléfono, pero que entreguen a tiempo. A partir de ese día, Nodell y Finger hablan por teléfono casi a diario, planificando y construyendo el mundo en torno a Green Lantern. Lo que no espera Bill es que cuando aparece la primera historia protagonizada por Alan Scott en julio de ese año, su nombre aparezca junto al del dibujante en la primera página. «Por Bill Finger». Tiene que leerlo dos veces para creérselo.

Sin embargo, cada vez que busca entre los cómics de Batman, su nombre sigue sin aparecer. El acuerdo firmado por Bob Kane estipula que sólo él puede salir acreditado, aunque haya números en los que no intervenga en absoluto, como sigue haciendo, incluso recientemente. Para el número de invierno de *Batman*, Finger se ha cansado de nombrar continuamente a la ciudad de Nueva York. Como otros personajes de la editorial, cree que Batman merece una ubicación propia, una ciudad que respire como si fuera un personaje más. Además, como con Robin, el objetivo es aumentar la identificación de los lectores con la historia y para ello ayuda mucho no nombrar una ciudad real.

Su proceso de investigación se pone en marcha una vez más y entre revistas, libros y su inseparable cuaderno de notas encuentra la opción más convincente: Civic City. La más convincente al menos hasta que la escribe sobre papel. Y no le parece nada adecuada para Batman. Sigue repasando y pensando opciones que van desde Capital City a Coast City y, cuando no sabe cuál es la mejor de todas, desesperado, abre las páginas amarillas y se pierde en ellas. De golpe su mirada se posa sobre un anuncio: «Gotham Jewelers», una joyería. «Lo tengo», se dice a sí mismo mientras escribe Gotham City, bautizando para siempre una de las localizaciones ficticias más reconocidas del mundo.

Y si es capaz de dar forma y nombre a la superficie del mundo de Batman, Finger también define lo que se oculta bajo ella. Deja a un lado las páginas amarillas y abre el ejemplar de *Popular Mechanics* que le ha llamado la atención, con un artículo sobre hangares subterráneos que dan cobijo a varios aviones en su interior, acompañado de un esquema donde se dibuja el funcionamiento de estas naves bajo tierra. El texto le parece fabuloso y cree que podría ser una buena idea para el cuartel general de Batman, bajo la mansión Wayne. Recorta el texto de la revista, con el esquema incluido, y cuando Kane recibe el encargo, éste añade estalagmitas y estalactitas en el dibujo para recrear la atmósfera de una auténtica cueva. Con estos añadidos, el universo en torno a Bruce Wayne sigue creciendo y enriqueciéndose, por lo que para mantener tanto la mansión como ahora la cueva, nada mejor, piensa Finger, que un mayordomo. Con esta excusa introduce a Alfred Pennyworth, un

orondo actor retirado y antiguo miembro del servicio secreto que se presenta para continuar la tradición de su linaje y servir a la familia Wayne, tal como le dejó claro su padre antes de morir. Por mucho que tanto Bruce Wayne como Dick Grayson se opongan a su petición, a riesgo de que el recién llegado descubra sus identidades secretas, poco pueden hacer para evitar que se instale por sí mismo. Por suerte, no han de temer durante mucho tiempo porque, en su mismísima primera aparición, Alfred descubre la cueva y, con ella, el secreto detrás del Hombre Murciélago, algo que sólo lo reafirma en su motivación final: ser el fiel consejero y escudero del héroe de Gotham para siempre.

Puede que escriba más colecciones ahora que tiene trato directo con la editorial, pero cuando llega el momento de preparar nuevas historias de Batman, tiene claro dónde reside su mejor predisposición. Aunque su nombre no aparezca, para él su personaje es este Hombre Murciélago, o Caballero Oscuro, como lo empieza a nombrar en algunos guiones para no repetirse, acuñando así el epíteto con el que millones de personas reconocerán al personaje casi setenta años después.

Ya no aguanta más. Casi dos años trabajando directamente para DC Comics sólo han servido para que sus padres estén como un reloj en la puerta de la editorial el día que toca cobrar los cheques. Sin miramiento alguno, le reclaman a Bill el dinero. Es por la familia, le argumentan. Es por el bien de todos, pero está harto. Con lo poco que ha podido ahorrar, se ha permitido un pequeño piso a unos tres minutos andando de donde vivía antes, pero ahora quiere salir de ese barrio. Habla con Portia y deciden instalarse en el número 45 de Groove Street, en pleno Greenwich Village. El barrio artístico por excelencia y a unos buenos cuarenta y cinco minutos en metro de casa de sus padres. Los quiere lejos para poder empezar a hacer su vida de una vez y ve en Portia la oportunidad perfecta. Ella acepta y, al mudarse y empezar a ganar independencia, Bill invierte el dinero de sus guiones en camisas, trajes o chaquetas de *tweed*. Le gusta ir arreglado siempre, y nunca visita la editorial si no va de punta en blanco. Además, se apunta a un club de golf en Manhattan, dado que es el único deporte que le permite evadir la cabeza durante breves períodos de tiempo. Pero todo lo anterior conlleva un problema que no ha calculado bien: gasta más de lo que ingresa. La alegría se le ha contagiado a la cartera y sin control, necesita dinero. Le pide algo prestado a Jerry, lo comenta con algún compañero de la editorial y, a medida que pasan los meses, no le queda más remedio que reclamar anticipos a sus editores.

En DC Comics acceden porque, cuando entrega un guión, está perfecto. Dibujantes y editores lo comentan entre ellos por igual. No hay mejor guionista de cómics que Finger. Puede que haya mejores escritores, por formación y conocimiento de las estructuras narrativas y sintácticas, pero Bill tiene un don y es escribir cómics. Domina la estructura de la página y de la viñeta. Sabe enfocar todos sus guiones para

que el dibujante pueda fluir por ellos con sus lápices. Entiende que es un medio que nace de la colaboración y por ello siempre está abierto a escuchar a sus editores y dibujantes cuando le proponen ideas. En su trabajo, no hay nadie como él y brilla con luz propia. Es en la parte privada donde pierde el control, donde no sabe bien cómo ubicarse si no es sentado delante de su máquina de escribir.

Es ahí donde sigue dando rienda suelta al universo de Batman, aportando nuevos villanos para el Caballero Oscuro. No ha olvidado la sensación que le produjo la creación del Joker, pero desde entonces han pasado tantas cosas que no ha podido centrarse en seguir imitando el modelo. Pero en cuanto tiene ocasión de frenar un poco, de centrarse en escribir guiones por los que ya le han pagado, es entonces cuando abre las puertas de Gotham a algunos de los enemigos más recordados de la cultura popular. Y los crea como sólo él es capaz.

Reúne todas las referencias a su alcance y los villanos más estrambóticos surgen uno tras otro. De un artículo en el *Saturday Evening Post* sobre pingüinos emperadores, que le recuerdan a ingleses rechonchos en un club para ricos, le viene a la mente un enemigo de baja estatura, con esmoquin y muchos paraguas, cada uno de ellos con un truco distinto, ya sea una escopeta o juegos hipnóticos. Luego gira la mirada hacia novelas de terror y *El fantasma de la ópera* le sirve para dar vida a Basil Karlo, un actor lleno de rencor que tapa su rostro cuando comete sus asesinatos bajo el apodo de Clayface. La siguiente influencia, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, da lugar a la tragedia del fiscal del distrito Harvey Dent<sup>[5]</sup> y el accidente que le desfigura medio rostro. Esa dualidad evidente en su cara le lleva a una obsesión por el número dos y a una incertidumbre absoluta cuando debe tomar decisiones, siempre dividido entre dos posibles respuestas. Para solventar este problema, si Finger le ha dado al Pingüino un completo juego de paraguas, a Dos Caras le da una moneda rasgada por un lado, para que el azar decida si hace el bien o el mal. Además de recordar artículos o novelas, una de las películas que vio con Robinson, *El gabinete del Dr. Caligari*, lo impresionó muchísimo y quiere un personaje que recuerde en parte al trasfondo de hospital psiquiátrico del film. Es así como llega a la creación del Dr. Jonathan Crane, que experimenta con sus alumnos el poder de las fobias gracias a un gas del miedo. Su obsesión por ver terror en el rostro de las personas le lleva a adoptar el disfraz de un Espantapájaros y aterrorizar así a Gotham. Robinson también recuerda el film y cuando le llega el guión, con multitud de referencias adjuntadas por Bill, intenta que la ilustración recuerde a los carteles que vio de aquella película.

Todos los personajes nuevos se atropellan, se agolpan y, sin saberlo, siguen aportando un tono que hace de Batman y su mundo una colección diferente al resto. Esa diferencia la marca Finger en su manera de enfocar los argumentos y los nuevos personajes que añade. El resto de colecciones se llenan de hazañas de guerra, porque es inevitable vivir el reciente ataque a Pearl Harbor de diciembre del año anterior como un golpe contra la puerta de cada uno. Pero Bill prefiere mantener a Batman alejado lo máximo posible de la realidad. Sin embargo, por mucho que intente apartar

la vista, ésta lo golpea cuando ve a compañeros guionistas, dibujantes o editores ser llamados a filas. La segunda guerra mundial, con su villano mejor definido de lo que cualquier cómic de superhéroes podría haber hecho jamás, los afecta a todos de manera directa e inevitable. Está en la edad perfecta para alistarse, con sus veintiocho años recién cumplidos, y la notificación para presentarse a la revisión médica no tarda en llegar. Sin embargo, él ya sabe que no tendrá que salir de casa, podrá evitar lo que más teme: abandonar su ciudad. Sabe cuál será el resultado antes incluso de rellenar la papeleta.

Mientras observa el requerimiento para su examen médico, recuerda cuando rellenó los formularios para registrarse el año pasado, un 16 de octubre de 1940. Le parece que fue hace toda una vida cuando acudió a la oficina de registro en la misma avenida de Grand Concourse, donde vivía antes de independizarse de sus padres, de Bob Kane, de todas las ataduras que le impedían controlar su propia vida. Desde entonces ha vivido con la preocupación en la cabeza, pero en el fondo ya imaginaba el posible resultado. Pese a que nada más registrarse lo clasificaron con un «1A», apto para incorporarse al servicio de inmediato, no le dio mayor importancia. Por amigos y gente de su entorno ha ido conociendo que a todos los de su edad los catalogan así de entrada para después realizar los exámenes en profundidad. Unos exámenes que llegan nueve meses después de su registro. El 7 de julio de 1941, Bill recibe un cuestionario que debe rellenar lo antes posible. Conocido por sus retrasos con la fecha de entrega, sorprende que diez días después tenga lista la papeleta y envíe el sobre con su folleto completado. Aunque el tiempo pasa y parece que le rebajan de «1A» a «3A», demostrando que es alguien sin implicación militar en su trabajo y con dependencia a su cargo, tal como catalogan a Portia, vuelven a llamarlo. Cuando ha pasado más de un año desde Pearl Harbor, cuando cree que ya lo tiene resuelto, le piden un examen físico para el 20 de abril de 1943. Reticente, va, pero conoce el resultado. Es un último paso antes de que lo dejen libre por fin.

El médico revisa los papeles rellenos hace ahora tres años, comprobando que todo lo anotado es correcto. Mide, explora y pesa a Bill para confirmar su metro y setenta centímetros de altura, sus sesenta kilos de peso, sus ojos marrones, su pelo liso y castaño, aunque ya con alguna entrada, y para finalizar una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda. Todo encaja con el perfil y, tras proseguir con el examen físico, el médico sentencia el 29 de julio de 1943 que Bill es «4F», no apto para el servicio. ¿Los motivos? Nunca los revelará salvo a sus más allegados. Ellos nunca querrán comentarlo en público por respeto a Finger. ¿La causa más probable? La escarlatina que sufrió de niño le ha dejado secuelas.

Ha descubierto que tiene un reloj interno a punto de saltar en cualquier momento. Al no haber antibióticos disponibles, Bill no pasó días enclaustrado en su cama sufriendo la enfermedad. Pasó meses. Durante su lucha contra la fiebre que recorría su cuerpo, el cierre de una válvula del corazón lo dejó afectado de por vida. Lo sabe, es consciente, pero no por ello resulta menos preocupante. Su actitud, apocada y con

tendencia a evitar cualquier conflicto, no hará sino acentuarse. Para olvidar el tema sigue jugando a golf, deporte que lo tranquiliza como ningún otro. Sigue paseando por su barrio. Sigue haciendo vida normal. Pero sólo encuentra una manera de relajarse por completo: se sienta ante su mesa, sintoniza música clásica en la radio y se pone a escribir. Se ha librado de ir a la guerra, pero ve cómo amigos y compañeros parten al frente. Muchos no volverán, otros lo harán cambiados, pero cuando la guerra termine sabe que Batman seguirá estando ahí. Y tendrá historias que contar.

Si un padre vela por su hijo en exceso, no tiene ni idea de lo que ese hijo podrá llegar a creerse. Cuanto más lo protejan del exterior, más fuerte se creará. Cuanto más procuren evitarle enfrentamientos, más invencible se sentirá. Si Bill Finger escapa de la guerra, es por un infortunio, por un problema de salud que si bien casi nadie conoce en realidad, es algo que lleva consigo. Si Bob Kane se libra de la guerra, es gracias una vez más a que otra persona actúa por él. Sus padres, en previsión de lo que podía ocurrir, han conseguido que el certificado de nacimiento de su hijo desaparezca sin dejar rastro. Esta práctica común de la época tiene éxito con Kane y, aunque no tenga ni idea al respecto, le garantizará un golpe mortal contra DC Comics por la propiedad de Batman dentro de muy pocos años. Hasta ese momento, Bob se contenta con visitar Hollywood por primera vez, ni más ni menos que para asistir al rodaje de la primera adaptación cinematográfica del Hombre Murciélago.

La guerra no afecta a Batman en los cómics tanto como a otros personajes, pero el cine se encarga de que eso cambie. El primer serial cinematográfico del Caballero Oscuro se estrena en 1943, bajo el simple y directo título de *Batman*, y en él no aparece ninguno de los villanos que están haciendo su primera aparición en las viñetas. El enemigo a batir es uno creado para la ocasión, pero que en realidad poco tiene de original. El Dr. Daka es fiel reflejo de su época, con el miedo a Japón en su máximo apogeo. El país lleva un año poniendo en práctica los campos de concentración para japoneses residentes en Estados Unidos. Tras el ataque a Pearl Harbor, la histeria se apodera de la población y son muchos los que temen que esa ofensiva sea sólo el adelanto de un ataque masivo a la Costa Oeste.

Con ese miedo corriendo por las venas, el Gobierno da luz verde a una serie de campos de concentración en los que internan a más de ciento diez mil personas de ascendencia japonesa que hasta entonces vivían y convivían con aquellos que ahora los meten entre rejas. De nada sirve que muchos coloquen en el escaparate de sus tiendas letreros de «Soy norteamericano». Los internan de todas formas. Es tal el miedo entre los ciudadanos que necesitan que sus héroes luchen contra él. Superman no tiene reparos en sostener con una mano a Hitler y con la otra a Hirohito, el emperador Showa de Japón, pero Batman no ha sido tan obvio salvo por algunas portadas y anuncios de bonos de guerra. En los cómics, Finger ha mantenido al personaje en su entorno de drama urbano, con villanos estrafalarios y retorcidos, pero

cuando el personaje alcanza el celuloide, éste se escapa de su control. Es ahí cuando Batman satisface a las masas que acuden a la sala cinematográfica y les muestra una buena propaganda, que es justo lo que quieren ver. Sin embargo, alguien se encuentra con un asunto que no esperaba en absoluto. Bob Kane visita el rodaje y le gusta cómo han adaptado la cueva. Lo que en los cómics es un hangar subterráneo, rescatado de la revista original que leyó Finger, en la adaptación se parece más a una cueva vacía, a la que se accede a través de un reloj de pared de la mansión. La falta de presupuesto hace inviable que reconstruyan una nave bajo tierra con la última tecnología, por lo que se reduce a la mínima expresión. Pero esta solución económica que aplica el estudio convence a Kane lo suficiente como para proponer este diseño.

En casa, Bill se prepara para un nuevo desafío con las tiras de prensa. Batman se estrena en octubre de ese mismo año en los periódicos con tiras diarias y dominicales. Esto se suma a sus apariciones en varias colecciones mensuales de DC Comics, por no mencionar el serial cinematográfico. Kane se retira del todo de los cómics, dejando esa faena a Jerry Robinson y demás autores que colaboran directamente con la editorial, para así él hacerse cargo de la tira diaria en prensa, junto a otros compañeros en la sombra. Pero con quien sí cuenta es con Finger. Él es la persona idónea para llevar a buen puerto las primeras historias en este nuevo formato para el personaje. Con su visita al estudio de rodaje reciente en la cabeza, Bob le cuenta a Bill cómo pueden modificar algunas cosas ya establecidas. Lo primero es cambiar la apariencia de la cueva y eliminar aquello que la delata como un hangar a la última moda. El ambiente de cueva real del serial, insiste, le gustó mucho y Bill lo encuentra lógico.

El siguiente cambio viene impuesto por la editorial y es una directriz a seguir en todas las publicaciones del personaje: Alfred dejará de ser un personaje obeso para convertirse en alguien delgado, estilizado y con bigote. ¿El motivo? El actor que lo interpreta en el serial tiene esa complexión y rasgos. DC quiere que aquellos lectores que se acerquen atraídos por la adaptación reconozcan a los personajes sin problema. La primera influencia intertextual en el universo de Batman, en la que una obra de un medio influye en la de otro, tiene su aparición en este momento. Resulta irónico que el cómic, que es la base sobre la que gira la versión cinematográfica, vea modificado y alterado su contenido para adaptarse al mismo tiempo a su adaptación.

Esta retroalimentación entre cómic y cine resulta fascinante y sólo es posible porque la fuente original, en este caso el cómic, sigue publicándose. Es distinto a cuando adaptan una novela, como las muchas que ha visto Bill en el cine, donde pueden modificar algún fragmento o pasaje, incluso el final, sin que eso impida que el libro siga estando ahí, disponible para sus múltiples interpretaciones, pero con una estructura y personajes inamovibles. Desde este instante, eso ya no es posible para el Caballero Oscuro. Su contenido y percepción pueden alterarse y modificarse, afectando al trabajo de Finger y del resto de sus colegas. Esto sólo sirve para que Bill sea cada vez más consciente de la atención que recibe el personaje y también le sirve

para recapacitar sobre el camino que seguirán los cómics de ese momento en adelante.

La influencia y referencias presentes entre distintas obras es de hecho algo que Bill ha reflejado en sus cómics. Aparte de Batman o Green Lantern, Finger crea a Wildcat junto al dibujante Irwin Hasen. Este nuevo superhéroe proyecta algunas de las vivencias del propio Finger en su infancia, como crecer en el contexto de la Gran Depresión o no tener trabajo. Al igual que Batman, Wildcat queda huérfano, pero no recibe la inspiración de una señal premonitoria, sino de otro personaje creado por Finger: Green Lantern. Cuando el protagonista se encuentra con un chico al que le han robado un cómic de ese superhéroe, el crío le describe cómo es Lantern, inspirando así a Wildcat a seguir sus pasos. Bill, sin darse cuenta, está escribiendo una obra autorreferencial, utilizando recursos como intertextualidad y metalenguaje sin haberlos estudiado y antes incluso de que esos conceptos se acuñen en las clases de literatura.

Pero por mucha innovación que suponga al medio del cómic, el mundo no está por la labor de entretenerse a analizar las obras de Finger ni las de ningún otro autor en estos años. Con Batman en cine, prensa y cómics, así como Green Lantern o Wildcat como personajes recurrentes en sus respectivas colecciones, Bill tiene un único cometido: seguir entreteniendo a los lectores. El público busca evadirse, quiere distracciones y, sobre todo, quiere recordar un mundo distinto al que les ha tocado vivir, con una guerra continua e infinita. Quieren que la muerte se detenga por fin, que los soldados bajen sus armas y que el eje caiga. Pero para cuando lo consiguen, nadie podrá evitar preguntarse si el coste valía la pena.

El ser humano del siglo xx ha demostrado no tener en demasiada estima su propia vida hasta ahora. No sólo recibieron el nuevo centenario con una Gran Guerra, que provocó a su vez una pandemia como nunca había presenciado el planeta, sino que no contentos con ello, a los pocos años iniciaron una segunda guerra mundial. Y cuando los frentes alemán e italiano se rinden en mayo de 1944, cuando parece que al fin se ve la luz al final del túnel... el Imperio japonés prosigue su pelea, con mayor sinsentido todavía que antes, sólo para demostrar una vez más el horror más absoluto al que el hombre es capaz de llegar. Ninguna de las historias ideadas por Bill en las decenas de guiones que ha escrito hasta la fecha pueden igualar este momento de la historia; ninguna de las películas o novelas que ha consumido podrían haberlo preparado, ni a él ni a ninguno de sus compañeros, para lo que viven en agosto de 1945. La rendición japonesa se hace realidad el 14 de ese mes porque una semana antes el presidente Truman ordena la detonación de dos bombas nucleares sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. La columna de humo de casi veinte kilómetros de altura, conocida como hongo nuclear, genera una explosión que amenaza con igualar a las detonaciones que sólo el propio planeta es capaz de superar

cuando entra en erupción, y se convierte en una imagen tan nítida para los que la conocen a través de los medios de comunicación que provoca un profundo impacto en todos ellos.

La primera guerra mundial concluyó con una pandemia que arrasó todo a su paso para un nuevo renacer, para olvidar los horrores bélicos y buscar un remedio a la enfermedad que atacaba a todos por igual. La segunda guerra mundial, que ha mostrado lo peor del ser humano en todas sus facetas imaginables, concluye de una manera que nadie, ni siquiera ese hongo nuclear, podrá borrar nunca. Aquellos que lo viven de primera mano, día a día en las noticias, no lo olvidarán. La humanidad entera cambia su rumbo, su filosofía y su pensamiento. Ya no es el mundo en el que todos vivían hace cinco años. Ha cambiado, se nota y se palpa en el aire. Cambian las rutinas, los gustos, la mentalidad de la población y la manera de enfocar el ocio. Cambian muchísimas cosas en muy poco tiempo. La necesidad de recordar la guerra no es necesaria. Los lectores ya no quieren ver a sus héroes peleando en el frente. En realidad, ya no quieren verlos porque les recuerdan un tiempo que quieren olvidar. El mundo del cómic afronta así el inicio de una de sus épocas más oscuras, tanto para sus personajes como para la gente que trabaja en ellos. Y sin embargo, para Bill, ésta será la menor de sus preocupaciones.

Bob Kane sabe llamar la atención. Está de vacaciones en una playa de Florida, ha pasado un año desde el final de la guerra y Batman sigue publicándose en tiras de prensa y varios cómics. Y eso sin contar con un segundo serial cinematográfico en preparación. Observa las olas, siente la arena en los pies y nota el sol en el cuerpo mientras disfruta de ser quien es. Su objetivo estos días no es otro que perseguir chicas guapas por la orilla, evitando a los demás que pululan por la misma playa con la misma meta.

Con un color moreno de piel que salta a la vista, más por maquillaje que por haber tomado mucho sol, asalta a una chica a la que otro joven estaba a punto de decirle algo. El intento se ve frustrado, pero entabla conversación con su contrincante que, casualidades de la vida, es Lew Sayre Schwartz, dibujante de tiras de prensa. Y no puede llegar en mejor momento. Jerry Robinson ha abandonado Batman para seguir creciendo profesionalmente gracias a sus contactos directos con la editorial. Robinson ha dejado los estudios al darse cuenta de que aquello que sólo iba a cubrirle los gastos se ha convertido en la vocación de su vida. Sin embargo, está harto de que su nombre no figure en ningún sitio. Ahora Jerry ya no quiere sólo aprender, quiere reconocimiento. Incluso rechaza trabajar para las tiras de prensa cuando se lo ofrecen porque es consciente de que el único nombre que aparecerá en la página es el de Bob Kane.

Con semejante ausencia, la editorial no tarda en buscar candidatos, pero Kane quiere un dibujante para él, en secreto. Alguien a quien darle los guiones que le envía



DC Comics, alguien que le dé páginas acabadas que él pueda entregar en la editorial para proseguir con la farsa. Pero esta vez la parte más importante del trato es que nadie sepa de su implicación. No quiere otro caso como el de Finger y Robinson. Para asegurarse de ello, le ofrece cien dólares por cada historia que dibuje. Al año, Sayre es capaz de entregar entre quince y veinte cómics completos, así que al hacer la suma salta a la vista lo rentable del asunto y no tiene ningún reparo en aceptar la oferta. A Kane el negocio le sale redondo. Su tarifa por cada historia es de quinientos dólares, todavía se guarda en el bolsillo cuatrocientos después de darle su parte a Sayre. Con la cantidad de producción de su nuevo empleado, al año Kane se embolsa unos ocho mil dólares<sup>[6]</sup>. Respira tranquilo, se relaja y le entrega a Sayre los guiones que recibe desde la editorial para que dibuje todo el contenido. A Sayre el trabajo le parece bien y supone una paga adicional a sus encargos regulares en las tiras de prensa. No ve ningún tipo de inconveniente, pero sí disfruta más cuando recibe guiones firmados por Bill Finger. Nunca hablará con él, jamás lo conocerá en persona, pero le parece uno de los mejores guionistas a los que han acompañado sus dibujos.

No es de extrañar, porque Bill sigue escribiendo de la manera más meticulosa posible. Esto lo retrasa más en sus entregas y aunque Portia le insta a que ponga solución a su comportamiento con la editorial, Finger no sabe cómo llevarlo a cabo. Cada página le cuesta horas, necesita referenciar cada detalle y cuida todas las líneas de diálogo para que tengan un sentido preciso. Al bucear en sus cuadernos de notas pierde más tiempo todavía. En ellos Bill apunta todo lo que le viene a la cabeza durante sus paseos por la ciudad, pero lo hace sin orden ni concierto. Cuando recuerda algo, ha de buscar por todo el cuaderno de principio a fin. Tan famoso es su método que hasta sus compañeros de DC le piden de vez en cuando echarle un vistazo cuando se bloquean con sus historias. Saben que encontrarán lo necesario. Bill nunca tiene un no para nadie, aunque eso implique olvidarse de sí mismo.

En la editorial, con los últimos cambios al haber visto partir y volver de la guerra a varios empleados, Batman pasa a estar en manos de editores como Jack Schiff o Mort Weisinger. El primero siempre se muestra compasivo con Finger, es consciente de lo mal que lo ha pasado, de la falta de crédito que tiene con el Hombre Murciélago y, además, es su mejor escritor. Le da toques, le pide que no se retrase más, pero falla en cada ocasión. Además, lo poco que Bill se gestiona el dinero le lleva a pedir más anticipos antes de hora, algo que Weisinger no tolera o, si lo hace, lo aprovecha como moneda de cambio para gritar y ridiculizar a Finger delante de todos los compañeros. Bill calla, aguanta los gritos, pero sostiene el cheque con fuerza.

Otros editores, como Schiff o Whitney Ellsworth, procuran ayudarlo. Una vez, por desesperación mutua, le piden que entregue las facturas que tiene pendientes. «La editorial se hará cargo», le dicen. «Pero no nos pidas más anticipos.» Bill asiente, dirá que sí a lo que sea, como cuando le piden cambios en sus historias. Suele acceder con tal de que lo dejen hacer. Cuando los editores comprueban facturas por clubs de golf

que ascienden a cuatrocientos dólares, o trajes de algunas de las mejores tiendas de ropa de la ciudad, entienden que su mejor escritor tiene un serio problema a la hora de controlar los ahorros. DC paga las facturas y le ruega que entregue a tiempo a partir de ahora. Para la siguiente ocasión, Bill vuelve a pedir un anticipo.

Como si de una enfermedad se tratase, no puede controlar su vida. Sólo parece bajo control delante de la máquina de escribir, pero a todo lo demás asiente sin hacer nada al respecto. Cuando le piden que no solicite dinero por adelantado, cuando le ruegan que entregue a tiempo, incluso cuando su mujer le solicita que hable con sus padres y solucione sus problemas personales. No quiere escuchar, ni siquiera se lo plantea, mientras lo dejen en paz. Portia hace de ancla para Bill, lo saca de la máquina de escribir y lo lleva en coche a veranear a Cape Cod. Finger no sabe conducir, nunca le ha interesado y, como con el resto de su vida privada, necesita que alguien lo dirija. El resto de compañeros notan que no es feliz, que algo lo carcome, pero nadie se mete en sus asuntos. Bill aprecia los intentos de Portia, pero tienen discusiones que no llevan a ninguna parte. Ella se acaba encargando de todo: las cuentas, el dinero, el piso, los gastos... Bill se limita a sumergirse en sus propias fantasías internas mientras sigue escribiendo aventuras de Batman. Incluso en una época como ésta, se ve capaz de crear nuevos personajes, como el Acertijo, el Sombrero Loco o el Hombre Calendario, alimentando aún más la galería de villanos por excelencia del Caballero Oscuro.

Parte del malestar de Finger es muy comprensible si se sabe dónde mirar. Nadie lo oye hablar de ello, sólo Portia conoce realmente lo que le incomoda la situación. Bill está muy molesto por el trato recibido por Kane y por el hecho de que no puede decirle al mundo que él creó a Batman. Esto lo piensa ahora, años después, una vez se ha establecido como guionista de cómics y tiene un futuro por delante en ese campo, pero no se le pasó por la cabeza cuando su única meta era salir de casa y dejar la zapatería. El tiempo pone todo en su sitio y a Bill le acaban de encajar las piezas con la última carcajada de Kane en su cara.

Publicado en 1946, el número 5 de *Real Fact Comics* presenta «La auténtica historia de Batman y Robin». En tan sólo cinco páginas, la historia narra cómo a Bob Kane, citado como «el creador de Batman», se le ocurrió la idea para el Hombre Murciélagos tras leer novelas de detectives. Con el personaje en mente, Kane le pidió a un amigo que hiciera de modelo para dibujar al superhéroe. En la siguiente viñeta se ve a Kane con un disfraz de Batman en sus manos, hecho por su madre, para que su amigo se lo pruebe. Las siguientes escenas muestran a Kane jugando con maquetas para dar vida a Gotham o la Batcueva. El desenlace presenta multitud de cartas que le dan las gracias a Bob por su creación, con una última viñeta en la que Batman y Robin agradecen a su creador que les diera vida. Las puñaladas que suponen todas y cada una de estas páginas duelen incluso a día de hoy. Finger, de nuevo, se calla. El contrato de Kane con DC le protege, la editorial incluso le paga algo más que al resto de guionistas para compensarle, pero poco más se puede hacer, sobre todo con los

editores enfadados y alerta como los tiene. Bill desconoce por qué Bob necesita reafirmarse de semejante manera. El motivo es muy sencillo: Jerry Siegel y Joe Shuster, creadores del Hombre de Acero, quieren demandar a DC Comics por la propiedad de Superman. Estas cinco páginas son una primera protección para Kane. La siguiente llama directamente a la puerta de su casa.

Jerry Siegel y Joe Shuster creen que contar con la ayuda de Bob Kane será determinante para conseguir lo que quieren. Están cansados de que la editorial se enriquezca a costa suya. No quieren ver que están ganando mucho dinero, que su personaje está en buenas manos editorialmente. Siegel quiere más y no permitirá que empresarios burocráticos le arranquen su creación de las manos. Una actitud impulsiva y demasiado pasional para la situación en la que se encuentra, pero que lo motiva y lo mueve a actuar. Cuando llama a la puerta de Bob Kane, éste lo recibe con los brazos abiertos. Los creadores de Batman y Superman juntos bajo el mismo techo, es algo que a Bob siempre le gusta pensar cuando se dan estos momentos. Siegel le expone el caso ante la atenta mirada del padre de Kane, que los acompaña en todo momento de la conversación. Bob le dice que pensará unirse a su causa pero que le dé unos días. Cuando el creador de Superman deja la casa, poco se imagina que en la habitación de al lado, escuchando todo atentamente, se encuentra Lew Sayre, el dibujante de Kane, más en la sombra que nunca. Lo ha oído todo y piensa lo mucho que le gustaría decirle a Siegel que se ha equivocado.

«Ni se te ocurra hacer nada», le dice su padre. Bob lo mira con sorpresa ante semejante asertividad mientras continúa diciéndole que él no está en la misma situación que los creadores de Superman. De hecho, está en una mejor porque ahora sabe lo que Siegel y Shuster quieren hacerle a DC. Será mejor adelantarse. Cuando Kane entra en el despacho de Jack Liebowitz, presidente de la editorial, le cuenta todo. No deja ni un detalle en el aire. Y remata diciendo que le han pedido que se una a ellos... algo que hará si no renegocian aquí y ahora su contrato. Al acabar, Liebowitz no se muestra preocupado. Tanto lo que firmaron Siegel y Shuster como lo que firmó Kane cubre a la editorial de cualquier eventualidad. No hay ninguna duda de que la propiedad de Superman y Batman pertenece a DC. Pero Kane tiene su as en la manga. «Demuéstralo», le dice. Ante la defensa de «tenemos tu contrato», Kane responde que ese acuerdo es ilegal. Lo firmó cuando era menor, pero promete no decir nada a nadie si lo renegocian. Liebowitz no se puede creer la estafa que le están presentando en su propia oficina. «Firmaste con veintitrés años, ¿qué estás diciendo?». De nuevo, Kane le invita a que pruebe que nació en 1915, y no en 1919 como asegura ahora. Su certificado de nacimiento no existe, destruido años atrás para evitar el reclutamiento de la segunda guerra mundial. Sus padres testificarán a favor suyo. No tiene nada que lo avale, lo único que puede hacer es acatar si no quiere un problema en dos frentes, tanto el de Superman como el de Batman. No queda alternativa.

Bob Kane renegocia su contrato y obtiene, a perpetuidad, parte de la propiedad

intelectual de Batman, así como derechos subsidiarios sobre todo producto derivado del personaje y la posibilidad de vetar una posible venta del Hombre Murciélago por parte de DC a otra compañía, por no mencionar un aumento de la tarifa por página. Al salir de la editorial, Bob se pone en contacto con Siegel para decirle que no se unirá a su causa y le desea suerte en su lucha por Superman. Al colgar, se siente satisfecho y no vuelve a dedicarle un pensamiento más. No cree que haya alguien capaz de ayudarlos, pero es cierto que espera que consigan algo para ellos. Por lo menos, que sea la mitad de bueno que lo que acaba de firmar él en su nuevo acuerdo. Un contrato por la autoría de Batman en el que Bill Finger sigue sin aparecer.

Nadie sabe quién es el dibujante en la sombra de Kane, pero todos quieren averiguarlo. Sayre cumple el acuerdo y jamás le dice nada a nadie. Cuando trabaja en la oficina de King Features para entregar sus tiras de prensa, no lo menciona. Incluso cuando la propia DC Comics le encarga dibujos para otros personajes, jamás lo comenta. Permanece en la sombra, pero algunos en la editorial quieren saber a quién están pagando en realidad. Cuando Kane entrega, lo hace en su propio nombre, pero editores como Jack Schiff o Mort Weisinger, responsables de Batman, los mismos que le encargan los guiones a Finger, no se lo creen. Así que es todavía más sorprendente cuando un día un mensajero les entrega un sobre con páginas y páginas de Batman. En ellas falta la firma de Bob Kane. No se lo pueden creer. El mensajero se ha tenido que equivocar, porque estas páginas son del dibujante en la sombra antes de que pasen por manos de Kane y las firme. Antes de que abandone el edificio, Schiff y Weisinger asaltan al hombre, ya algo mayor, que les ha efectuado la entrega y éste les confirma que venía de la oficina de King Features. Se disculpa por su error, pero los editores le dicen que no se preocupe, no piensan presentar ninguna queja. Pero eso sí, le piden que les diga quién le entregó el sobre desde aquella oficina. «Lew Sayre Schwartz», responde. «Eran para el editor Jack Schiff». Éste, en efecto, está esperando otra entrega de Sayre, por lo que ha habido una confusión que, realmente, tardaba en ocurrir.

Schiff, al haber descubierto quién se esconde tras la firma de Bob Kane, se da por satisfecho. Pero Weisinger no. Sin pudor alguno coge el teléfono, ante la atónita mirada de su colega, llama a King Features y pide que se ponga Lew Sayre. Al oír su voz al otro lado, prosigue con su plan:

—Hola, Lew, soy Mort Weisinger.

—Hola, Mort. ¿Cómo estás?

—Bien, quería comentarte que hemos recibido la entrega.

—Fantástico.

—Sí, tenemos tus páginas de Batman y nos gustaría comentarte algunas revisiones.

—Oh... qué vergüenza...

Cuando la anécdota llega a oídos de Kane, éste estalla enfurecido. Otra vez le ha pasado lo mismo, han descubierto su farsa y es tal su cabreo que incluso piensa en despedir a Sayre. Pero si lo hace, tendrá otro problema. Lo necesita y de todas formas, como el dibujante ya trabaja para la editorial, no es la misma situación que se dio con Finger y Robinson. Además, tiene un contrato hermético con DC y ahora más que nunca serían incapaces de dejarlo a un lado. Simplemente anota en su cabeza lo que le ha ocurrido por segunda vez. No le ocurrirá una tercera.

Sin embargo, Bill sigue entregando tarde una y otra vez. Al menos ahora tiene un motivo más que justificado: acaba de ser padre. El 26 de diciembre de 1948, Portia da a luz a Fred Finger. En pleno invierno y con la Navidad encima, Bill recibe en sus brazos la mayor de las responsabilidades. Se pregunta si será capaz, si hará lo correcto y, sobre todo, si podrá gestionarlo. Su mujer, de nuevo, se hace cargo de todo. Bill se sienta en su escritorio, ordenado, con la máquina de escribir a su derecha, y mientras Fred vive sus primeros días en casa, él se prepara para la siguiente entrega. Durante el año siguiente, la vida se desarrolla con el ritmo habitual: fechas de entrega retrasadas, Portia manejando todo lo relacionado con la organización familiar y Fred creciendo poco a poco. Para romper la rutina, muchos domingos por la tarde Bill y Portia pasean a Fred por Washington Square Park, algo que al final acaba convirtiéndose en una costumbre más. Durante estos meses, en sus frecuentes visitas a la editorial, Bill entabla amistad con Coral Nieland, una de las secretarías de DC. Con el tiempo, tanto por verlo a menudo sufriendo al llegar a las oficinas como por las bromas casuales que se hacen, Coral se decide a invitarlo a él y a su mujer a la fiesta de fin de año que hará en su casa. Allí, le dice, podrá conocer a su marido y ver a viejos conocidos de la editorial en un ambiente más relajado.

Cuando Portia y él entran en casa de Coral, junto a Jerry Robinson y la pareja de éste, enseguida localizan a Joe Shuster, quien les cuenta con pena cómo DC los despidió a él y a Siegel hace un par de años, cuando intentaron demandar a la editorial por los derechos de Superman. No contaron con apoyo suficiente y, en realidad, DC estaba muy bien cubierta e informada. Robinson y Finger intentan romper el hielo con comentarios que hagan que Shuster no piense en el tema más de lo necesario. Entre chistes y bromas, Coral se acerca para presentar a su marido: Charles Sinclair. Bill y él no conectan de inmediato, pero reconocen gustos comunes al instante. Charles también es escritor, aunque está más relacionado con la radio, y le atrae el sentido visual que Bill aplica a sus guiones. Desde ese día, con el recién inaugurado año de 1950, las reuniones entre Portia, Bill, Coral y Charles se vuelven tradición. Con cada café, los vínculos entre ellos se estrechan. Los dos hombres empiezan a quedar a solas para compartir sus aficiones, como ir juntos a Broadway para ver la adaptación musical de la novela *Los caballeros las prefieren rubias*. Parece que tras tantos años, Bill ha encontrado a alguien que lo complementa. No necesita ser su mentor cultural, pues Charles viene con su propio bagaje, sino su

igual.

Ninguno de los dos recuerda quién lo propuso primero. Quizá fue alguna de sus mujeres, quizá surgió de ellos mismos, pero antes de que acabe ese año, ambos saben que han de escribir algo juntos. Charles tira de contactos y habla con los productores del serial radiofónico *Nick Carter, maestro detective*. El programa, en emisión desde 1943 y basado en novelas de misterio, está en su punto álgido de oyentes. Sinclair cree que el tono detectivesco podría encajar bien con las habilidades de Bill, así que tiene claro que ésta es la mejor elección posible. Al preguntarle si está interesado, su amigo responde sacando su cuaderno de notas. Ha llegado el momento de preparar una historia nueva, la que le abra las puertas de la radio.

Charles ya conoce ese cuaderno, pero siempre que lo ve se maravilla ante su contenido. Fórmulas químicas, elementos de cocina o pintura, símbolos chinos, datos callejeros como a partir de qué temperatura la nariz de un perro se enfría lo suficiente como para no poder seguir un rastro... multitud de detalles afloran en un cuaderno alimentado desde hace años. De entre todas las posibles premisas para una historia, el dato acerca de la palabra «jade» es el que les llama la atención. Además de ser una piedra ornamental de origen chino, también se encuentra, curiosamente, en Wyoming. Anotado también al lado de este dato asoma el símbolo chino de la virtud, que, para su sorpresa, también significa «jade». Tienen los ingredientes perfectos para un misterio.

Casi sin esperarlo, aprueban el guión, que sólo supone el primero de muchos en el inicio de una carrera conjunta escribiendo seriales radiofónicos. Gracias al empeño y los contactos de Charles, encadenan un encargo tras otro; gracias a lo buen escritor que es Bill y al buen equipo que forma con Sinclair, los guiones los aceptan con la misma celeridad. Ambos acuerdan repartirse los beneficios a partes iguales, cobrando así entre ciento cincuenta y trescientos dólares por cabeza. Pese al buen dinero que reciben, su intención no es quedarse en la radio. Esto les sirve como calentamiento para ver qué tal trabajan juntos. Su objetivo real es el nuevo soporte estrella del momento: la televisión. Ahí sí que pueden ganar mucho dinero y, además, les resulta más atractivo. Con la meta definida, Charles aprovecha sus contactos como editor de una revista de entretenimiento que cuenta con una recién estrenada sección dedicada a la televisión. Busca alguna serie nueva donde necesiten mano de obra y encuentra su presa fácil en *Intriga extranjera*, producción ambientada en la Europa posterior a la segunda guerra mundial, rodada en Suecia y cargada de espionaje y agentes secretos. Parece un buen sitio donde probar suerte.

Charles tira de sus hilos y le confirman que, al menos, leerán un guión si lo entregan completo y listo para rodar. Sinclair acude raudo y veloz a ver a Finger y le hace hincapié en que es una oportunidad única. Tanto Bill como Charles ponen en marcha sus recuerdos y mezclan las impresiones que les han causado películas como *El mayor espectáculo del mundo* y *Ser o no ser*, ideando así una trama que encaja perfectamente con la ambientación de la serie. La experiencia de Charles en la radio

para que la acción se mueva rápida y la pericia de Bill con diálogos directos dan como resultado su primera prueba de fuego en televisión. Y aprueban con nota. La productora compra la historia y ruedan el episodio, que se emite el 4 de abril de 1952. De la radio a la televisión en apenas dos años. Como si escribir los cómics de Batman, para el que ya lleva trabajando once años seguidos, no fuese suficiente.

Con la nueva década y los nuevos encargos, la familia Finger se muda de su piso en Greenwich Village a uno cercano, también en Manhattan, para empezar de cero y tratar de encontrar su lugar. Sin embargo, la alegría que aporta el recién nacido o los nuevos progresos profesionales de Bill no duran mucho tiempo y en 1953, cuando Fred cumple cuatro años y medio, Bill y Portia se separan. Él se va a vivir a un pequeño apartamento a apenas ocho minutos de distancia para estar lo más cerca posible de su hijo, mientras ella decide no mudarse del piso en el que está, donde pasará el resto de su vida.

Bill se va de su casa al mismo tiempo que los superhéroes abandonan los cómics. En 1954, el psiquiatra Fredric Wertham publica su libro *La seducción del inocente*, que consiste en una retahíla de ataques sin ningún tipo de sentido contra el mundo del cómic. Apenas diez años después del fin de la segunda guerra mundial, la histeria colectiva en torno a posibles infiltrados entre la población aviva la llama de la guerra fría. Sólo hace falta señalar con el dedo para que vecinos amigables se conviertan en posibles sospechosos de ser el enemigo. Así, con el miedo por bandera, políticos como Joseph McCarthy predicán que hay que acusar antes de demostrar; prevenir antes de curar. Con esa mentalidad en busca de enemigos ocultos por doquier, el Dr. Wertham ataca a la cultura popular y arremete contra aquello más debilitado: los cómics. El auge que tuvieron durante los años cuarenta ha disminuido considerablemente. La guerra ha cambiado la perspectiva a la hora de ver el mundo y si una bomba es capaz de destruir por completo una ciudad entera, poco pueden hacer las fantasías de héroes que vienen del espacio exterior. Parece que el ser humano ha sido capaz de superar incluso esa ficción y, en lugar de abrazar esos conceptos como representación de esperanza, los rechazan por recordar un mundo demasiado utópico.

El Dr. Wertham acusa a Superman de ser un fascista que impone su ley por la fuerza; a Wonder Woman de ser una lesbiana con tendencia al sadomasoquismo; y a Batman y Robin de mantener una relación pederasta en su mansión, una especie de oasis apartado del ruido de la ciudad. Wertham deja claro que los millones de lectores que tienen son sobre todo niños y, como tales, son muy influenciables. Son esos niños los que están leyendo entre líneas estos mensajes y afectarán de por vida a la futura sociedad del país. Pone sobre aviso a la población y ésta, dispuesta como está a creer todo tipo de ataque encubierto, lo escucha. Al principio, las editoriales y autores de cómic no hacen mucho caso a estos ataques, piensan que el tiempo hará que pasen sin más. Pero cuando se convocan quemas públicas de cómics en las calles y se forma

una vista para sentencia contra la editorial de cómics de terror y misterio EC, las alarmas saltan de verdad.

En DC Comics todavía tienen su libro de estilo, pero va a quedarse en la mínima expresión con lo que está por venir. Entre autores y editores no hay otro tema de conversación. Los guionistas notan la censura sobre sus espaldas. «Se ha excedido del todo», comenta Bill con compañeros de profesión al hablar sobre las teorías del Dr. Wertham. Todos están de acuerdo en que son ataques gratuitos al ver cosas donde no las hay. «Parece que el doctor se centró en los cómics porque era lo que la mayoría de niños consumía, pero todos esos chavales también bebían leche y sin embargo parece que en eso no vio nada malo», declara por su parte Stan Lee desde Timely, editorial competencia de DC y futura Marvel Comics. Pero da igual cuántas voces se alcen, el daño está hecho. A partir de ese momento se genera un código de censura contra los cómics, una organización que supervisará, aprobará, modificará o prohibirá cada historia. Este proceso lleva al cierre de la editorial EC, mientras DC Comics se adapta como puede aunque al final cancele todas las colecciones de superhéroes a excepción de Superman, Batman y Wonder Woman.

Autores como Bill reciben nuevas indicaciones y en cuanto al Hombre Murciélago se refiere, es primordial mostrarlo en compañía de mujeres lo máximo posible. Finger no sabe a qué viene esto, si podría decirse que sólo con Catwoman ya tiene más mujeres que cualquier otro personaje, pero acata la orden suavizando el tono de los cómics y presentando más adelante a nuevos aliados como Batwoman o Batgirl, para que no quede duda alguna de en qué compañías se mueve. Bill añora, por dentro, la libertad creativa de la que gozaba diez años atrás. Cuando empezó a escribir Batman, incluso cuando DC le abrió las puertas por primera vez, la editorial recibía sus guiones sin mayores quejas, más allá de la fecha de entrega. Ahora las historias vienen más impuestas por los editores, algo a lo que el escándalo del Dr. Wertham no ha ayudado en absoluto.

Por lo menos, se dice a sí mismo, sigue escribiendo Batman, si bien el resto de personajes, como Green Lantern o Wildcat, desaparecen sin dejar rastro. Ni siquiera puede continuar su escaqueo con la prehistórica Marvel, la editorial competencia de DC para la que escribió algunos números del Capitán América unos años atrás, debido a que también allí reducen su número de publicaciones después de semejante caza de brujas. Su entusiasmo no decae de todas formas y, aparte de encargarse del Caballero Oscuro, Finger escribe también historias de Superman y su pasado como Superboy, donde crea a Lana Lang, amor de juventud del Hombre de Acero que pasa a formar parte indisoluble de la vida del personaje. Además de los dos superhéroes que le quedan, Bill no dice que no a ningún género y tan pronto escribe historias de Robin Hood como del Príncipe Vikingo o del escuadrón aéreo Blackhawks. Lo importante es mantenerse ocupado y no pensar en qué hacer con su vida.

Desde su piso escribe todos estos cómics acompañado de su inseparable radio y las serenatas nocturnas de Mozart. Desde ahí produce multitud de historias, todas



tardías, pero no por ello menos detalladas. Pese a no contar con Portia, Bill encuentra apoyo en amigos como Charles Sinclair, con quien sus pasos en televisión siguen dando frutos, o Alvin Schwartz, también escritor de cómics y con quien queda de vez en cuando para poner ideas en común. De hecho, Alvin aprende a preparar el guión de un cómic gracias a los consejos de Bill. A cambio, Schwartz tiene una formación mucho más literaria que Finger y entre los dos hacen un buen tándem que beneficia sus encargos futuros. En momentos de relax, tras tantas horas juntos, Finger deja entrever partes de su vida privada que apenas revela a nadie más. Es así como le confiesa a Alvin que le irrita y le molesta profundamente no ver su nombre en los cómics de Batman, junto al de Bob Kane. Alvin nota que su amigo se queja del hecho en sí, no de Kane. Sobre Bob, Finger no dice nada malo ni se muestra agresivo. Simplemente prefiere no decir nada. Lo que Bill no sabe es que no le hace falta, porque Alvin conoce bien de qué pie cojea Kane. De hecho, tiene grabada a fuego la imagen de la primera vez que lo vio.

Con apenas seis años, al entrar en clase en su primer día de escuela, Alvin vio a un niño sentado con el típico castigo cruel de la época para aquellos estudiantes que iban retrasados con respecto a los demás: una gorra con orejas de burro. Un gesto insultante a día de hoy que era habitual en los años veinte y por el que Bob Kane pasó. Más allá de la primera impresión, cuando Alvin habló más con él ya le quedó claro que Bob no era muy espabilado. Durante los años siguientes, esta opinión sólo se reafirmó en su mente. Para Alvin, Kane nunca ha sido muy brillante, no lo considera una persona de grandes ideas ni de mucho gusto, por lo que cuando oye a su amigo hablar sobre lo mucho que le gustaría ver su nombre en los cómics de Batman, lo cree. Tiene muy claro que sin Finger no habría habido Hombre Murciélago, pero también sabe que por su carácter demasiado amable con todo el mundo, dispuesto siempre a ayudar anteponiendo cualquier cosa a sí mismo, no llegará a tener ese reconocimiento que le gustaría obtener. No lo pensó en su día, y eso Alvin lo entiende, pero visto cómo se ha desarrollado todo, es algo que molestaría a cualquiera.

Sobre todo si es a expensas de alguien como Bob Kane, a quien Alvin no duda en tachar de afortunado por tener un padre inteligente que velara por él. Para Alvin, Bob siempre se ha aprovechado de las cualidades de los demás. Mientras Bill le explica cómo se siente, él recuerda una de las veces que tuvo que interactuar con Kane al escribir una historia de Batman. El recuerdo es vívido, casi puede ver cómo se desarrolla, como si ocurriera en ese mismo instante. Bob, al recibir el guión de Alvin, avisa a la editorial y se pone en contacto con él para preguntarle por qué ha especificado una escena con un rebaño de ovejas cuando él no sabe dibujar bien a ese animal. Alvin piensa: «Amigo... ¡ya sé que no sabes dibujar!» De todas formas, no entiende la queja, porque todo el mundo sabe que se encargará uno de sus dibujantes en la sombra. Es sólo una demostración más, según Alvin, de la necesidad de Kane por hacerse notar, por tener que decir la última palabra en cualquier situación.

Siempre que tiene que conversar con Bob, Alvin considera el intercambio como tiempo perdido. Tiene claro que hay buenos dibujantes en DC, pero Kane no es uno de ellos.

Y si Alvin no valora en absoluto la profesionalidad de Kane, piensa todo lo contrario de Finger. Pese a los retrasos en sus guiones, Bill le parece el mejor en su campo. Como escritor de cómics no tiene competencia y cree que por eso los editores le aguantan tanto e intentan compensarlo o ayudarlo de alguna manera. Sin embargo, pese a todo lo que valora a Bill en su trabajo, sabe que debe mejorar en su vida privada. Alvin sabía que Portia era una buena ancla para Bill, pese a los conflictos que pudieran tener en su convivencia, pero su amigo, al volar solo, se convierte en uno de los seres humanos más explotados que ha visto nunca. No sólo tiene que gestionar los gastos en los que se mete, ahora también debe pasar una pensión económica a su exmujer. Cuando habla con Bill, salvo esos pequeños momentos de confesión, los temas que tratan tienen que ver con el trabajo. Finger invita a Alvin a su casa, un piso ordenado, meticuloso, simple, sin muchas cosas, pero con archivadores donde guarda todas las referencias posibles, para escribir alguna historia conjunta o intercambiar ideas y retroalimentarse mutuamente en sus respectivos encargos, ya sean cómics o el serial de radio *Mark Trail Show*, para el que escriben conjuntamente algunos episodios. Parece que no existe nada más.

Sólo de vez en cuando ve a Bill hablando con algunas chicas, intentando superar su incapacidad para relacionarse, pero son relaciones que van y vienen, interesadas en usarle de alguna manera. Así que Finger centra sus esfuerzos en escribir y conseguir algo de dinero. Lo único que le arranca de su rutina habitual es su hijo. Cuando tiene a Fred en casa durante el fin de semana, Bill procura hacer algo con él para no tener al crío encerrado todo el día. Pero, cómo no, siempre hay un motivo real por el que Bill hace cualquier cosa estos años: su trabajo. Para Finger, las visitas a los museos son algo intrínseco a su proceso de escritura. Lo hacía con Jerry Robinson y, ahora, lo hace con su propio hijo. Aunque el museo tenga unas normas por las que niños de la edad de Fred no pueden entrar, eso no es impedimento alguno para Bill. Sin dudarlo, se pone su abrigo de *tweed* azul para cubrir a Fred con él y entrar en el recinto sin que se den cuenta de que lleva a un polizón bajo el atuendo. Una vez dentro, el niño quiere ver la zona de dinosaurios o las rocas grandes, pero Bill tiene un objetivo en mente mientras visitan esas secciones: el área dedicada a las aves. En cuanto entran, Bill guarda silencio y pasea pausadamente por todas las muestras de animales. Anota en su cuaderno mientras Fred espera impaciente para seguir. Su padre medita y piensa. Apunta y reflexiona. Su próxima historia de Batman enfrentará una vez más al héroe contra el Pingüino y toda información es poca.

Cuando vuelven a casa tras una de estas incursiones, Fred cena, se acuesta cansado y ve la luz del comedor encendida desde su cama. Lo estará toda la noche. De fondo, suena la radio. De acompañamiento, las teclas de la máquina de escribir. Tras una noche en vela, Bill le entrega unas cuantas páginas a su hijo a la mañana

siguiente. Mientras Fred desayuna, lee antes que nadie las aventuras del Caballero Oscuro, con su padre al lado esperando el veredicto. Se convierte así en el ayudante perfecto. Pero Bill no sólo contará con su hijo a partir de ahora.

En 1955, cuando va a cenar a casa de unos amigos del barrio, coincide con Lyn Simmons, una amiga de éstos. Lyn vive sola en Long Island con sus tres hijos y Finger se queda prendado de ella al instante. Ambos conversan, se intercambian los teléfonos y esperan volverse a ver. Dos semanas después, Bill la llama y le propone ir al cine. Cómo no, es para ir a ver una película extranjera, con su cuaderno de notas a mano por si acaso, aunque no anota nada. Tan sólo inicia la segunda relación más importante de su vida.

El paso inexorable del tiempo minimiza o amplía el pasado según la voluntad de aquellos que lo recuerdan en el presente. Dos años después de la caza de brujas, sólo veinticuatro meses separan la caída de los superhéroes de su renacer, un regreso que los asentará aún más en el imaginario colectivo para no desaparecer ya nunca más. Si bien Superman, Batman y Wonder Woman son los únicos personajes publicados ininterrumpidamente desde su nacimiento, el resto de héroes sucumbió a los planes del Dr. Wertham contra el mundo del cómic. Con los editores ocupados en otro tipo de historias, como románticas o de aventuras, a ninguno se le pasa por la cabeza plantear el regreso de los superhéroes. Sólo hay un editor capaz de plantear algo así. Y proviene de DC Comics. Julius Schwartz es recordado como uno de los mejores profesionales que ha tenido este arte. En la industria lo recuerdan con cariño, no hay nadie que hable mal de él y su influencia se deja notar por todas partes donde uno mire. Su propuesta de renovar a Flash, uno de los héroes caídos en desgracia dos años atrás, con una nueva identidad, atuendo y personalidad provoca un relevo de autores, enfoque y tono para los superhéroes.

Se da la circunstancia de que aquellos lectores de los años treinta y cuarenta son ahora los profesionales que se encargan de narrar las nuevas aventuras de sus héroes favoritos. Han invertido años en aprender el oficio y quieren dedicarse a ello por los mismos motivos que Bill Finger o Jerry Siegel querían hacerlo en su momento, sólo que ahora tienen en su haber muchísima más información sobre un medio que ya no es nuevo en absoluto. Ha evolucionado, ha visto su apogeo durante la guerra e incluso ha sufrido su primera crisis, pero sigue ahí. Estos nuevos autores llegan con ganas de aplicar sus conocimientos sobre la base establecida y Julius Schwartz es uno de ellos. Gracias al éxito del nuevo Flash, una nueva oleada de personajes regresa a las cabeceras de DC durante los años siguientes, incluida una nueva versión de Green Lantern, que no tiene nada que ver con el personaje creado por Finger salvo en el uso de un anillo como fuente de poder. Sin embargo, aunque se reescriban los personajes, los autores no olvidan su pasado ni por asomo. Por ello bautizan a la identidad civil de Mano Negra, uno de los nuevos enemigos de este Green Lantern, como William

Hand, en clara alusión a Bill Finger<sup>[7]</sup>. Por si el nombre no fuese suficiente, William Hand se presenta ante sus lectores como una mente maestra capaz de idear cualquier trampa para el héroe de turno. ¿Cómo? Fácil, acudiendo a su cuaderno de notas, donde tiene apuntada toda estrategia imaginable. Bill siempre ha usado ese cuaderno para obtener ideas de cara a escribir sus historias o para ayudar a sus compañeros cuando le pedían ayuda durante algún bloqueo, pero jamás se le habría ocurrido que acabaría siendo parte de una historia en sí.

Este gesto denota un respeto inaudito por el pasado y por los autores que estuvieron al mando desde el inicio. Es un movimiento que poco a poco calará incluso en los lectores, deseosos por saber y conocer a aquellos que escriben y dibujan sus cómics favoritos. Hasta entonces el foco de atención eran los personajes, pero el cambio ha empezado. A quien no le extraña en absoluto es a Bob Kane, quien vio venir esto antes que nadie. Su contrato así lo avala. Aunque impere ahora una nueva era en los cómics de superhéroes, DC Comics está obligada a seguir encargándole a Kane los dibujos de Batman, aunque todos sepan que no es él quien los hace. Después del descubrimiento de que Lew Sayre se ocultaba tras la firma de Bob, nadie sabe quién se hace cargo ahora de las páginas del Hombre Murciélago. Kane, por su parte, guarda el secreto celosamente. Lo pillaron dos veces, pero esta vez no lo harán. Y sabe que no será así porque lleva tres años sin trabajar con Sayre, colabora con otro dibujante desde entonces y nadie se ha enterado. El afortunado, un viejo conocido: Sheldon Moldoff. El primer ayudante, antes de que llegara incluso Jerry Robinson al equipo, regresa tras una llamada de Bob Kane en la que no le oculta en ningún momento para qué lo quiere: «Necesito a un dibujante en la sombra.»

Moldoff escucha las condiciones y no tiene opción a quejarse porque acepta todas y cada una de ellas. Es así como, desde junio de 1953, Kane se asegura a uno de los dibujantes más prolíficos y discretos de cuantos ha contado. El propio Sheldon Moldoff asegura: «Cuando eres un dibujante en la sombra, lo haces y no se lo dices a nadie.» Por ello, el sistema de trabajo se lleva a cabo a espaldas de la editorial. Kane ahora vive en un apartamento en Riverdale, cerca del río Hudson, y Sheldon se desplaza hasta allí de vez en cuando para entregarle las páginas con dibujos completos. Bob como mucho retoca una nariz o una mandíbula, por hacer ver que ha hecho algo. El dibujante socializa con la mujer e hija de Kane, quedan a menudo e incluso cuando Bob se divorcia y se muda a Sutton Place, Sheldon sigue siendo su ancla, su apoyo y, sobre todo, su dibujante. Pero en realidad, Moldoff sabe exactamente lo que es para Kane: tan sólo una extensión más de sus pensamientos, de sí mismo. Bob clama que todo el trabajo lo hace él solo y Sheldon calla. Lo hace porque así lo ha acordado, pero también porque es un trabajo fijo. El resto de encargos que hace, directamente para DC y otras editoriales, dependen de las ventas y la aceptación que tengan. Pero Batman ha sobrevivido incluso a la quema pública de cómics. Siempre va a estar ahí, por lo que es un buen ingreso mensual. Le encantaría

ver reconocido su trabajo, pero conoce a Bob y no es esa clase de persona. Incluso cuando Kane le dice: «Eres mi mejor amigo, Sheldon», él sabe tomarlo como lo que en realidad es.

La vida de una persona cobra significado según la relación de ésta con sus conocidos, familiares y amigos. Todos la definen a su manera, todos aportan su propia visión y la persona en sí se moldea a sí misma según su entorno. Pero por muchos conocidos que se crucen e interactúen en la vida de una persona, sólo unos pocos están destinados a marcar un antes y un después. Sólo unos pocos elegidos cruzan la barrera del conocido para convertirse en amigos y, de entre este último grupo, son incluso menos los que acaban siendo mejores amigos. Bill no tiene ninguna duda de que ya puede llamar así a Charles Sinclair.

No sólo lo ha ayudado a entrar en la radio y la televisión, no sólo lo ha apoyado durante su divorcio con Portia y animado a iniciar una relación con Lyn, sino que Charles valora sus aportaciones creativas y, lo que es más importante, las reconoce. Para la autoestima dañada de por sí de Finger, el equilibrio creativo y profesional que le aporta Charles es un bálsamo. Su amigo no duda en viajar hasta la Costa Oeste para reunirse con quien deba hacerlo con tal de obtener más encargos para la televisión. Bill prefiere quedarse en Nueva York, en ese entorno que conoce bien, y deja que Charles, al igual que hizo Bob Kane en su día, lleve toda la carga de las negociaciones. De nuevo, le parece lo más normal, pues es su amigo el que tiene los contactos, como los tenía Kane unos años antes. La diferencia radica en las conversaciones que Charles mantiene con los productores: en ningún momento esconde el nombre de Bill Finger. Desde el primer segundo, las cadenas y los programas de televisión saben que cuando Charles entra por su puerta o llama a su teléfono, lo hace en nombre de dos. Así han ido consiguiendo encargo tras encargo hasta llegar ante el mismísimo estudio Warner Bros.

Bill y Charles creen que su estilo puede encajar bien con series de éxito de esta productora, sobre todo las enmarcadas en serie negra, su género predilecto. Sus primeros pasos en radio y televisión han ido por esos derroteros, y además es un terreno que Bill domina a la perfección tras casi veinte años escribiendo al Caballero Oscuro. Con semejante experiencia, ambos apuntan alto y se encaminan directamente hacia la serie de detectives por excelencia del momento: *77 Sunset Strip*, con Efrem Zimbalist Jr. como protagonista interpretando a Stuart Bailey<sup>[8]</sup>. Haciendo uso una vez más del cuaderno de notas de Bill, ambos salen victoriosos en su primer encargo y consiguen un trabajo regular con esta producción. Aunque surgen oportunidades para escribir otras series, consideran *77 Sunset Strip* como única opción a la que agarrarse. Es la de más éxito, así que es la que les puede garantizar mayores ingresos.

Cuando llegan peticiones para más capítulos, Charles y Bill se encierran en casa de uno u otro y sobreviven a base de café y más café. En ocasiones, Finger entra en la

cocina para preparar algo de pasta o cualquier plato sencillo. Cocinar no es que se le de extremadamente bien, pero cuando se trata de preparar alguna comida sencilla, no tiene rival, sobre todo si sirve espaguetis o albóndigas, sus *delicatessen* particulares. Esas tardes y noches encerrados en sus historias, con sus cenas y cafés, impregnan toda la casa con la urgencia de la creatividad. Los fines de semana que a Fred le toca estar con su padre, ve cómo Bill y Charles trabajan sin descanso y les hace compañía.

El problema de dar rienda suelta a su imaginación es que al convertir el guión en una realidad, el presupuesto se dispara. Localizaciones, escenas de acción, decenas de cambios de situación en un único episodio, varios extras... Es demasiado como para que al final alguien no les dé un toque. La llamada de Warner Bros no se hace esperar y le dan a Charles una indicación muy específica: necesitan algo que compense tanto despilfarro. Hay que reducir presupuestos y, con ese objetivo en mente, van a escribir el capítulo más barato de la historia.

Durante la semana siguiente, Bill y Charles escriben uno de los episodios más recordados de toda la serie: «Reservado para el Sr. Bailey», emitido el 8 de diciembre de 1961, se convierte en el episodio más repetido de todo el serial. Si Warner quería un capítulo de bajo presupuesto, le dan uno con el coste más ínfimo de todos los realizados hasta la fecha. ¿Cómo conseguirlo? Muy sencillo: convierten el capítulo en un espectáculo de un sólo hombre. El único actor en todo el episodio es Efrem Zimbalist; en pantalla sólo aparece su personaje de Stuart Bailey y todos los diálogos se llevan a cabo por teléfono mientras el protagonista piensa la manera de resolver el caso... sin la presencia de nadie más. El capítulo, rodado en la parte trasera de uno de los estudios de Warner, obtiene grandes reseñas al mantener el ritmo y la cadena no tarda en reponerlo siempre que hay ocasión. No sólo por las críticas tan positivas y las ganas de verlo una y otra vez, también porque aunque dure exactamente lo mismo que el resto de episodios, por la reposición de éste sólo tienen que pagarle a un único actor. Negocio redondo.

Pese al éxito, hay alguien que no está del todo cómodo con tener a Bill y Charles escribiendo guiones desde la costa este. Son la envidia del resto de sus compañeros, anclados en Los Ángeles para quedar con productores día sí, día también con tal de que no los olviden y les sigan dando trabajo. Ese esfuerzo de sus compañeros Charles lo soluciona mediante contactos, llamadas y algún viaje esporádico. No es lo mismo tratar con Hollywood en persona cada día que hacerlo desde casa en Nueva York. Las reglas son diferentes, las comidas que hay que pagar a los responsables de encargar guiones salen caras y, sobre todo, el control que tiene el estudio es menor si no tiene al escritor atado en corto. Mientras Charles trata con sus contactos habituales, no hay ningún problema a la vista, pero en el momento en que los guiones pasan a estar gestionados por Lorenzo Semple Jr., sabe que tienen las de perder. Semple está muy acostumbrado a trabajar con un equipo cercano, sobre todo para mantener el control y ser capaz de intercambiar guiones entre sus escritores sin que éstos se enteren. Incluso utiliza ideas de los demás para acabar escribiendo él mismo varios capítulos.

Con semejante necesidad de control para su propio provecho, no es de extrañar que Bill y Charles, como únicos escritores residentes fuera de la costa oeste, sean los que menos le gustan. Como el propio Charles define: «Era el Bob Kane de los guionistas de televisión.» En otras palabras: no tienen las de ganar.

Unos pocos minutos son todo lo que hace falta para derrumbar años de esfuerzo. El 22 de noviembre de 1963, el presidente Kennedy muere asesinado en Dallas. Las balas zarandean el cuerpo del mandatario en su coche, mientras su mujer trata de escapar por la parte de atrás. Una imagen para el recuerdo. Una imagen que en DC Comics resuena con fuerza. Durante los últimos meses han trabajado en una historia en la que Superman y el presidente se conocerían. El propio Kennedy había realizado aportaciones para promover sus ideales por el bien del país y la editorial había confiado el guión a Bill Finger. «La misión de Superman para el presidente Kennedy» se encuentra en su última fase de desarrollo, lista para editarse a principios del año siguiente, para cuando tiene lugar el asesinato. La editorial cancela la historia y la archiva. Publicarla lo consideran de mal gusto.

Poco esperan que el presidente Johnson les pida que la rescaten. Estima que editarla no sería de mal gusto, sino un sentido homenaje. El guión de Finger se pule, se revisa y ve la luz casi medio año después del atentado. Queda para la posteridad y cumple precisamente el objetivo que tenían tanto Kennedy como Johnson: recordar a todo el mundo no sólo la importancia de lo llevado a cabo por el desaparecido presidente, sino también la relevancia que estos personajes de ficción han acaparado. Bill siempre ha sabido que este medio es capaz de dejar una impronta en la sociedad: «Los cómics van a ser cada vez más relevantes y tratarán temas importantes para la sociedad, como el racismo o la política.» Cada año que pasa, menos equivocado está.

Llega sin avisar, pero el entumecimiento del brazo es un claro síntoma. Su enfermedad lo pone a prueba. Por si acaso se había olvidado de su corazón, éste le recuerda que no está en perfecta forma. En 1963, Bill sufre un infarto. Sus amigos, como Charles o Alvin, recuerdan visitarlo en el hospital poco después. Él los calma, ha sido sólo un susto, pero desde entonces Bill tomará medicación para prevenir y, por si acaso, no irá casi a ningún sitio sin un buen termo con sopa de pollo. Según él, ese caldo le funcionará como remedio natural para complementar las pastillas que se tomará a partir de entonces. Aparte de la medicación y la sopa, debido a la separación de Charles, su amigo se muda con él durante seis meses. Gracias a las visitas de Lyn y sus labores como niñera de Fred durante los fines de semana que le toca trabajar, Bill no se encuentra solo en ningún momento. Ya sea su pareja, su hijo o su amigo, alguien vela por él y vigila por si le vuelve a fallar el corazón. Además, la presencia de Charles en casa lo obliga a centrarse más en las fechas de entrega, puliendo hasta

el más mínimo detalle de sus guiones. Entre página y página, Charles y él disfrutaban cenando pasta o con los cócteles de *whisky* que le gusta preparar a Bill, siempre con limón y azúcar. Vivir con él le confirma que pese a la enfermedad que padece su corazón, su amigo se cuida mucho para la época en la que viven: nunca fuma, sólo bebe en ocasiones muy puntuales y nunca más de dos copas, y toma sus precauciones con calma.

Todavía no ha cumplido 50 años, pero, con la salud tan tocada, cree que es hora de controlar mejor el terreno profesional sobre el que pisa. Con la televisión en la cuerda floja, al menos le quedan los cómics, aunque, aquí también, sufra con cada encuentro editorial. En DC Comics lo aprecian, pero sus retrasos traen por el camino de la amargura a toda la oficina. La tarifa por los guiones de sus cómics no es suficiente para mantener su piso y pagar la pensión a Portia, sin contar con los caprichos que le gusta darse de vez en cuando al salir al cine, al museo o al zoo con su hijo o con Lyn. Cada vez que entra en DC, pide un adelanto de sus cheques. Cada vez que se encuentra a un compañero de faena, le comenta que necesita dinero. A algunos, como a un joven Joe Kubert, no les devuelve el préstamo hasta que toman medidas persuasivas. A otros no tendrá que hacerlo, porque ni siquiera le abren su cartera.

Es tal la situación que incluso el editor Julius Schwartz, quien tras provocar el renacimiento de los superhéroes con la nueva versión de Flash o Green Lantern se encarga poco a poco de más títulos, necesita asegurarse por escrito de que Finger le entregará a tiempo sus guiones, sin pedir dinero por adelantado. Los últimos años, Bill ha seguido con su manera de actuar cada mes y, aunque lo aprecian, necesitan prevenirle de sí mismo. Julius cree que haciéndole firmar una nota conseguirá que Bill sea consciente de lo que le ocurre. Con esto en mente, el 19 de noviembre de 1963, el editor obliga a Bill a que redacte el siguiente texto: «Yo, William Finger, accedo a no pedir ni recibir un cheque de parte de Julius Schwartz por ninguna historia a menos que se la haya entregado al propio Schwartz y éste la considere aceptable.»

Bill firma justo a continuación de la nota escrita a máquina y un poco más abajo añade su nombre Robert Kanigher, otro editor de la casa, a modo de testigo. Pero de nada sirve. A las pocas semanas, Finger está pidiendo de nuevo algún préstamo o adelanto. Julius no se sorprende. De hecho ya contaba con ello. La nota no era un ultimátum, sólo quería utilizarla como catalizador para el propio Bill, pero no ha surtido efecto. Pese a lo complicado que lo pone Finger, pese a lo sencillo que sería para la editorial dejar de encargarle guiones y olvidarse de sus problemas, al no tener ningún contrato que los obligue a mantener ningún tipo de farsa como la establecida con Kane, en DC les resulta imposible deshacerse de él y le siguen dando encargos. Porque, pese a esos problemas que genera, luego siempre está dispuesto a ayudar a sus compañeros y, en definitiva, porque a todos les cae bien y lo aprecian. Por eso le siguen dando trabajo, incluso cuando desde la oficina del presidente de DC amenazan



con cancelar todas las colecciones de Batman.

«Os doy seis meses. Es todo lo que tenéis para salvar al personaje. Si conseguís remontar las ventas, seguirá. Si no mejoran, se acabó». Así de tajante se muestra el director editorial de DC Irwin Donenfeld ante Julius Schwartz. Los datos hablan por sí solos: Superman vende algo más de setecientos mil ejemplares de cada número, mientras que Batman apenas llega a los doscientos sesenta y cinco mil al mes. A la reunión también asiste Carmine Infantino, responsable gráfico del éxito del nuevo Flash. Para devolver a Batman a la primera plana del mundo del cómic, la editorial cuenta con los dos hombres que han sido capaces de provocar el renacer del género superheróico tras los ataques gratuitos del Dr. Wertham. Si ellos no son capaces, nadie podrá.

Schwartz e Infantino no tienen ni idea de por dónde empezar, pero Julius no tarda ni dos segundos en dar indicaciones en cuanto se sienta en su mesa. Con Flash y Green Lantern cambiaron a los personajes que se ocultaban tras la máscara y hasta rediseñaron por completo los atuendos de cada héroe, pero con Batman saben que no hará falta un cambio tan dramático. Aunque el Hombre Murciélago tenga pocas ventas, se debe más a no conectar con los lectores actuales por el estilo y tono de sus historias que a un problema con el personaje en sí. Durante los últimos años y por la mera necesidad de sobrevivir, las aventuras del Caballero Oscuro son de todo menos oscuras. No queda rastro del detective que fue en sus primeros años y los villanos característicos habían desaparecido mucho tiempo atrás. En su lugar se alzan extraterrestres, amenazas del espacio exterior o tramas estrambóticas como ver a Bruce Wayne convertido en bebé. Las historias se han infantilizado en exceso por miedo a que las represalias entonadas por el Dr. Wertham cobren vida. Sin embargo, mientras las colecciones de Batman han seguido su curso hacia delante sin mirar a su alrededor, el mundo ha cambiado mucho en cuanto a la percepción de los cómics que salen al mercado.

No sólo DC está reinventando a los superhéroes, sino que la competencia ha tomado buena nota y los explota incluso mejor. En los dos últimos años, Marvel Comics ha aportado gracias a genios como Stan Lee, Jack Kirby o Steve Ditko personajes y colecciones que apuestan por un acercamiento al superhéroe más contemporáneo. Mezclan la vida personal de sus protagonistas con sus actos heroicos y la fórmula funciona. No tardan mucho en pasar de vender un millón de ejemplares al mes a más de tres millones y medio. Los 4 Fantásticos, Spiderman o los X-Men se hacen un hueco entre los lectores y gracias al renacer de Flash, Green Lantern y otros personajes de DC, el camino a seguir para las editoriales está más claro que nunca. El único problema es que Batman sigue anclado en otro tiempo y otra forma de hacer cómics.

Julius Schwartz y Carmine Infantino van a poner fin a esa tradición de la única

manera posible: volviendo a las raíces. Schwartz quiere retomar el espíritu de las historias originales de Finger, en las que Bill metía a Batman en aventuras detectivescas contra villanos estrafalarios que ponían en apuros al héroe mediante trampas gigantes y mortales. El editor dictamina que se acabaron los extraterrestres y la ciencia ficción más alocada; es el momento de traer de nuevo al detective que hay en Batman. Y nadie mejor para ello que el propio Finger.

Junto a otros escritores, Bill forma parte del equipo que Julius tiene en mente y como prueba de que el diseño original que Finger dictó a Kane es imbatible, el editor sólo sugiere un pequeño cambio: coger el murciélago negro del pecho del héroe y rodearlo de un óvalo amarillo. Con ese pequeño toque queda claro que este no es el Hombre Murciélago de ayer, sino el mismo superhéroe listo para afrontar el mañana. Schwartz se las promete muy felices al aplicar estos cambios, pero se olvida de que no puede deshacerse de Kane.

Bob, con su contrato bajo el brazo, tiene asegurada la colección con la cabecera de *Batman* para siempre, por lo que los cambios artísticos sólo pueden emplearse en *Detective Comics* y otras series satélite. Para la colección de *Batman*, Schwartz debe reunirse con Kane y darle indicaciones sobre cómo llevar a cabo el nuevo enfoque del personaje. Como sabe que Bob se lo transmitirá al dibujante en la sombra que tenga en ese momento, piensa que será mejor acabar de perfilar su primer número con Carmine Infantino. En cuanto tenga estructurado y diseñado el camino a seguir, en cuanto confirme si esta versión actualizada del Caballero Oscuro puede sobrevivir o no, entonces será el momento de reunirse con Kane.

Trescientos números después de su primera aparición, Batman renace para un mundo nuevo. El número 327 de *Detective Comics* aparece con fecha de portada de mayo de 1964, cuando se cumplen veinticinco años del nacimiento del personaje. Para celebrarlo, Bruce Wayne regresa a sus raíces, las que plantó Bill Finger, las mismas que él ha visto crecer y expandirse durante más de dos décadas. Bill lleva veinticinco años escribiendo al personaje, aportando nuevos villanos, viendo cómo otros compañeros aportan su visión y alimentan a un superhéroe que para él no es sólo un personaje de ficción. Bill sabe cómo respira y cómo habla, lo conoce a la perfección, como si se tratase de una persona real. Sabe qué dirá y qué no, conoce sus manías y sus defectos. Y cuando ve la versión de Schwartz e Infantino, aunque él no se haya encargado de este número en concreto, tiene claro que su personaje ha vuelto y que a partir de ahora podrá escribirlo como más le gusta. Así parecen verlo también los lectores, que abrazan esta versión sin saber qué ha ocurrido entre el número anterior y éste para presenciar un cambio tan importante en el diseño y el tono de la historia.

Adelantándose a las dudas que surgen entre los lectores, Julius redacta un texto reproducido al final del cómic explicando el cambio de enfoque. Schwartz detalla los cambios, argumenta los motivos y establece el camino por el que seguirá Batman a partir de ahora. Por si fuera poco, Julius lleva a cabo algo inaudito en un cómic del

Hombre Murciélago: no acredita sólo a Bob Kane. No lo hace en la historia en sí, su poder no llega a tanto, pero en este texto de acompañamiento menciona sin pudor alguno que Carmine Infantino se ha hecho cargo del dibujo. Los lectores, entre los que empiezan a surgir auténticos fans, se asombran al conocer que hay más gente detrás de esas viñetas y que Bob Kane no es el único al frente. Pero su asombro no acaba ahí. El editor menciona a uno de ellos, a un lector, a un fan. En la segunda columna del artículo, Julius escribe «el fan de Batman Tom Fagan». Ese texto es una epifanía absoluta para los lectores. No sólo hay más gente encargándose del personaje, hay más gente como ellos. Y ahora estos seguidores también podrán verse mencionados en sus cómics favoritos. Tom Fagan se alza con el honor de ser el primer lector con su nombre escrito en el renacer de Batman. Por todo lo que llevará a cabo en años futuros, por la lucha que desempeñará con tal de acreditar a los autores con el reconocimiento que se merecen, su mención es más que merecida.

Bill sonríe al darse cuenta de que empieza a generarse un movimiento entre los lectores interesados por saber qué se esconde tras sus personajes favoritos. Si él pudiera hablarles, les contaría todo lo que pasa por su cabeza sobre Batman. Les contaría lo mucho que influyó en la creación de Batman, los personajes que definió junto a Jerry Robinson, los otros héroes de DC que ayudó a crear, así como sus experiencias en radio y televisión. Podría contarles todo eso si alguien supiera que ha estado ahí, al otro lado de la máquina de escribir, durante los últimos veinticinco años. Con ese pensamiento, y antes de cerrar el ejemplar del nuevo Batman, echa un último vistazo a la columna de su editor. Y tiene que pestañear varias veces para creérselo.

En medio del artículo, como si nadie lo esperara, en un párrafo cualquiera, Julius menciona a los artífices de la próxima historia. Después de Infantino, le llega el turno a Bob Kane. Schwartz lo define como el «originador de Batman», al mismo tiempo que alaba lo bien que plasmará sobre el papel el próximo guión de este nuevo estilo. Hasta ahí todo es normal, entra dentro de lo esperado. Es lo habitual. Hay que mencionar a Kane cuando hablas del Caballero Oscuro. Pero justo a continuación, al explicar los dibujos de Bob, Julius añade: «inspirados por el magnífico guión de Bill Finger.» No se lo puede creer. Schwartz lo ha hecho. Siempre ha oído hablar a otros compañeros de lo mucho que le gustaría a Julius acreditar el trabajo de todo el mundo, aunque con Batman sea imposible. No puede poner sus nombres en unos cómics donde únicamente debe aparecer el de Bob Kane. Pero nadie le ha dicho que no pueda mencionar a los autores fuera del cómic en sí. El editor ha burlado las normas y ha aprovechado ese texto ajeno a la aventura principal para nombrar a todo el mundo. Y si es la primera vez que menciona a los autores detrás de la viñeta, Julius no puede dejarse al más importante. Pero no se detiene ahí.

«Inspirados por el magnífico guión de Bill Finger» es sólo el principio de la frase. A continuación, Julius redacta: «quien ha escrito la inmensa mayoría de aventuras clásicas de Batman durante las dos últimas décadas.» Punto final. Su nombre está en

un cómic de Batman. No está acreditado como tal, no figura en la historia en sí, pero está entre sus portadas. No se lo puede creer. Lo mencionan como guionista del próximo número y, además, le reconocen sus guiones de los últimos veinte años. Todo el camino hasta aquí parece que cumple su objetivo. Bill lee el artículo una vez más. Pero no está solo. Los lectores también leen su nombre. Fans como Tom Fagan no sólo lo leen. Lo recuerdan. Y quieren encontrarlo. Quieren saber quién es la persona que lleva veinticinco años escribiendo a su personaje favorito. Por fin el mundo entero lee por primera vez el nombre de Bill Finger en un cómic de Batman. Lo que no piensa nadie en ese momento es que el mundo entero implica también a Bob Kane.

## CAPÍTULO TRES

Le tiemblan las manos. Le puede la emoción, pero intenta no dejarse llevar. Sólo el mero hecho de que la estén escuchando es un logro inmenso. Se lo debe a Bill. Cada carta enviada a Warner Bros es un pequeño paso más hacia su objetivo, hacia el reconocimiento definitivo. Con cada palabra que escribe, con cada frase que cierra en sus misivas, Lyn recuerda a su segundo marido con el mismo cariño que el primer día. Recuerda conocerlo en casa de unos amigos comunes, rememora la película extranjera que vieron en su primera cita, siente los años que vivieron juntos y todavía lo oye al otro lado del teléfono durante las llamadas que se hicieron casi a diario en sus últimos años. El recuerdo de Bill es uno de los momentos más cálidos que guarda en su memoria. Y pretende rendirle el homenaje que se merece.

Las cartas a Warner durante las últimas semanas son constantes. Puede que lo consiga. Quizá alguien verá que no quiere dinero, no quiere acaparar portadas de periódicos, no quiere nada de lo que ha tenido Bob Kane todos estos años. Sólo quiere que la gente lo sepa, que el próximo mes de junio, cuando se estrene la película más importante de 1989, se vea en pantalla grande el nombre de Bill Finger junto al de Tim Burton, Michael Keaton y Jack Nicholson. No desiste en su empeño. Y gracias a su determinación, gracias al recuerdo vivo de su marido, nota los latidos de su corazón acelerarse a mil por hora cuando Warner Bros le responde. El estudio acaba de abrirle las puertas. No piensa desaprovecharlo.

Si conviertes el recuerdo en nostalgia, consigues algo más que lectores, consigues fans de por vida, consigues auténticos creyentes en tu producto, seguidores que por muchos años que pasen, siempre regresarán a esa nostalgia para activar otros recuerdos asociados a ella. La editorial lo sabe bien y DC Comics abre sus puertas todos los martes por la tarde a sus lectores. Quiere crear cantera. Tom Fagan fue de los primeros en mayo de 1964. Después de él, muchos fans quieren ver sus nombres impresos en los cómics o visitar las oficinas de la editorial. Ese mismo año, y un día a la semana, las oficinas del número 575 de la avenida Lexington se llenan de aquellos lectores que consiguen que los personajes de la editorial cobren vida cada mes.

En DC saben jugar sus cartas y preparan bien la llegada de estos fans con varios autores y editores dispuestos a recibirlos. Es una tradición que prosigue incluso más allá de 1964. Cuando la editorial se mude a la avenida de las Américas y a Broadway, seguirán abriendo sus puertas a grupos concertados de lectores o escuelas. Mostrarán sus pasillos, sus despachos, verán las tripas de la editorial y se llevarán a casa algún recuerdo. Incluso si da la casualidad de que algún editor encargado de las ediciones internacionales de DC en medio mundo está en la oficina en ese momento, se sumará a la visita guiada. Todo con tal de aportar un granito de arena a una tradición destinada a construir afición. Por este motivo, ahora en 1964, editores como Julius

Schwartz reciben con los brazos abiertos a los fans que se pasean por su despacho. Son el futuro.

A Julius no se le escapa que uno de los chicos lleva un viejo cómic de Flash bajo el brazo. Tras preguntarle si es muy seguidor de ese personaje, el fan responde asintiendo enérgicamente. El editor le pide que lo acompañe y le presenta, en una sala contigua, al guionista de Flash y le muestra unas ediciones de archivo con todo el material publicado del personaje. El chico no cabe en sí de asombro. Cree que está en el cielo. Como obsequio le dan a él y sus amigos una litografía de Superman para que los autores presentes se la firmen. Aparte de Flash, a este fan en cuestión le encanta Batman, por encima de cualquier otro personaje, y entre los autores que reciben a los lectores se encuentra Bill Finger. Julius ya reveló su identidad hace poco y gracias a lo amable y afable que es con los lectores, Finger queda en el recuerdo de un jovencísimo Michael Uslan de apenas doce años de edad.

Tanto el pequeño Uslan como el resto de lectores no se quedan quietos. Al igual que la generación anterior fue capaz de llevar a cabo sus sueños y dedicarse a escribir o a dibujar las historias que les fascinaban, Uslan y sus amigos realizan los suyos al enterarse de que en julio de 1965 se va a celebrar una convención de cómics en Nueva York, organizada por gente como ellos. Jerry Bails puede alzarse sin ningún pudor como el fundador del fenómeno fan en el mundo del cómic. Así como Tom Fagan fue de los primeros en aparecer con su nombre impreso cerca del de Finger, Jerry Bails se alza con la batuta para dirigir a todos los que son como él, en busca del reconocimiento a su querido medio y a los autores detrás de las viñetas.

Michael Uslan y sus amigos nunca han oído hablar de una convención dedicada a su ocio favorito, pero, por la información que recogen, el certamen dará cobijo a la venta, compra e intercambio de cómics, así como a varias conferencias con autores. Van a poder asistir en persona al encuentro entre varios profesionales del sector y quizás hasta hablar con ellos. Nada les va a impedir estar en primera fila durante las dos jornadas que dure la convención. El primer día, entre las once y la una y media, tendrá lugar una conferencia imposible de evitar: un encuentro, moderado por el propio Jerry Bails, entre los guionistas Otto Binder, Gardner Fox y Bill Finger. Desde que Bill ha salido a la luz, su reconocimiento parece imparable.

Bill recibe en su piso a Jerry Bails la noche antes de la conferencia para comentar un poco la jugada. En realidad, Bails arde en deseos de conocer mejor a este misterio viviente, aquel al que Julius mencionaba como el guionista de Batman desde hacía más de dos décadas. No sabe nada de él, pero está seguro, sin riesgo de equivocarse, de que tendrá cosas que contar. Y son muchos los que quieren escucharlo. Ese mes de julio, coincidiendo con la convención, se celebrará el primer aniversario de la salida al mercado del primer *fanzine* dedicado al Caballero Oscuro: *Batmania*, una revista hecha por y para fans. Durante meses, el apasionado lector Biljo White preparó el lanzamiento e incluso pidió permiso al mismísimo Julius Schwartz, asegurando que si le decía que no, destruiría toda la tirada de trescientos ejemplares que él mismo se

había encargado de fotocopiar y grapar pero, por suerte, Julius dio el visto bueno sin pensárselo dos veces.

Biljo White idolatraba a Bob Kane como el único creador de su personaje favorito, al igual que Jerry Bails o Tom Fagan, pero las palabras de Julius en aquella histórica columna lo han cambiado todo. No era Kane quien escribía y dibujaba todas las historias del personaje. Por si fuera poco, en el número 169 de *Batman* de febrero de 1965, ante las peticiones de un lector de retomar a villanos clásicos del Caballero Oscuro como el Acertijo, Julius responde: «Le hemos pasado tu petición a Bill Finger, creador del Acertijo, para que trabaje en una versión actualizada del mismo.» No se puede decir más alto. Ha habido alguien más desde el principio, desde hace veinticinco años, escribiendo y dando forma al Hombre Murciélago. Necesitan saber más sobre él. Aunque todos ellos quieren ir en persona y hablar con él, sólo Jerry Bails se acerca a Finger. Como parte de la convención, necesita conversar y planificar la moderación de la conferencia. Sin embargo, Bails poco puede hacer para evitar que otros aficionados como él se le sumen. Cuando Bill abre la puerta deja entrar a cinco lectores que llevan disfrutando con sus historias toda la vida. La conversación se entabla principalmente entre Finger y Bails, pero los demás se quedan alrededor suyo en silencio. Son otros jóvenes aficionados que tendrán mucho que decir en el futuro del mundo del cómic, como Roy Thomas, que en esta ocasión apenas interactúan con Bill. Se limitan a estar ahí, a verlo y escucharlo hablar sobre su intervención en la creación de Batman. Por primera vez, Bill explica lo que nadie se atrevía a decir. Por primera vez, lo escuchan. Y más importante aún, lo creen.

«¿Podéis oírme?» es lo primero que dice Bill al sentarse en la mesa, ajustar el micrófono y dirigirse a la audiencia de la convención. Ha llegado tarde, como no podía ser de otra forma, pero Jerry Bails le hace sentir como en casa en cuanto se une a la conferencia, junto a sus compañeros guionistas y el editor Mort Weisinger, que se ha unido por sorpresa. Tras presentarlo como el cocreador de Green Lantern, Wildcat y el escritor de las primeras historias de Batman, Bails le pide que explique detalles sobre sus creaciones. Bill habla del proceso creativo que dio vida a Green Lantern, por lo que desde el público en seguida empiezan a llegar preguntas especialmente dirigidas a Finger. Y Bill no se corta en absoluto a la hora de aportar su punto de vista sobre el medio del cómic o el oficio de guionista, mencionando su labor como escritor de series de televisión comparándola con sus guiones de cómics. «El mayor requisito para escribir cómics es tener un sentido de lo visual», explica basándose en lo importante de las imágenes, ya sean en movimiento en la pantalla o con las viñetas sobre el papel. Un guionista de cómic ha de tener claro el ángulo de cada toma, no ha de ser sólo expositivo en sus diálogos. No tiene que demostrar qué está pasando con lo que digan los personajes, sino mostrarlo dando instrucciones en el dibujo y colaborando con el ilustrador, dejando los diálogos para aportar información sobre los

personajes. No hay otra manera de enfocarlo.

Cuando Mort Weisinger recoge el testigo dejado por Finger para hablar de la importancia de los detalles en los guiones, describe cómo Bill guarda una ingente cantidad de recortes, fotografías y notas que adjunta en sus entregas para dar a entender lo mejor posible aquello que quiere transmitir en su guión. Eso ayuda al editor y al dibujante a aportar comentarios en torno a la trama en sí, porque en ocasiones suceden errores por malinterpretación. Otro autor menciona casos en los que algunos dibujantes no han entendido bien lo que decía el guión y han ilustrado algo distinto a lo que él tenía en mente, momento en el que Weisinger matiza de nuevo que todos deberían trabajar como Bill. Entonces, aprovechando ese comentario, Bill ve la oportunidad y menciona, por sorpresa, a Bob Kane. Nadie le pregunta nada al respecto ni le piden que profundice, pero Bill tiene sólo un segundo antes de que la anécdota deje de tener sentido: «Recuerdo que en un número de Batman celebrábamos un aniversario del personaje y mostrábamos cómo todos le enviaban regalos a Bruce. Permittedme añadir que cuento esto no para ridiculizar a Bob Kane, es sólo por contar otro ejemplo de que estas cosas pasan. Pues bien, escribí que todos los regalos estuvieran relacionados con murciélagos, desde monedas a reliquias con su forma. Uno de los regalos era un murciélago de peluche ¡pero Bob dibujó un bate de béisbol de peluche!»<sup>[9]</sup>

Entre las carcajadas del público, se ven lectores a los que les encantaría trabajar en aquello a lo que Finger y sus compañeros dedican su vida, y a nadie extraña cuando una chica pregunta qué hay que hacer para entrar profesionalmente en el mundo del cómic. Bill recuerda sus inicios y la suerte que tuvo de estar en el momento adecuado, pero sabe que no es una respuesta válida. Prefiere hablar de manera técnica, y no contar batallitas personales, sino algo que ayude a los que aspiren a trabajar algún día en esto. Además, Bill nunca ha sido alguien que se haga notar, menos en público, y no va a empezar a serlo ahora. Con eso en mente responde que, si bien durante los últimos años era muy importante conocer el pasado de los personajes para saber cómo escribirlos, ahora todos estaban de suerte porque había muchos personajes nuevos con los que ponerse al día, en clara alusión a Marvel Comics y su nueva línea de superhéroes: «Marvel ha hecho algo muy bueno por la industria porque ha conseguido zarandearla un poco. Llevo años con la sensación de que nos estábamos acomodando y la actitud que ha tenido Stan Lee hacia el diálogo me parece que es la acertada. Suena juvenil, contemporáneo y atractivo. Es el tipo de diálogo que oyes en la televisión. Todo lo que necesitas ahora mismo para trabajar en esto son ideas frescas.»

Con declaraciones sobre el mundo del cómic, el impacto de la competencia, el enfoque de los guiones de cómic y su comparativa con la televisión, así como algunas bromas sueltas, Bill se encuentra cómodo. Más cómodo que nunca. Es su lugar, está con su gente. De su esfera personal, nadie habría pensado que podría ser tan bueno ante el público. Algunos podrían haber pensado que se trabaría o que se le vería



incómodo o taciturno, pero sucede todo lo contrario. Para cuando Jerry Bails señala la hora y da por terminada la conferencia, entre el público se quedan embobados fans como Michael Uslan o Roy Thomas, pensando que ojalá Bill hubiera llegado antes para haber contado más cosas interesantes. Pero no hay que temer. Jerry Bails ha dado por concluida la mesa redonda, pero conserva la entrevista que le ha hecho a Finger. Y se pone a escribir un artículo al respecto en cuanto concluye el certamen.

Quien no asiste a la convención es Bob Kane. En su lugar, visita las oficinas de DC con los ejemplares del nuevo diseño de Batman en mente. Sostiene entre sus manos la versión de Julius Schwartz y Carmine Infantino mientras se dirige al despacho del presidente de la compañía hecho una furia. No le gusta el cambio de tono, ni las modificaciones llevadas a cabo en los trajes, ni la nueva manera de comunicarse con el comisario Gordon a través de un teléfono directo en lugar de la señal. Y eso por no mencionar la sustitución de Alfred por Harriet, una tía de Robin creada por Bill Finger en su primer guión para este nuevo estilo. «Están arruinando a mi personaje» es lo más suave de todo lo que dice Kane en esa reunión. Pero DC le responde tajante: «No creo que sea tu personaje, Bob.» Sí, tiene un contrato que le garantiza beneficios como creador y tiene bien atada a la editorial, pero DC tiene la propiedad intelectual y puede hacer lo que quiera. Y vista la reacción de los lectores y el aumento de las ventas, el nuevo estilo de Schwartz e Infantino funciona a la perfección.

Pese a que sus quejas caen en saco roto, Kane sigue blindado gracias a un contrato como el de ningún otro autor, con cuantiosos beneficios si entrega cierta cantidad de páginas al mes. Bob cumple siempre gracias a la inestimable ayuda que le proporciona Sheldon Moldoff. Desde 1953, Kane no ha tenido necesidad de cambiar de dibujante. Tras los fracasos anteriores, ha aprendido a controlar la situación y Moldoff lleva once años encargándose de todas las páginas que la editorial le solicita a Kane. En DC siguen sin conocer la identidad del auténtico dibujante que tiene Bob durante todos estos años y no lo sabrán nunca. Casi se puede palpar la ironía cuando desde DC le encargan a Moldoff que entinte algunas de las páginas de Kane... sin saber que ha sido él mismo el que las ha dibujado. Pero Sheldon nunca dice nada. Su acuerdo entre caballeros con Kane estuvo claro desde el primer día y no faltará a su palabra en ningún momento.

Mientras en DC se preguntan quién se esconde detrás de la máscara de Bob Kane, siguen aguantando sus alardes. Cuando lo encuentran por los pasillos y le hablan sobre su personaje, Kane suele exclamar con grandilocuencia: «¡Yo soy Batman!» Cuando un compañero le pide que asista a la clase de su hija para dibujar en directo al Hombre Murciélago, ni siquiera avisa de que no va a ir porque se pasa dormido todo el día. Si un editor, al conocer la anécdota, le recrimina que podría haber avisado si estaba cansado y enviar así a otro dibujante en su puesto, Kane responde airado: «¡No hay sustituto para Bob Kane!» Es tal la percepción que tiene de sí mismo que, cuando un compañero comenta con él los problemas habituales que tienen los dibujantes,

Bob dice: «No soy sólo un dibujante. Soy una personalidad. Algún día habrá un programa llamado *El show de Bob Kane*, y yo estaré ahí, contaré algunos chistes, quizá dibuje algún boceto, y eso hará feliz al público.» Julius Schwartz no sabe cómo deshacerse de él. El contrato lo protege y si bien tiene a Infantino dibujando *Detective Comics*, todos los números de *Batman* ha de encargárselos a Kane. Su firma, aunque sólo presente ya en aquellos cómics supuestamente hechos por él, sigue apareciendo. Parece que no hay escapatoria.

Al menos Bill ha conseguido alejarse de la sombra de Kane. Su hijo Fred ni siquiera llega a conocerlo en todas las ocasiones que pasa un fin de semana con su padre, y Bill se preocupa más de mantener contacto con otros autores y amigos como Charles Sinclair o Alvin Schwartz, que siguen a su lado apoyándolo, bien con guiones e ideas o acompañándolos a él y a Fred en alguna excursión. Es en esos momentos cuando Alvin constata que Bill no sabe muy bien cómo desenvolverse más allá de su máquina de escribir. Es la mujer de Alvin o él mismo quien ayuda a Fred en detalles tan rutinarios como atarse los zapatos o atenderlo si se cae. Bill parece paralizado cuando se enfrenta a la vida sin un guión. Su amigo le comenta que para solucionar este tipo de problemas, a lo mejor le iría bien recibir ayuda de un psiquiatra. Alguien ajeno con quien hablar de sus problemas más personales y profundos, dejando de lado a sus amigos o a Lyn, y aunque lo prueba durante un par de sesiones, no encuentra lo que necesita.

En el trabajo al menos ha contado con la reciente ayuda de Julius, quien tras descubrir su identidad secreta al mundo, ha podido reafirmar por activa y por pasiva que él estuvo implicado en la creación de Batman. Ya no hay lugar para eufemismos como los que se vio obligado a utilizar el editor en su famosa columna. Atrás queda aquella referencia a Bill como uno de los principales guionistas de Batman desde hace más de veinte años. Después de que Jerry Bails publique por fin su artículo, no quedará ninguna duda sobre su auténtico papel en el origen del Caballero Oscuro.

«Si la verdad se supiera». Así titula Jerry Bails su artículo dedicado a Bill Finger. Consta sólo de dos páginas, pero son más que suficientes. En septiembre de 1965, Bails describe a Bill como «la leyenda silenciosa detrás de Batman» sin ningún tipo de tapujo y obviando el discurso oficial empleado por Bob Kane y DC Comics desde hace veinticinco años. El artículo desglosa datos que sólo pueden conocerse tras haber hablado con Bill, desde los posibles nombres que estuvieron a punto de ponerle a Robin hasta la influencia de la película *El hombre que ríe* en la creación del Joker. Pero Bails no se queda sólo en los detalles, va mucho más allá. Menciona el reconocimiento que debería tener Bill Finger, le acredita la creación del comisario Gordon, Alfred, el Pingüino y Catwoman, por citar unos pocos, y añade que él fue «el primer hombre en darle voz al guardián de Gotham». Por si el objetivo del texto no queda claro, Jerry Bails concluye su artículo con una clara alusión al nuevo estilo que

impera ahora en los cómics. Atrás han quedado las aventuras alocadas y estrafalarias de los años cincuenta, Schwartz e Infantino han traído de vuelta al detective, a los villanos y a las tramas urbanas, repletas de trampas mortales y criminales de los bajos fondos. Esto es algo que los lectores del artículo saben bien. Lo que desconocen es que este nuevo estilo no es sino un regreso a los orígenes: «Cuando los fans piden que Batman vuelva a los días de antaño, aquellos en los que era un hombre misterioso que peleaba contra los bajos fondos, en realidad están pidiendo, si la verdad se supiera, ¡el regreso de Batman tal y como lo creó Bill Finger!»

Bails no se ha guardado nada y tampoco pretende reservar el texto. Lo publica en el número 12 de la revista *CAPA-Alpha* y lo envía a Tom Fagan y Biljo White, sus compañeros del *fanzine Batmania*. White empezó con trescientas copias de su primer número y ahora ya tiene que hacer mil. Todos los ejemplares los fotocopia, grapa y envía él mismo a los socios, seguidores del personaje que han aumentado sus peticiones desde que el editor Julius Schwartz mencionase la publicación en el número 169 de *Batman* el pasado mes de febrero. Se ha convertido en un punto de referencia tan importante que el mismísimo Bob Kane habla con Biljo White, un auténtico sueño hecho realidad para este fan de toda la vida. Sin embargo, a White se le abren los ojos cuando lee el texto de Jerry Bails. A su amigo en común, Tom Fagan, le atrae tanto el asunto que habla con Finger después de que lo haga Bails. Nadie quiere quedarse fuera.

Con la información recogida por todos, Tom Fagan redacta también un artículo titulado «Bill Finger: El hombre detrás de la leyenda», pero no lo publica de inmediato. Prefiere enviárselo a Bill para que dé el visto bueno y concertar una entrevista que amplíe más datos que sean de utilidad. Fagan vive en Vermont y la única manera que tiene de comunicarse con Finger es mediante el correo postal de toda la vida. En cuanto Bill recibe el borrador, lo lee con las mismas ganas con las que recibe todo comentario de sus lectores, coge su máquina de escribir y prepara la carta de respuesta. El 19 de agosto de 1965, Bill envía la misiva dejando claro lo mucho que le ha sorprendido el artículo de Fagan. Lo que ha conseguido ese fan es digno de elogio: no sólo comenta todas las obras realizadas con Kane antes de Batman y también sus creaciones posteriores al Hombre Murciélago, sino que ha rastreado su biografía, su lugar de nacimiento e incluso cómo sus padres querían que fuese médico antes de verse forzado a abandonar los estudios para ayudar económicamente en casa. De ahí a sus anhelos por escribir algún día, la fiesta en la que conoció a Kane y cómo el resto es historia.

A Bill, habituado a los juegos de palabras en sus guiones, le encanta el detalle en el que se centra Fagan al comparar su ciudad natal de Denver con la palabra húngara *denever*, que significa «murciélago». Un guiño que lo hace sonreír, como si Batman y él hubieran estado destinados a encontrarse. Bill escribe en su carta que el artículo le resulta fascinante, acepta responder a las preguntas que quiera enviarle y aprovecha para comentar lo mucho que aprecia a lectores como él, con su apasionamiento por

las historias que publican cada mes. Es gracias a su pasión que Bill y sus colegas de profesión disfrutaban entregando historias periódicamente, algo que en ocasiones le hace sentirse parte de un proceso industrial. Sin embargo, ahí están estos seguidores como Tom Fagan o Jerry Bails, con sus cartas, entrevistas, artículos o convenciones, dándole una nueva dimensión a su vida. No se le ocurre mejor manera de sentirse orgulloso y alimentar, aunque sea por una vez, su dañado ego.

Durante las semanas siguientes, Bill le aporta unas declaraciones a Fagan con las que el artículo queda cerrado. En él, al igual que hacía Jerry Bails en el suyo, Fagan no se cohibe a la hora de darle a Bill el mayor reconocimiento en la creación de Batman. Conociendo de primera mano lo que ocurrió en 1939, Tom Fagan relata cómo Kane preparó una carcasa a la que Finger dio vida con «el sabor original y la majestuosidad misteriosa que ha robado el corazón de lectores de todas las edades». Y aún sigue insuflándole vida incluso veinticinco años después.

Cuando toca mencionar sus cualidades personales, Fagan describe a Bill como un hombre tranquilo, callado y elegante, con una sonrisa astuta. Como ya ocurrió en la convención del verano anterior, Finger tiene una opinión y percepción muy específicas sobre el mundo del cómic, y Fagan la aprovecha a base de bien para su artículo. «No es un hombre que mire a los cómics por encima del hombro, no es alguien que los trate como algo mundano o como una forma mediocre de literatura sólo para niños e ignorada por adultos». Para Bill los cómics son algo a reivindicar, muchas décadas antes de que éstos sean aceptados por el público en general como algo más que el hermano menor de la literatura. Finger siempre ha enfocado sus guiones para cómics igual que los de televisión y no concibe hacerlo de otra manera. Para él, cómics, televisión, cine y literatura son formas de arte por igual.

En la parte final del artículo, que consta de ocho páginas en total, Bill compara cómo era escribir cómics al principio con el proceso actual. Hoy día, con más control editorial, lamenta la pérdida de libertad creativa que tenían cuando empezó. Entonces entregaba una historia y solían aceptarla, con alguna que otra corrección. Finger cree que es bueno que más gente aporte ideas al conjunto, pero no a cambio de ceder gran parte de la libertad que tenía a la hora de enfocar al personaje. Como hiciera en la mesa redonda de la convención, Bill es capaz de tratar multitud de temas, desde los motivos de la creación de sus personajes hasta las motivaciones de Batman, pasando por el mundo editorial, la situación del cómic como industria y el proceso creativo a la hora de escribir guiones para cómic y televisión. Aunque sea reservado, cuando habla de lo que le apasiona es imposible hacerlo callar. Demuestra lo inteligente que es, lo mucho que se ha enseñado a sí mismo y lo artífice que es del éxito de Batman hasta ese momento. Con semejante artículo a sus espaldas, Tom Fagan sólo puede terminarlo de una manera: «Kane tuvo la gloria, pero Bill Finger tenía el conocimiento. En ese sentido, Bill Finger es el auténtico hombre detrás de la leyenda.»

Tras la publicación de «Si la verdad se supiera» de Jerry Bails, el artículo de

Fagan es la última piedra en el camino, un ejemplo más que confirma a Finger como cocreador de Batman. Sin embargo, el texto de Fagan jamás llega a publicarse. No se conocen los motivos, pero se intuyen con claridad. Jerry Bails ha compartido su texto tanto con él como con Biljo White, de *Batmania*. «Si la verdad se supiera» aparece en septiembre de 1965 y, el día 14 de ese mismo mes, Biljo White recibe una carta con un remitente imposible de obviar: Bob Kane. Ha leído el artículo de Bails y sabe que la revista *Batmania* es el foro perfecto para hacerse oír entre todos aquellos cada vez más convencidos de la versión de Bill Finger. Su respuesta a Bails no tarda ni diez días en llegar, pero si bien White se dispone a imprimir la carta de Kane, en cuanto la saca del sobre, Tom Fagan le pide que espere unos pocos días para que pueda hablar con Bill. Dicho y hecho, en cuanto obtiene la prórroga de White, Tom le envía a Finger una copia de la carta de Bob Kane, una carta de la que no habrá marcha atrás.

«Sandeces». Así define Bob Kane el artículo de Jerry Bails. Está lleno de sandeces y mentiras, porque la verdad, como él mismo se encarga de subrayar en su carta de seis páginas, es que Bob Kane es el único creador de Batman. El motivo para enviar esa misiva es que está cansado de que todo hijo de vecino diga que ha tenido algo que ver con el Hombre Murciélago. Da igual que los lectores se hayan vuelto perspicaces, no importa que todos vean claramente que bajo la firma de «Bob Kane» es imposible que se esconda el mismo lápiz. Ha habido tantos estilos que muchos de estos seguidores, alentados por la labor de acreditación de Julius Schwartz en sus textos, dedican horas a comparar los dibujos del supuesto «Bob Kane» con el resto de dibujantes de la editorial. Les sorprende comprobar que muchas historias de Batman coinciden en estilo y tono con las dibujadas en otras colecciones por autores como Jerry Robinson, Lew Sayre o Sheldon Moldoff. Pero Kane no recula y afirma, sin pudor alguno: «Yo dibujo el noventa por ciento de todas las historias de Batman.»

Más allá de las habladurías del mundo del cómic sobre la autoría de los dibujos de Kane, hay otro problema más acuciante, uno que amenaza con tambalear toda la mentira fabricada hasta entonces: Bill Finger. El texto de Bails no deja lugar a dudas con la implicación de Finger en la creación de Batman, Robin y el resto de personajes. Kane, cual mantra, sigue repitiendo que no es así. Asegura que Bill fue el primero en escribir al personaje, eso es incapaz de negarlo, pero al mismo tiempo minimiza su impacto todo lo que puede. Matiza que Finger escribía muchas veces historias que se le habían ocurrido a él, que los personajes ya estaban definidos antes de llamar a Bill y pedirle consejo. Incluso defiende que el atuendo de Batman era tal y como lo conocemos hoy desde el primer momento, antes de las sugerencias de Bill. ¿Y cómo puede probar que todo lo que dice es cierto? ¿Cómo puede convencer a los miles de fans de que sus palabras son más ciertas que las de Finger? Con lo único que tiene a su disposición, con lo único que consiguió asegurarse para sí mismo, adelantado como lo era a su tiempo: su firma.

«Si Bill hubiera sido coautor y hubiera concebido la idea, conmigo o antes que yo, entonces habría tenido crédito en la historia, junto a mi nombre, igual que Siegel y Shuster figuran como creadores de Superman. Sin embargo, como es obvio, sólo aparece mi nombre, lo que demuestra que yo tuve la idea primero y luego llamé a Bill, sólo después de que mi editor diera luz verde a mi creación original». Así, Kane se salta el orden de los acontecimientos, omite el hecho de que en la editorial no supieran que Finger existía y muestra ante el mundo la única prueba que tiene. Sin embargo, su firma ya no tiene el poder de antaño, al menos no con los lectores. Éstos ya han visto que esa firma puede ocultar a cualquier otro dibujante, así que, ¿por qué no podría tapar también a un guionista desde el principio? Llegado este punto, Kane excusa a su antiguo amigo, explicando que entiende que uno no recuerde bien lo sucedido y alegando que a Finger «el tiempo le ha erosionado la memoria». Acto seguido, arremete contra Jerry Bails por publicar su artículo lleno de mentiras por culpa de los «delirios de grandeza de Finger».

De no ser por la intervención de Tom Fagan, la carta se habría publicado íntegra y al momento en el siguiente número de *Batmania*. Cuando Kane dice en su texto que nombra a Biljo White como su «guardián no oficial de todo lo relacionado con Batman» sabe que lo tendrá comiendo de su mano. Pero White hace más caso de Fagan y espera a que su amigo le envíe una copia a Bill Finger. El 17 de octubre Bill recibe, abre y lee la carta y, en ese mismo instante, una rabia mayor de la que ha sentido nunca se enciende en su interior. Deja la copia encima de la mesa, coge el teléfono y llama a Bob Kane sin pensárselo dos veces. Con el enfado en su punto álgido, por primera vez en años, Bill arremete contra Bob al otro lado de la línea. Le dice que ha leído su carta, sus acusaciones y su «verdad». Durante la conversación, Bill le refresca la memoria a Bob, reconstruyendo unos recuerdos que parece que ha querido olvidar. Bob le pide que se calme, se compromete a revisar la carta y le propone quedar para cenar y hablar del tema como amigos. Bill se lo piensa mientras Kane le insta a ello para no postergarlo más: «Quedemos mañana.» Finger acepta.

En cuanto cuelga el teléfono, Bill se sienta ante su máquina y escribe a Tom Fagan. Le agradece el gesto de enviarle la carta de Kane antes de imprimirla y le explica la conversación que acaba de tener con Bob. Le comenta el cabreo y las disculpas, así como el compromiso de revisar la misiva. Bob incluso le ha pedido a Bill que le diga a los de *Batmania* que aguanten la publicación de su carta hasta que puedan hablar tranquilamente. Finger le transmite a Fagan el aire conciliador que ha percibido en Kane, intuye que su antiguo amigo está más molesto por el nuevo estilo llevado a cabo por Julius Schwartz y Carmine Infantino que por otra cosa. Eso es lo que lo ha hecho saltar, piensa Finger, y está convencido de que «Bob no está enfadado conmigo, sino preocupado por sanar un caso agudo de ego dañado». Bill ni siquiera firma a mano la carta, como suele hacer, y sólo mecanografía su nombre, dándose prisa para ir a la oficina de correos y enviarla cuanto antes. Antes de despedirse, agradece una vez más a Tom que él y el resto de fans sean tan justos

como para querer escuchar su versión de la historia.

El 18 de octubre de 1965, Bill Finger y Bob Kane se encuentran de nuevo. Los motivos que los llevan a entrar en el restaurante son bien conocidos. Con los que salen de la cena, sólo los sabrán ellos. No mencionan lo hablado durante su reunión, Kane no retoca la carta y por mucho que Biljo White escriba a Bob para confirmar si debe imprimir su texto o esperar a la nueva versión, Kane no le responde ni una sola vez. No vuelve a pronunciarse. Finger tampoco describe los detalles de su cena, pero en los comentarios vertidos en su carta a Tom Fagan del día anterior, se deja entrever el plan maestro de Kane: minimizar su cabreo. Bob ha dado señales de que no está enfadado realmente con Bill, le pide disculpas y desvía la atención hacia el nuevo estilo. Bill sabe que hay muchas cartas de los lectores que alaban el dibujo de Infantino. Incluso en la propia *Batmania* las encuestas votan en un noventa por ciento a favor de él. Kane necesita hacerse notar cada vez más en la editorial y fuera de ella, de ahí su respuesta airada y sin pensar en la carta. Bill le confiesa a Tom que tiene la sensación de que esa carta no se publicará. Y así es. Pasan los meses y ni Tom Fagan ni Biljo White ni Jerry Bails oyen hablar de nuevo del tema. Pero eso no significa que se olviden de él.

Aparte de la necesidad de Kane por demostrar su autoría sobre Batman, por miedo a ver su castillo de naipes derrumbarse, hay otro motivo por el que necesita aparecer como único creador, y lo revela en la misma carta en la que ataca a Bill. En lugar de centrar la atención en sus comentarios sobre Finger, si uno mira la parte final del texto ve la mención a una nueva serie de televisión, a todo color y producida por 20<sup>th</sup> Century Fox, a punto de estrenarse en la cadena ABC el año siguiente. Según Kane, va a ser un gran éxito y adaptará no sólo a Batman y Robin, sino al resto de coloridos villanos como el Joker, el Pingüino, Acertijo o Catwoman. En ese listado, Kane incluye también a Batwoman, personaje que no aparecerá en la serie y que, desde luego, nunca ha sido catalogada como enemiga. Fagan y White, adoradores como son de los detalles hasta el infinito, leen en esa frase un desconocimiento sobre sus propios personajes que no se esperaban de aquel que se acredita como el único creador de Batman, alguien que ni siquiera distingue si Batwoman es aliada o no. Por si los distintos estilos en los dibujos no fuesen suficiente, como si las declaraciones de Bill o Julius no hubieran allanado mucho más el camino, se encuentran con que el propio Kane se delata a sí mismo.

Ante el estreno y éxito de la nueva serie de televisión *Batman* en enero de 1966, con Adam West en el papel del Hombre Murciélago, los fans del personaje siguen creciendo y organizan una convención dedicada en exclusiva al Caballero Oscuro. Programada para ese mismo verano y apodada Cave-Con (Convención en la cueva), el certamen convoca a varios autores relacionados con el personaje, como el propio editor Julius Schwartz o el mismísimo Bill Finger. En cambio, de Bob Kane no hay ni rastro de nuevo. El 14 de agosto de 1966, tan sólo dos semanas después del estreno en cines de la película derivada de la serie de televisión, se celebra otra mesa redonda

en la que Finger explica su implicación en el diseño final de Batman, así como su participación al crear a Robin y otros personajes. Sea lo que sea lo que hablaron Finger y Kane durante esa cena no ha impedido que Bill repita de nuevo su discurso ante un público deseoso de saber más. Bob permanece callado desde aquella reunión porque le conviene. Digan lo que digan, sigue manteniendo su acuerdo con DC, por el que se lleva un buen porcentaje de los beneficios generados por Batman. Y ahora, con la serie de televisión en ciernes y con él mismo visitando los platós de rodaje, ese porcentaje es todo lo que necesita. En lo que a Kane concierne, Finger puede seguir escribiendo todos los cómics que quiera, porque él lleva años sin dibujar ni una sola viñeta, pero obteniendo todo el mérito por ellas.

Ni siquiera los intentos de Julius Schwartz por dejarlo en evidencia tienen éxito alguno. Con el nuevo estilo triunfando en ventas, el editor se ha visto en ocasiones hablando con Kane para pedirle cambios en sus dibujos, pero él siempre responde lo mismo: «me lo llevo a casa y vuelvo otro día» y todos saben que sigue ese proceso porque necesita ir a ver a su dibujante en la sombra particular. Sólo una vez triunfa en su cometido para que Kane retoque algo en la propia editorial y lo que obtiene a cambio es uno de los peores dibujos que ha visto nunca. Al pedirle, sutilmente, que lo cambie de nuevo, Schwartz sólo consigue que Kane hable con otro dibujante que se encuentra en la redacción en ese momento para que termine la ilustración en su lugar. Sea de un modo u otro, parece que contra Bob Kane uno tiene las de perder.

Entre convenciones, cartas y artículos que cuestionan la autoría de Bob Kane y reafirman a Finger como cocreador de Batman, Bill escribe metido de lleno en el nuevo estilo de Schwartz e Infantino. Este nuevo enfoque es el que sirve de base para la serie de televisión que tan preocupado tiene a Kane y que interesa, por otros motivos, a Finger. Su amigo Charles Sinclair ha seguido moviendo sus hilos en la pequeña y gran pantalla, por lo que ambos pueden escribir para más series. Últimamente han tenido problemas para mantenerse como escritores en Hollywood, no sólo por no poder hacerle la pelota a Lorenzo Semple Jr., el encargado de supervisar y encargar guiones, sino porque su contacto con Warner Bros ha dejado el puesto. Al verse solos ante Semple Jr., obsesionado por controlar todo el proceso a su alrededor, una persona a la que Charles apodó desde el principio como «el Bob Kane de los guionistas de televisión», saben que tienen los días contados. Los encargos para *77 Sunset Strip* dejan de llegar y Charles se pone en marcha de nuevo para contactar con 20<sup>th</sup> Century Fox a ver si tienen mejor suerte por ahí.

Para su sorpresa, el que era su contacto habitual en Warner está ahora en Fox y, para alegría de ambas partes, está encantado de encargarles guiones. «¿Por qué habéis tardado tanto?», les dice su contacto mientras hablan sobre la serie de televisión de Batman. Charles, al contrario que Bill, no acostumbra a callar y dejarse llevar por la situación. En cuanto se sienta con Fox, deja claro el valor que pueden aportar y



resalta el trabajo de Bill Finger como guionista de Batman desde el primer día. Bill lleva más de veinticinco años escribiendo el personaje, así que es el hombre al que quieren tener escribiendo su serie. Fox accede y les encarga dos capítulos. La fórmula siempre es la misma: la historia presenta a un villano clave, la trama debe abarcar dos capítulos de media hora y el primero tiene que terminar en un buen «continuará», para atrapar a los espectadores y que éstos vuelvan a sintonizar la cadena al día siguiente para ver cómo se salvarán Batman y Robin de la trampa mortal de turno. Es un estilo que sigue fielmente los cómics actuales de Schwartz e Infantino, si bien lo complementan con algo de humor absurdo capaz de gustar tanto a mayores como a pequeños, recurso que, vistos los índices de audiencia de los primeros episodios, con *Batman* entre los programas más vistos de los últimos años, funciona. Las ventas de los cómics, como es de esperar, aumentan considerablemente, llegando a superar los novecientos mil ejemplares al mes.

Charles y Bill se ponen manos a la obra y se plantean el reto de adaptar a alguno de los villanos de Batman en su capítulo doble. Como los más conocidos ya se han versionado, les toca rebuscar en el fondo del baúl. Finger rescata a uno de los enemigos que creó en 1947, llamado el Reloj. De aspecto regordete y rostro redondo, con bigotes que simulan las manecillas de un reloj, este criminal de poca categoría prepara así su viaje a la pequeña pantalla rebautizado como Rey Reloj<sup>[10]</sup>. Al ver algunos episodios de la serie, Charles observa a Bill mientras éste dice para sí mismo cosas como «Batman no hablaría así». Tras terminar su guión y entregarlo al estudio, Charles cree que necesitan hacer un pequeño cambio. Desde el primer día que han colaborado juntos, el orden en la acreditación de sus guiones ha sido «Escrito por Charles Sinclair y Bill Finger», algo lógico dado que quien consigue todos los encargos es el primero. Bill nunca ha tenido ningún problema y ni siquiera lo comenta con su amigo, al ser algo que no se le pasa por la cabeza. Pero Charles sí piensa en ello y llega a la conclusión de que en esta ocasión deberían cambiarlo. Aprecia demasiado a su mejor amigo como para no hacer algo. No es sólo un compañero de trabajo y recuerda que incluso fue su padrino de boda hace dos años. Sabe bien que Bill sufre por dentro la falta de crédito, aunque apenas hable de ello o trate de concentrarse en otros aspectos de su vida. Conoce de primera mano los intentos de los últimos años por hacerse oír, pero cada vez que pone el televisor al empezar la serie, por muy emocionado que esté por ver a su personaje cobrar vida, sólo lee «Batman, creado por Bob Kane». Así que se aproxima a su amigo y le propone que sea su nombre el que salga primero en esta ocasión. Siente que su guión de *Batman* debería salir firmado como «Escrito por Bill Finger y Charles Sinclair». Es un detalle tonto, a lo mejor innecesario, pero a Bill se le ilumina el rostro y no sabe cómo agradecerse. El 12 de octubre de 1966, en todos los televisores del país, se lee el nombre de Bill Finger acreditado por primera vez en una historia de Batman.

Es la primera vez y será la última. En los cómics, Bob Kane se asegura de que no ocurra ni una sola vez. En televisión es Lorenzo Semple Jr., bautizado ahora más

acertadamente que nunca por Charles como «el Bob Kane de los guionistas de televisión». Aquel del que huían Charles y Bill ha recaído en Fox, en concreto a cargo de la serie de Batman, y su primer movimiento es evitar que esta pareja de neoyorquinos se inmiscuya en sus guiones en la costa oeste. Charles cree que si Bill se plantara a lo mejor podrían conseguir algo. Se trata del cocreador del personaje, algo podría pesar en la decisión final. Pero antes de comentarle nada sabe que no habrá manera. Bill no es de los que alardean porque sí para conseguir cosas. Prefiere centrarse en su vida, sin golpear puertas ajenas, y pasar algunos fines de semana en casa de Lyn. Como siempre, cuando acude a algún sitio lo hace con un ojo puesto en el trabajo, y las visitas a su pareja no son una excepción. Cargado con varios cómics, en cuanto entra por la puerta de casa, observa y pregunta a los hijos de su pareja qué series les gustan más o qué historias les parecen más interesantes. Tan distraído como está, Charles sabe que Bill no apretará para conseguir más guiones de televisión para *Batman* y, es más, seguramente ya estará pensando en enfocar sus esfuerzos en otra parte, como en un episodio de animación para la serie de Superman titulado «Los hombres lava» o en DC Comics, desde donde sus compañeros guionistas le llaman para pedirle ayuda. Quieren formar un sindicato.

El movimiento nace cuando el presidente de DC no hace caso a las peticiones de los guionistas Bob Haney y Arnold Drake al presentarse éstos en su despacho y pedir mejoras en sus condiciones de trabajo. DC responde con un aumento de un dólar por página en las tarifas actuales, pero sólo aplicable a uno de ellos, el resto tendrá que esperar su turno. Ambos reconocen el timo y el auténtico objetivo de la oferta: dividirlos. Puede que incluso cuando pase un tiempo, la editorial no mantenga su palabra. Y es más, el propósito de ambos autores no es conseguir un dólar más por página, sino mejores condiciones en general. Quieren recibir dinero por cada reimpresión que se haga, piden participación en los ingresos y en la propiedad de lo que escriben. La editorial no está dispuesta y con esa respuesta se propaga el germen para un sindicato.

Bob Haney y Arnold Drake convocan a más escritores y obtienen respuestas positivas de varios que desean sumarse a algo que los beneficiará a todos. Otros no lo ven así, sobre todo los dibujantes: «Yo soy artista, no un obrero» es lo que responden cuando les proponen la idea de un sindicato. Es comprensible, en parte: un dibujante gana entre treinta y cuarenta dólares por página, por lo que no tienen queja alguna de la empresa. No hay motivo real para que se unan a ningún movimiento. La editorial cree que en este negocio el dibujo es más importante que el guión porque todo el mundo puede escribir, pero no todo el mundo sabe dibujar. Este erróneo punto de vista inclina la balanza en su trato a favor de los dibujantes y provoca que muchos guionistas ni siquiera se atrevan a alzar la voz por miedo a ser despedidos. Si la editorial tiene en tan poca estima su aportación como para pensar que cualquiera puede escribir, nada les impide ir a buscar a ese cualquiera y sustituirlos a todos.

Otros guionistas dudan de las posibilidades de formar un sindicato y creen en la

fuerza individual más que en la de un grupo, que no hará sino diluir la importancia de cada uno ante la empresa. Distintas opiniones, diferentes puntos de vista, que potencian una época abocada al cambio, un período en la historia de Estados Unidos muy centrado en el movimiento por los derechos civiles. Al leer los titulares de los últimos años, con la marcha por Washington, el discurso «Yo tengo un sueño» de Martin Luther King o el Acta por los Derechos Civiles tramitada por el Gobierno, poco se puede culpar a los guionistas por soñar de verdad con un cambio. Pero la editorial no se mueve por titulares ni manifestaciones. Sólo por resultados. Editores de buen calado como Julius Schwartz o Carmine Infantino, ascendido a director editorial en 1967, poco pueden hacer ante unas decisiones que se alejan de sus competencias.

Los guionistas persisten en su lucha y sus peticiones y suman adeptos, entre los que se encuentra Bill Finger. Realizan reuniones clandestinas en las casas de cada uno de ellos, incluida la de Bill, amontonándose en el pequeño espacio mientras planifican sus deseos. No dudan un segundo en redactar lo que para ellos es indispensable: beneficios por productos derivados de sus historias, pagos por reimpressiones, cierta propiedad de las historias y personajes que creen y, como apunte final, la parte más importante para Bill: un seguro médico o, al menos, permitirles pagar su cobertura médica a través de la empresa. Con las medicinas que necesita por su problema de corazón, Bill se quedaría muy tranquilo si contara con ese colchón. La editorial deniega punto por punto todas las peticiones. Visto esto, algunos guionistas proponen la única solución posible: hay que ir a la huelga.

Tan pronto como proponen el paro, la inmensa mayoría de autores reculan. No les interesa perder sus empleos, porque están seguros de que es lo que pasará. La editorial ignorará su huelga, encargará guiones a otros autores, nuevos y más baratos, y ellos se quedarán sin nada. Sólo un par secundan la idea, pero dos personas no obtienen repercusión alguna y lo saben antes de empezar. Además, en DC se respiran aires de cambio. El presidente ha vendido la empresa a la compañía multimedia Kinney, quien a su vez en unos años venderá todo su fondo a Warner, donde la editorial permanecerá en adelante. Esto provoca la marcha de la cúpula directiva y su sustitución por un Carmine Infantino con más poder que nunca, pero muy devoto de las tradiciones pasadas desarrolladas por sus antecesores. Le gustaría llevar a cabo algo que satisficiera a los guionistas, pero no tiene con qué. Editores saltan de sus puestos, entran nuevos guionistas, nuevos dibujantes, cambian los equipos creativos asignados a series de toda la vida por la relación que éstos tenían con sus editores y, poco a poco, el panorama de la editorial se modifica con los meses.

El movimiento impulsado por estos guionistas muere antes de empezar. Sin apoyo de los dibujantes, sin motivación de grupo, sin voluntad por el cambio, todos vuelven a sus puestos a esperar sus encargos habituales. Pero en seguida se dan cuenta de que éstos no llegan con la misma frecuencia que antes de hacerse oír. No hay despidos, pero los guionistas involucrados en la idea de formar un sindicato dejan de recibir

encargos. Los que obtienen son muy esporádicos o para colecciones menores. Poco a poco, se los aparta a favor de la nueva hornada de autores y editores. Al final, alzar sus voces fue lo peor que pudieron hacer. Se adelantaron a su tiempo. Años después, cuando las mejoras para los autores empiecen a llevarse a cabo, será demasiado tarde. Compañeros futuros se lo recordarán a los que iniciaron el movimiento. Y estos sólo se lamentarán de lo que podrían haber conseguido de haber empezado cuando era el momento.

Entre el grupo de guionistas que dejan de recibir encargos se encuentra Bill Finger. Sin el apoyo de los editores de antaño, con el conocimiento de su participación en el posible sindicato, la editorial le encarga guiones muy esporádicos y menores. Un día se da cuenta de que la última vez que escribió al Hombre Murciélagos fue hace ya muchos meses, en el número 177 de *Batman*. Si lo hubiera sabido habría escrito un guión más acorde a sus sentimientos, pero quedó como una entrega más de las trescientas historias del personaje que ha escrito en los últimos veinticinco años. Pensándolo mejor, su última aventura del *alter ego* de Bruce Wayne ha sido para la serie de televisión. Se ha convertido en el primer y único guionista de Batman en escribirlo en dos medios distintos, cómic y televisión, pero con ese gran hito concluye su etapa con el personaje al que dio vida y que siempre recordará, sea hacia donde sea que lo lleve ahora su futuro, alejado por primera vez de DC Comics.

«Estoy a punto de conseguir un nuevo contrato que te hará ganar muchísimo dinero». Sheldon Moldoff se repite a sí mismo las palabras que le ha dicho Bob Kane. Moldoff lleva catorce años dibujando a Batman en la sombra, encargándose de todos los trabajos de Bob. Desde la serie mensual hasta las tiras de prensa, lo que incluye diarias y dominicales, por no mencionar diseños para *merchandising*, juegos o cualquiera de las locas ideas de Kane dirigidas a explotar a un personaje que exprime a su antojo desde el primer día. A cada boceto que le pide Bob, las promesas se acumulan. Kane le asegura que en cuanto venda los diseños, podrá pagarle dinero por ellos, pero lo único que ve Moldoff son páginas y páginas de bocetos sin cobrar. Menos mal que por los cómics sí obtiene beneficios, pero la carga de trabajo es tan exagerada que no sabe cómo continuar. No puede gestionarlo todo. Al pedirle un aumento, Kane le asegura que llegará en breve. Está negociando su contrato con la nueva directiva de la editorial y, como es habitual, de toda tajada que saque Bob, una parte irá a parar a sus manos. No tiene de qué preocuparse.

Cuando suena el teléfono a los pocos días, Moldoff espera la gran noticia. Al otro lado de la línea, Bob le comunica que ha firmado su nuevo contrato. Está hecho. «¡Genial! ¿Cuándo empiezo a cobrar?» es lo primero que le dice Moldoff, pero el entregado dibujante no se espera lo que viene a continuación. El nuevo contrato, como todos los anteriores, es con Bob Kane y en esta ocasión la editorial ha conseguido lo que Schwartz e Infantino llevan años deseando: librarse de él. El nuevo

acuerdo estipula una paga anual para Bob, pero con la condición de que nunca más se encargue del personaje. No habrá más pedidos ni páginas ni cómics ni tiras de prensa. Nada. Todo el trabajo se llevará a cabo desde la editorial. «Pero... ¿dónde me deja eso a mí?» es la siguiente pregunta de Moldoff; aunque conoce la respuesta, sólo está verbalizando algo que no se atreve a pronunciar. Se ha quedado sin trabajo. Kane le confirma que no va a tener nada más que encargarle. Se acabó. Una vez más, sólo ha pensado en sí mismo y, tras esta llamada telefónica, Bob Kane y Sheldon Moldoff no vuelven a hablar ni a verse nunca más.

Carmine Infantino, ascendido a director editorial, ha planeado la salida de Bob Kane desde que ocupó la silla. Le ha propuesto una salida digna para obtener el control absoluto de Batman desde la editorial. A DC le va a salir caro, pero Infantino cree que la acción compensa con creces el resultado y no le tiembla el pulso al entregarle a Kane beneficios por derechos subsidiarios a partir de ese mismo instante, así como un cheque por un millón de dólares, en firme, para que se desentienda por completo de su cocreación de ahora en adelante. Bob Kane acepta y sale de la editorial por la puerta grande, rico, famoso, pero repudiado por todos aquellos que ha conocido durante estos años. Al mismo tiempo que Kane consigue retirarse por todo lo alto, Bill Finger se despide de Batman por la puerta de atrás, sin hacer ruido, sin molestar, como ha hecho durante toda su andadura en el mundo del cómic. Pero, también, como es habitual en él, no guarda rencor a la editorial. Siempre estará disponible si necesitan ayuda, por si acaso puede volver a escribir para ellos cuando pase el temporal, mientras enfoca su vida hacia otros objetivos, tanto personales como profesionales, intentando no echar la vista atrás.

Uno de los lazos con el pasado que corta por fin en este momento es su matrimonio con Portia. Aunque separados desde hace años, todavía no habían concretado el divorcio. En cuanto lo obtiene, Bill y Lyn se casan en 1968, con Charles Sinclair como padrino. La boda, privada y pequeña, conlleva otro gran cambio para su vida: deja atrás Manhattan. Lyn vive en Great Neck, Long Island, dentro del estado de Nueva York. Como ella convive con sus tres hijos, aunque uno de ellos se muda a California, el paso obvio es que Bill se vaya a vivir a su casa. Está a dos trenes de distancia del centro, pero para él es como si cambiara de país. La ansiedad que le provoca alejarse de sus espacios conocidos la sobrelleva como puede, aunque a Lyn no se le escapa el esfuerzo que supone para su marido y lo mal que lo lleva en realidad. Las ocasiones en que lo ve relajado, Lyn se alegra pensando que Bill empieza a acostumbrarse a su nuevo hogar. Cada día aparecen ejemplos de ello, como verlo sentado escuchando la música de cámara de Mozart o Beethoven en un estéreo recién estrenado que ni siquiera ella puede tocar por si acaso.

Al año siguiente y siempre que pueden, Lyn propone ir a Cape Cod, Maine o los Hamptons para pasar un fin de semana y relajarse un poco. A Bill no le importa, sobre todo porque todos esos sitios están relativamente cerca de Nueva York. Los desplazamientos los llevan a cabo en coche gracias a Lyn, porque Bill jamás se saca

el carnet de conducir. Su mujer le apremia a ello y le asegura que, si lo obtiene, verá como pierde ese miedo y esa ansiedad a salir de su hábitat. Pero él sólo responde que sí, que se lo sacará algún día... aunque ese día no llegue jamás. No tiene la menor intención de sacárselo y no le interesa lo más mínimo, algo de lo que todos sus amigos se sorprenden cuando constatan el poco o nulo interés que le suscitan los coches.

El cine, sin embargo, le sigue apasionando tanto o más que antes. Lyn y Bill se vuelven locos al salir del estreno de *2001: Una odisea del espacio* y se pasan días enteros comentándola. Esta pasión por el cine crece más en esta época porque Charles ha conseguido algunos encargos para escribir guiones de películas. Son de poca monta, pero les van perfectamente para cubrir gastos y cumplir su sueño cinematográfico de alguna manera. De su máquina de escribir salen películas como *The Green Slime* o *Track of the Moon Beast*, pequeñas producciones japonesas o americanas destinadas a satisfacer a cierto público sediento de obras de bajo presupuesto cargadas de ciencia ficción.

Algo que tampoco parece de este mundo es el trabajo que consigue Bill a partir de este año. Ni más ni menos que películas de entrenamiento militar para el ejército. Sin DC Comics, con los guiones para la televisión casi inexistentes y con apenas alguna película en ciernes, Bill necesita algo para comer. Con ese objetivo en mente coge el tren hacia Washington. Le han otorgado permiso para entrar en el Pentágono. La emoción sería mayor si no se apoderara de él la ansiedad por alejarse tanto de casa. Menos mal que es ida y vuelta.

Lyn lo escucha hablar sobre cómo ha sido el viaje y lo que ha sido tener un pase para el Pentágono, aunque en el fondo nota que el trabajo no le apasiona lo más mínimo. Fred, que ya cuenta con veintiún años, no es el niño que lee los guiones de Batman por las mañanas, sino un joven convencido de su propia vocación como chef. La pasión por su arte es algo que le enseñó su padre, y ahora que lo ve escribiendo películas de entrenamiento militar sólo siente cabreo. Le reprocha a Bill que antes creía en él porque él mismo creía en lo que hacía. Ahora, si se proclama en contra de la guerra, con todas las barbaries que llegan desde Vietnam, no entiende que se preste a escribir películas que sólo sirven para promover algo tan deplorable. Se lo reprocha una y otra vez, pero Bill necesita el dinero. Odia con toda su alma cada letra que escribe para ellos, pero no encuentra otra solución.

Si con DC y la televisión sufría penurias económicas, ahora su situación es casi insostenible. Por suerte cuenta con Lyn y la compañía de sus hijos, a quienes siempre trata de forma amable y, algo de lo más importante que recuerda su mujer, les habla como si no fueran niños. A ellos, les resulta gracioso y familiar en el trato, les parece alguien orgulloso de su trabajo con Batman, aunque jamás menciona a Bob Kane. Con su mujer, sólo en algún momento se hace eco de lo que le duele no haber tenido crédito, pero ni siquiera en esas situaciones escapa de su boca opinión alguna sobre el único que se ha llevado la fama como creador de Batman.

Además de con su familia, Finger también cuenta con Charles y sus préstamos. La gente que le conoce sabe bien que Bill, cuando tiene dinero, es el hombre más generoso del mundo, incapaz de controlar sus gastos si con ello puede comprar algo que guste a sus seres queridos. Es por eso que un día de visita, cuando Charles contempla a Bill dando varios golpecitos a su reloj hasta que las manecillas giran durante un instante antes de que el tiempo vuelva a detenerse, su amigo le compra porque sí un reloj de pulsera Tourneau último modelo. Bill se muestra, como siempre, tremendamente agradecido y emocionado.

Este gesto le hace pensar y recapacitar acerca de cómo se ha visto en esta situación y lo mucho que le gustaba escribir cómics. Han pasado unos pocos años desde que dejó de trabajar para DC, pero a lo mejor puede probar suerte en otro sitio. Así es como el entonces fan y asistente a convenciones de cómic Roy Thomas, ahora convertido en ayudante de edición en Marvel, ve cómo Bill Finger pasea por los despachos de la editorial y se reúne con Stan Lee. Al poco rato, observa cómo Bill realiza el mismo recorrido en sentido contrario, apesadumbrado por no haber conseguido trabajo. La reunión en sí, ni siquiera Stan Lee la recuerda años después. Bill vuelve a pasar desapercibido por no querer alzar la voz.

El problema de Bill para tomar las riendas de su propia vida, cuando no hay un guión predefinido que lo guíe, se agrava más cuando llega una oferta para escribir en California una serie de animación de Superman. Es de suponer que la oferta se presenta debido a la experiencia que ha ido adquiriendo durante los últimos años en ese campo, aunque fuera escribiendo desde Nueva York. Lyn le comenta la oportunidad que supone y, además, la cantidad de dinero que le están ofreciendo. Pero es superior a él. Bill no puede ni imaginarse viviendo fuera de Nueva York. Aún no ha cogido un avión, y no lo hará nunca. Pese a lo que supone, pese a lo bien que le iría, no acepta la propuesta y se queda recluido en casa.

Lyn no puede convencer a Bill de lo contrario, como tampoco ha conseguido que se saque el carnet de conducir o que hablara con sus padres y solucionara los problemas que tenían antes de que estos fallecieran hace ya casi diez años, en 1961. Ahora, en 1970, Lyn y Bill llevan quince años juntos y se conocen como la palma de la mano. Pese a los problemas que tiene Bill para aceptar su independencia, para gestionar los reproches de su hijo o para entregar a tiempo, con muchas noches en vela incluidas, todavía hoy, tantos años después de que hiciera lo mismo con Fred, Lyn no puede remediarlo y lo quiere con locura. Comparten su pasión por las artes, se retroalimentan bien en ese aspecto y ella lo apoya en sus guiones cuando le suceden tantísimos bloqueos. En una época tan difícil como ésta, lo que menos espera Bill es que le dé un segundo infarto, más grave que el de hace siete años.

Una vez recuperado, Bill retoma el contacto con DC Comics, pues no sabe adónde más acudir. Durante estos años, Julius Schwartz ha mantenido su posición, ahora con más control si cabe bajo la dirección editorial de Infantino, recién nombrado presidente al comenzar 1971. Con el aprecio que tiene por Bill, al saber de

su situación y con el tiempo que ha transcurrido desde la posible formación de aquel sindicato fallido, el editor hace como si no hubiera pasado nada y busca a alguien que pueda hacerle un hueco en alguna serie. Y se lo hacen. Encuentran encargos disponibles para historias de misterio en las colecciones *House of Mystery* y *House of Secrets*, bajo la supervisión del editor adjunto Paul Levitz. No será Batman, pero al menos le dará de comer. En cuanto al Hombre Murciélago, Schwartz le dice que lleva meses manos a la obra con un nuevo relanzamiento del personaje, que volverá a las raíces oscuras y adultas de hace treinta años, a los orígenes tal cual los escribió Bill. Le pregunta si estaría dispuesto a encontrarse y charlar un rato con el guionista a cargo de la nueva etapa. Y no está dispuesto, está encantado de recibir a Dennis O'Neil, el escritor al que ceder el testigo.

Finger y O'Neil quedan un par de veces, pero son suficientes. Al primero le encanta hablar de Batman y de su visión del personaje, con la tranquilidad y calma que lo caracteriza. Al segundo le fascina escucharlo, y es lo suficientemente inteligente como para captar los detalles del testigo que Bill quiere pasarle. Y Dennis O'Neil no sólo lo recoge, sino que lo actualiza como nadie ha logrado hasta entonces. Su Batman vuelve a ser un detective con habilidades extraordinarias y sus enemigos, villanos a los que temer de verdad. Después de años ausente sin que nadie supiera qué hacer con él, Dos Caras, el enemigo favorito del hijo de Bill, regresa por todo lo alto en un enfoque oscuro y adulto, como no se veía desde su origen. Y por si fuera poco, el Joker regresa tal y como apareció en la primera historia de Bill, como un asesino sin escrúpulos, capaz de ir dos o tres pasos por delante de los demás. El aura de misterio y madurez que impregnaba las primeras aventuras de Batman escritas por Finger regresa con fuerza gracias a O'Neil, y Batman vuelve a la primera plana del mundo del cómic, marcando un estilo que otros recogerán y ampliarán siguiendo los pasos iniciados por su auténtico creador. En cambio, ese creador no va a seguir los pasos de su mujer en una decisión que los llevará, por mucho que les duela a ambos, a separarse.

Lyn no tiene otra opción. Su hijo Andy ha sufrido un accidente en California y va a quedar postrado en una silla de ruedas. Debe ir allí y cuidar de él. Necesita mudarse a la costa oeste. La decisión está tomada, le encantaría que Bill se fuera con ella, pero por mucho que le duela, por mucho que lo sufra, por más que su hijo Fred haga poco que también se ha ido a vivir allí, Bill no puede decir que sí y se queda en Nueva York. La ansiedad que padece sólo con pensar en irse es algo que ha llevado mal al mudarse a Long Island, con lo que es incapaz de imaginar lo que supondría irse a la otra punta del país. Lyn sabía la respuesta, ha vivido de primera mano por lo que ha pasado su marido al mudarse con ella a su casa, pero también sabía que eso no iba a cambiar su decisión. Se va a California a velar por su hijo y esto supone que ambos pongan fin a su matrimonio en 1971. Con la mudanza de ella, Bill no encuentra



motivos para quedarse en su casa y vuelve a Manhattan, a la cuarta planta de un piso despacho en la calle 51 por trescientos dólares al mes. En el mismo bloque, pero dos pisos más arriba, vive Charles. Se aleja de Lyn sólo para mantenerse más cerca de la otra persona con la que más ha tratado en su vida.

Y hace bien, porque sus trabajos en DC son escasos y su necesidad de dinero, ahora que vive solo, es mayor que nunca. Acosa a su joven editor y Paul Levitz, ante la presencia de un mito como Bill Finger, accede a pagarle algunos adelantos ocasionalmente, pero quien más lo salva no es su editor actual, sino Charles, que nota enseguida cómo aumentan los niveles de agobio en su amigo. Un día, Charles le comunica a un sorprendido y más que agradecido Bill que ha pagado su renta de todo un mes, aprovechando que viven en el mismo bloque y tienen al mismo arrendatario, sólo para que no se agobie más de la cuenta y cuide su salud. Además de esta supervisión, cuenta también con Lyn. Pese a la distancia real que los separa, siguen tan unidos como siempre. Hablan por teléfono casi a diario y mantienen el contacto explicándose cómo les va durante la semana. Pese a los cuidados de ambos, no hay nada que impida un tercer infarto, sólo tres años después del anterior. Esta vez ha sido mucho más seguido y el susto es tan grande que precisa de ingreso en el Hospital Bellevue, especializado en cardiología. Cuando Charles lo visita lo encuentra hacinado en una sala al final de un pasillo. No puede permitirse pagar más y bastante va a tener que hacer para comprarse las nuevas pastillas que necesita. El infarto ha sido tan fuerte y preocupante que Bill permanece ingresado entre el 1 y el 26 de noviembre de 1973. Cuando le dan el alta, regresa, débil, a su piso para seguir medicándose y cumpliendo con sus fechas de entrega. Las va a necesitar más que nunca.

Bill pasa las siguientes semanas tomando tres tipos de medicamentos distintos para el corazón y procura que el estrés por la falta de dinero, vivir solo y la preocupación por su salud no le pase más factura todavía. Habla con Charles muy a menudo y suele estar al teléfono cada pocos días con Lyn. Pese al mal momento, siente que sus anclas lo mantienen asentado. En la editorial cuenta con el joven editor Paul Levitz como contacto, que recibe sus guiones con admiración continua.

Hace apenas diez días que ha empezado el nuevo año y Levitz tiene preparados sobre su mesa los cheques por los guiones que Finger está a punto de entregarle. Pero cuando Bill entra por la puerta, sólo tiene uno acabado. Le promete por activa y por pasiva que, si le da una semana más, el siguiente guión lo tendrá listo, pero que por favor le pague los dos. Paul Levitz sabe que eso va en contra de las normas de la empresa, más estrictas a medida que han ido pasando los años. Sin embargo, tiene delante de sí a una leyenda de este medio. Es incapaz de decirle que no y le da ambos cheques, sin olvidar que el segundo guión debe entregárselo sin falta lo antes posible o los dos se meterán en un buen lío. Bill sale de DC Comics prometiendo, una vez más, que así será.

Al lunes siguiente, el 14 de enero 1974, Bill ve a Charles y le comenta que tiene

que terminar un guión esa semana sí o sí. Su amigo, como es de esperar, no se sorprende lo más mínimo, pero sí que no cabe en su asombro de que más de treinta años después, la editorial le siga pagando por adelantado. Se despiden hasta que Bill concluya su nueva historia y, una vez en casa, habla por teléfono con Lyn durante los días siguientes. Sus conversaciones giran en torno a la salud del hijo de su pareja, que en breve tendrá que pasar por una operación importante, o la suya propia a raíz del último infarto. Como cualquier otra conversación, desconocedora de su propia trascendencia hasta que el paso del tiempo se la otorga, Lyn y Bill se despiden hasta la siguiente llamada.

Cuando ese mismo jueves Lyn llama a su exmarido, le extraña que éste no responda. Estará muy concentrado en la entrega o habrá salido un momento, son las opciones que se le pasan por la cabeza. Y aunque le parece raro, no le da mayor importancia. Al día siguiente, y visto que durante toda la mañana no hay manera de dar con él, Lyn decide dar un toque a Charles. Su amigo la escucha con atención y le promete que se pasará por el piso de Bill a echar un vistazo para tranquilidad de todos. Al colgar, sale de su casa y se dirige a la de su buen amigo, en la que entra por sí mismo al no recibir respuesta. Cuando Charles se asoma al comedor, lo ve tumbado, relajado, en el sofá. Está completamente vestido y boca arriba. Tiene pinta de que se está tomando un descanso de tanto escribir, tanto por la indumentaria que lleva como por su lenguaje corporal. Charles alza la voz, no recibe ninguna señal, se acerca a su viejo amigo y entonces se da cuenta. Son las tres de la tarde del 18 de enero de 1974 y Bill Finger descansa en paz.

## CAPÍTULO CUATRO

Cierras el libro y respiras con calma. No hay más capítulos. Has llegado al final del viaje. Una travesía a lo largo de cien años en los que has descubierto quién fue Bill Finger y cómo llegó a serlo. Tanto si sabías algo de su vida como si lo desconocías por completo, la historia de este hombre te ha marcado de alguna manera. Bien por no entender por qué Bill decidió no irse con Lyn, bien porque sintieras cada palabra de Bob Kane contra su cocreador como una puñalada propia. Ahora la vida de Bill Finger resuena en su totalidad en tu cabeza. Sabes de su implicación e importancia en Batman. Has leído las penurias que pasó de niño al dejar el colegio y dedicarse a trabajos que no lo llenaban. Te has emocionado igual que él durante la creación de Batman, cuando inició la amistad con Jerry Robinson o Charles Sinclair. Casi lo podías oír al dirigirse al público de la convención de Nueva York y sufrir con él con cada infarto, cada vez más frecuentes y graves. Después de despedirlo, has vibrado con su reconocimiento.

Miles de personas, como tú ahora, conocen la historia de Bill Finger de principio a fin e incluso más allá. Has seguido de cerca los pasos de Fred tras la muerte de su padre, el intento de redención de Bob Kane al estrenarse la primera película de Batman, el hermoso gesto final de Jerry Robinson a quien fuera su mentor y amigo, la investigación de Marc Tyler Nobleman para hacerle justicia y, sobre todo, el legado que perdura en su nieta Athena. Has acabado el libro. Lo cierras. Lo dejas descansar. Ha cumplido su función. A partir de ahora, cada vez que veas algo relacionado con el Caballero Oscuro, pensarás en lo que habría sido de él sin Bill Finger. A partir de ahora, cada vez que aparezca la frase «Batman, creado por Bob Kane» rellenarás en tu cabeza el espacio que falta: «... y Bill Finger.»

Charles observa a su amigo tumbado boca arriba en el sofá después de tomarle el pulso, confirmar sus temores y, tras avisar a Lyn de la mala noticia, llamar a una ambulancia. Al tratarse de una persona de 59 años fallecida en su casa, a solas y con historial de infartos, atienden otras prioridades. Pasan seis horas desde que Charles se encuentra el cuerpo hasta que el forense entra en el piso de Bill, a las nueve y cuarto de la noche. Charles permanece ahí, respondiendo a las preguntas de los médicos para rellenar mejor el futuro informe, mientras el forense concluye su trabajo media hora después. Todo indica que ha sufrido un cuarto infarto, esta vez fatal.

El cuerpo presenta signos de descomposición, seguramente debidos a los efectos secundarios de la medicación que se tomaba para el corazón. Con esos detalles, sumados a que Lyn no pudiera dar con él el día anterior, Bill falleció con casi toda seguridad el miércoles 16 de enero. Ese mismo viernes, mientras retiran el cuerpo, Charles habla con Fred para que venga a Nueva York. El hijo de Bill lleva unos años viviendo en la costa oeste como chef y, conector como era de la salud y suerte de su

padre, es de imaginar que no le sorprende la noticia. Cuando deja listo el trabajo para ausentarse unos días, se despide de su mujer Bonnie y parte en el primer vuelo hacia Manhattan, dispuesto a hacer frente a los recuerdos de su padre. De camino siente lástima por no haberlo visto en los últimos tres años.

El 22 de enero, cuatro días después de que Charles encontrara a su amigo, Fred ha reconocido el cuerpo de su padre en la morgue y firmado todos los papeles necesarios para que continúen los procedimientos. Tan sólo tres días después, recoge las cenizas de su padre en el crematorio de St. Michael y guarda la urna hasta que vuelva a su hogar en la costa oeste. Antes de regresar a casa, tiene que hacer frente a la limpieza del apartamento. Para cuando llega al piso, se da cuenta de una verdad cruel que no quería aceptar en su momento. Fred pensaba durante el vuelo en hacerse cargo de lo que quedase en el piso, lleno hasta los topes de material de archivo, libros, cómics y revistas. Conocía bien la manera de organizarse de su padre, y ya se mentalizaba para tardar días en poner todo en su sitio. Para su sorpresa, cuando entra en casa de Bill, apenas queda nada. Las primeras ediciones de los cómics que fue atesorando durante tantos años brillan por su ausencia. Charles le comenta que su padre tuvo que venderlo casi todo para sobrevivir. Lo único que tiene ante sí es su escritorio, la máquina de escribir, archivadores con recortes de referencia, la radio Crosley, un curioso pisapapeles con forma de escarabajo dorado y su mítico cuaderno de notas. No queda nada más. Arremangado, Fred se sumerge en los apuntes de su padre.

Sólo con los recortes y revistas, Fred llena un archivador con notas de todo tipo sobre las historias que escribió su padre durante treinta y cinco años. Sentado en el suelo, no puede evitar releer algunos fragmentos que recuerda haber leído de niño. Página a página, Fred repasa todo lo que queda del inventario de su padre y le sigue pareciendo tan interesante como el primer día. Una vez concluida su labor, sólo se le ocurre un posible destino para este material: DC Comics. Cuando llama a la editorial y explica lo sucedido, les pregunta si tendrían interés en hacerse cargo de todas las referencias. Hay información sobre el desarrollo de decenas de personajes y uno enseguida puede entender por qué el mundo de Batman es como es. Fred cree que en DC hay escritores recién llegados que apreciarán tener acceso a estas referencias. Pero la editorial lo deja helado. No quieren nada. No van a guardarlo ni tienen interés alguno. Por si acaso, Fred recalca que no quiere venderles nada, no vaya a ser que lo estén entendiendo mal. Sólo quiere darle un hogar a un buen montón de material histórico del que él no puede hacerse cargo. A él sí que no le interesa, pero en la editorial seguro que sí. Y, repite, no quiere dinero a cambio. La respuesta sigue siendo la misma: no están interesados. Así, se pierden para siempre los archivadores llenos de referencias de Bill. Así es como se pierde para siempre en la historia su cuaderno de notas.

Al enterarse de la noticia en la editorial, el joven editor Paul Levitz tiene un problema. Ha pagado un guión que no tenía y que ahora ya es seguro que jamás tendrá. Bill Finger no dejó de escribir historias ni un sólo día e incluso dejó este

mundo con una fecha de entrega pendiente. Levitz piensa que no puede presentarse ante su jefe y decirle que ha pagado un guión por adelantado que, además, no llegará nunca. Como sólo pueden echarle la bronca una vez, decide escribir él mismo el guión. Así presentará el problema y la solución al mismo tiempo. La historia que escribe es buena, tanto que su jefe se la presenta a Julius Schwartz, por si acaso su aprecio por el joven le impide ver la verdad. Schwartz le asegura que Levitz es buen guionista y lo instan a que siga ese camino aparte de sus labores editoriales. Como si haber creado a Batman no hubiera sido suficiente para el devenir de la compañía, Bill Finger provoca indirectamente que Paul Levitz se convierta en ese momento en guionista y editor con recursos, lo que lo llevará a seguir creciendo, a escalar posiciones dentro de la empresa, a compartir la dirección con la futura presidenta Jenette Kahn y a gestionar una de las mejores etapas de DC Comics en toda su historia.

Mientras todos estos eventos esperan pacientemente su momento, el actual presidente de DC, Carmine Infantino, siente con mucha pena que Bill Finger se haya ido y se asegura de que la editorial le dedique dos necrológicas. Una de ellas aparece en el primer número de *Amazing World of DC Comics*, una colección dedicada a rescatar historias no publicadas en otras series o a indagar sobre el funcionamiento de la compañía. El texto, aunque menciona erróneamente Nueva York como lugar de nacimiento de Bill en lugar de Denver, sí atribuye mucho más crédito por su trabajo que cualquier otro comunicado oficial hasta entonces. Lo que él explicó durante aquella convención hace casi diez años, lo resume con todo detalle el artículo. Desde la sugerencia del diseño final del traje al hecho de que fue él quien escribió las primeras historias de Batman, Robin, el Joker, Catwoman, Dos Caras o el Pingüino, concluyendo con un «pocos han contribuido tanto al mundo del cómic como Bill Finger. Todos lo echaremos de menos».

El segundo texto en su memoria aparece pocos meses después en el especial *Famous First*, dedicado a reimprimir números relevantes de la historia de DC Comics. Entre sus páginas se encuentra el primer número de *Batman* y es aquí donde Carmine Infantino aprovecha para ejercer su poder como presidente de la editorial, sin nadie capaz de callarlo. Define a Batman como «el mejor producto que ofreció este equipo», refiriéndose a Bob Kane y a Bill Finger como un todo. Aparte de mencionar la importancia de su participación al crear a Batman, el Joker y Catwoman, Infantino explica también cómo Bill hizo que Batman disparase un arma en una de sus primeras historias, un hecho que cambió el código de los héroes desde entonces hasta nuestros días. El remate llega en las últimas líneas, donde el presidente de DC escribe que por mucho que escribiera Finger, «su mayor logro siempre será la cocreación de la leyenda de Batman». Y finaliza con: «Batman ha perdido a un padre. Nosotros hemos perdido a un amigo. En honor a la memoria de Bill Finger, le dedicamos con profundo respeto esta reimpresión del número uno de *Batman*.»

Al mismo tiempo que DC prepara, redacta y publica estos homenajes, dando así

más crédito a Bill del que nunca le dieron en vida, su hijo Fred abandona Manhattan y regresa a su hogar con la urna de las cenizas de su padre. Tiene muy claro qué hacer con ellas. En el viaje, pensativo, reflexiona sobre lo que podría haber sido de la vida de Bill si no hubiese sido, al menos a sus ojos, tan débil. Si le piden que recuerde a su padre, se lo imagina siempre sentado, delante de la máquina de escribir, con la mente en otra parte. Siempre ido, soñando historias, pero nunca afrontando la suya propia. Los retrasos en sus guiones o en los pagos de sus pensiones a Portia y a él mismo, su ansiedad por abandonar Nueva York, que lo inmovilizaba en más de un sentido... si sólo hubiera sido un poco más decidido, está convencido de que le habría ido mucho mejor y su corazón no habría sufrido tanto la baja autoestima que tenía.

Ensimismado en sus pensamientos, aterriza en la costa oeste, en Oregón. Ha llegado a casa. Antes de regresar al restaurante que regenta con su mujer Bonnie, Fred se dirige a una playa cercana con la urna a buen recaudo. Observa la marea acercarse y alejarse lentamente. Siente la brisa. Y está preparado para despedirse. Se aproxima a la orilla, lo suficiente para calcular que le dé tiempo a prepararlo todo antes de que la marea suba hasta él. Con las manos, y con cuidado, empieza a cavar un poco en la superficie. Poco después, su obra está acabada y la silueta le devuelve la mirada. El símbolo del murciélago de Batman descansa sobre la arena. Echa un vistazo al mar y confirma que ha calculado bien. Se arrodilla ante el murciélago y vierte poco a poco el contenido de la urna hasta que toda la ceniza llena de color gris el logo del Caballero Oscuro. Se aparta y se queda observando, con tranquilidad, cómo el agua sube y baja, con el rumor de las pequeñas olas, mientras el mar va borrando trocito a trocito el símbolo, mientras Batman y Bill Finger desaparecen juntos.

El 18 de mayo de 1980, un terremoto sacude el monte Santa Helena, situado al norte de Oregón, y provoca el mayor desastre volcánico en la historia del país. Decenas de muertos, cientos de casas e infraestructuras destruidas y la parte exterior del volcán abierta de par en par. El caos que sigue a la erupción dura días y Fred decide irse a vivir a Nueva York. Hace cuatro años que tuvo a su hija Athena, pero no puede evitar las señales que le indican, internamente, que su relación con Bonnie no va a ningún sitio. Athena se queda al cuidado de su madre, con quien se va a vivir a Massachusetts, pero Fred emprende su regreso a la ciudad que nunca quiso abandonar su padre. Allí reside todavía su madre, Portia, y es allí de donde no volverá a salir en lo que le queda de vida.

Ese mismo año se celebra otra convención de cómics en Nueva York y, para asombro de lectores y medios de comunicación, DC Comics reparte una nota de prensa anunciando una presentación muy importante que «emocionará por igual al mundo del cómic y al del cine». El viernes 4 de julio, a las siete de la tarde, miles de fans y medios se congregan en la sala de la convención para descubrir de qué se trata.

La editorial, ahora presidida por Jenette Kahn, no ha reparado en gastos al producir unas chapas con el símbolo de Batman y la frase: «1980. El año del Hombre Murciélago.» Cuando se anuncia el inicio de la presentación, todos los asistentes observan a Bob Kane subir a la mesa, acompañado por un joven de pelo corto y gafas que se presenta a sí mismo como productor de cine. Les asegura a todos que la época en la que Batman era objeto de burla en la pequeña pantalla ha acabado y anuncia que, desde ese mismo instante, Hollywood prepara una adaptación cinematográfica oscura y siniestra, que devolverá a Batman a sus raíces, las mismas que desarrollaron Bob Kane, Bill Finger o Jerry Robinson en sus primeros meses. El público estalla en aplausos.

Kane recoge el relevo y asegura que ha visto lo que quieren hacer y está tranquilo, porque van a presentar a Batman como un héroe misterioso. El productor piensa para sus adentros que ésta es la decimoséptima convención a la que acude. No es un mero empresario del celuloide. Es alguien que está convirtiendo el sueño de su vida en realidad. Es un fan declarado que visitó las oficinas de DC hace algo más de quince años y obtuvo un dibujo de Superman firmado por el mismísimo Bill Finger. Es el fan que Julius Schwartz reconoció con un cómic bajo el brazo en esa misma visita. Es Michael Uslan, ahora situado al otro lado de la mesa de conferencias, alejado físicamente de la zona del público, pero con su corazón en ella. Su objetivo es conseguir una adaptación de Batman que rinda homenaje y respeto al material original. Aunque le costará todavía nueve años más llevarla a cabo, Uslan no desfallecerá ni un sólo día hasta el estreno.

Ajeno a la convención, los anuncios en los medios y a todo lo relacionado con Batman, Fred abre un restaurante en Nueva York, visita a su madre de vez en cuando y trata de encauzar su vida. Le ha costado años confesarlo, pero acepta quién es y revela a Portia su homosexualidad. A ella, que tiene amigos homosexuales en la ciudad, alguno actor de teatro al que van a ver actuar de vez en cuando, no le supone ningún problema aceptarlo. De lo que apenas suelen hablar es de Bill, quien Portia considera que era muy complicado y difícil de tratar en lo referente al dinero. Además, piensa que estaba lejos de ser un padre ideal, pero eso no quita mérito a su brillante creatividad. Sigue lamentando, incluso en ese momento años después de su muerte, que la verdad sobre su implicación en la creación de Batman permanezca oculta oficialmente. Siempre insta a su hijo a que reclame a DC las regalías que seguro que le corresponden por lo que escribió su padre, pero Fred hace caso omiso. Lo considera una pelea perdida antes de empezar, no quiere volver a hablar con ellos tras el frío trato que le dieron cuando los llamó para preguntarles si se hacían cargo de los cuadernos y archivos de su padre, así que prefiere centrarse en su trabajo como chef y olvidar esa etapa.

«¿Nunca has estado en DC Comics?» le pregunta Fred a su amigo Ian antes de

proponerle una visita a las oficinas. Lleva cuatro años viviendo en Nueva York y conoce bien la devoción de su amigo por los cómics. Le ha explicado lo que hizo su padre, para maravilla de Ian, y aunque no quería volver a pisar la editorial, la posibilidad de asombrarlo y marcarse un buen tanto es superior a sus fuerzas. Le dice que vayan ahora mismo a la avenida Lexington y es ahí cuando su amigo le para los pies. La editorial ya no está en esas oficinas. Lleva tanto tiempo desconectado que no sabe que, en 1984, DC está en el número 666 de la Quinta avenida. «Ah, vaya, el número de la bestia, ¿eh?», dice Fred con una sonrisa mientras parten hacia allí.

Un editor sale a recibirlos, intrigado por la presencia de Fred Finger en el edificio, y le pregunta qué lo trae por allí. Fred enseguida avisa que viene sólo como turista, para enseñarle la editorial a un amigo y, de paso, ver él mismo las nuevas oficinas. El editor le comenta que en los últimos diez años ha habido cambios en los pagos a los autores por las reimpressiones llevadas a cabo desde 1974. Si se espera un poco, tiene cheques para él por algunos guiones que escribió su padre. Fred no tenía ni idea. Con los cheques en la mano por valor de cien dólares por cada reimpresión de los últimos años, a Fred se le ocurre que podría revisar los cómics no acreditados y reconocer cuáles son de su padre y cuáles no. Su amigo Ian tiene una buena colección y está dispuesto a echar una mano. No va a ser una tarea fácil.

Fred rasca tiempo de donde puede y obtiene una lista con veinte cómics escritos por su padre con total seguridad, reimpresos durante los últimos diez años y que no están acreditados. Tras pasarse la infancia leyendo sus guiones antes que nadie, Fred reconocería el estilo de Bill en cualquier sitio. Llama a DC y los informa del descubrimiento para que procedan a registrar el crédito como guionista de su padre en esas historias y, de paso, agenciarse unos pocos cheques más. Pero la editorial le responde que sólo pagan por cómics reimpresos a partir de 1976, no de 1974. Fred comenta que eso no fue lo que le dijeron, pero sólo recibe a cambio otro comentario que le asegura que tampoco pagan por aquellos cómics con precio de portada de sesenta céntimos, sólo por los que cuestan un dólar. Visto el percal, Fred separa los cómics de un dólar y comprueba que la editorial no está por la labor de continuar ningún tipo de investigación sobre créditos de guionistas o dibujantes de antaño. «Tendrás que llevarlo a cabo tú mismo», le dicen.

Pero Fred no tiene tiempo para dedicarse a esto por entero. Del interés por rescatar la obra de su padre, pasa a un cabreo hacia la editorial latente a partir de este momento. «No tengo tiempo, sois vosotros los que tenéis un archivo con todos los cómics editados y un departamento capaz de rastrear e investigar todo esto mejor que yo», pero de nada sirven sus quejas. Fred contempla la opción de llamar a un abogado y enfrentarse a DC, pero el impulso cede ante la razón. Con eso se enfrascaría en un proceso caro y largo que lo consumiría. Y seguramente no conseguiría nada. El sentimiento de que le están tomando el pelo y que encima lo tratan como no deberían no acaba ahí.

En 1988, un año antes del estreno de la película *Batman* dirigida por Tim Burton



y protagonizada por Michael Keaton y Jack Nicholson, Fred vuelve a pasar por la editorial para ver si ha cambiado algo en este tiempo. Pero al entrar por la puerta, sólo recibe la siguiente bienvenida de un editor: «¿Qué estás haciendo aquí? No tengo nada para ti, así que ¿por qué no te marchas?» Es el último insulto, a él y a la memoria de su padre. Fred no cabe en sí de su asombro. No era su intención pedir dinero cuando entró en la editorial hace cuatro años. De hecho, fueron ellos los que le comentaron las regalías que tenían para él y ahora lo echan de allí como si nada. No lo entiende. Por todas partes ve anuncios del próximo estreno de *Batman* y por su mente pasa repetir lo que hicieron Jerry Siegel y Joe Shuster cuando se estrenó la primera película de Christopher Reeve hace ahora diez años: conseguir que restauraran su crédito como creadores del personaje y una compensación anual, todo gracias a Jerry Robinson. El primer pupilo de Bill Finger se alzó en armas a finales de los años setenta para darles a Siegel y Shuster parte de lo que se merecían. Las nuevas condiciones contractuales y de regalías lo hicieron posible y Robinson siempre ha sentido muy cercano lo que supone no aparecer acreditado correctamente.

Fred siente que si tuviera que ir tan lejos, podría hacerlo, podría causarle muchos problemas a DC con levantar un dedo. Sólo ha de contratar a un abogado, pagar a un equipo para que rastree todos los cómics para acreditar a Bill Finger y llamar a Jerry Robinson. Tiene su número y el de muchos colaboradores de su padre. Cree que si quedan algunos vivos, podrán corroborar que Bill estuvo presente en la creación de Batman y que nunca recibió el crédito que se merecía. En cambio, ahora que está muerto y no puede reclamar nada en una época en la que los derechos por los autores de cómic han cambiado tanto, se le da por sentado y se ignora económicamente su contribución. Sí es cierto que muchos lectores ya saben de su existencia, pero eso no se refleja en el crédito de creador de Batman, donde sólo figura Bob Kane.

Fred se siente capaz de hacer todo eso y más, pero al final, como si siguiera los pasos de su padre hace tantos años, continúa la tradición familiar y sufre en silencio. No llama a Robinson. No contrata a un abogado. No hace nada. Cuando lo entrevistan en algunas revistas especializadas con motivo del estreno de la película, Fred explica todo lo que piensa, pero a la hora de la verdad, igual que Bill habló en convenciones o entrevistas, pero se mantuvo en silencio al enfrentarse a DC, Fred se calla. La editorial procede a enviarle cheques por los cómics reimpresos desde ese momento en adelante, pero olvida el pasado y ni por asomo acredita a Bill como creador, sólo como guionista. No es suficiente. Pero es imposible hacer nada si la persona que se quedó con toda la fama y reconocimiento no modifica su discurso, si la persona que llevó a cabo el engaño hacia la editorial no se pronuncia y rectifica. No hay nada que hacer si Bob Kane, entrevistado por doquier y presente en el rodaje de la película como asesor creativo, sigue ante los focos manteniendo su mentira.

«Ah, sí, ahora iba a llegar a la parte sobre Bill», responde Bob Kane durante una

entrevista previa al estreno de la película. El entrevistador, después de escuchar durante largos minutos cómo Kane creó en solitario a Batman, le ha mencionado que en algún sitio ha leído sobre la colaboración de Bill Finger en la creación del personaje. Bob salta enseguida para comentar que sí, que Bill escribió las primeras historias de Batman, siempre matizando que él y sólo él tuvo la idea inicial y que su amigo únicamente «mejoró lo que él ya había hecho». Sin embargo, Kane ya no tiene la energía que mostró en su carta de 1965 y se nota en algunas declaraciones, incluso reconoce haber tenido dibujantes en la sombra. Los años le han demostrado que tiene su imperio bajo control y, además, Bill ya no está presente para quejarse ni reclamar nada. A estas alturas, a quién le va a importar. De hecho, Bob reconoce no tener ni idea de cuándo murió su cocreador, mencionando un «allá por los años sesenta» nada concreto y erróneo.

Cada dos preguntas parece que Bob cede un poco de espacio y acredita a Bill la creación del Pingüino, Catwoman o el Acertijo, pero tres frases después matiza «o quizá el Pingüino es mío, el tiempo erosiona la memoria», justo aquello que le echó en cara a su antiguo amigo lo utiliza para resguardarse de cualquier reconocimiento. Cuando el entrevistador le pregunta por qué no acreditó a Bill, Kane menciona una más de sus mentiras: «En aquella época sólo se acreditaba a un autor», cuando el ejemplo de Jerry Siegel y Joe Shuster acerca de Superman es más que evidente. Al igual que en el resto de la entrevista, a la deriva entre el arrepentimiento y el asentamiento de la versión que ha explicado durante todos estos años, en un breve instante Bob dice que Bill jamás le pidió aparecer acreditado y que él tampoco se ofreció voluntario a hacerlo. «Mi ego de entonces, supongo», concluye. Tan pronto parece que está ofreciendo algo de reconocimiento con una mano, como lo quita con la otra: «Yo también era un guionista en la sombra, pues las ideas nacían de lo que hablábamos ambos.» Con Kane, es imposible aferrarse a una única declaración, salvo la de que él es el único creador de Batman. Por ello, vistos los ejemplos de todos estos años, sorprende más lo que escribe en sus memorias.

Como toda una declaración de intenciones, *Batman y yo* es el título de la autobiografía de Bob Kane, publicada justo a tiempo para el estreno de la primera película de Tim Burton. En ella Kane habla sobre el proceso creativo mantenido con Bill y escribe lo que sin duda es lo más cerca que ha estado nunca de un reconocimiento oficial: «Ahora que mi amigo y colaborador ya no está, debo admitir que Bill nunca recibió la fama y el reconocimiento que se merecía. Fue un héroe no reconocido». Justo a continuación matiza que Bill llegó cuando él ya había creado al personaje, e incluso muestra unos bocetos fechados en 1934 donde el personaje aparece con alas, capucha y emblema en el pecho. Estos bocetos son claramente falsos y realizados en 1988 para la publicación de la biografía. Kane siempre ha reconocido, incluso en su propio libro, que Bill pensó en añadir una capucha, capa, guantes y emblema en 1939, por lo que ese boceto es imposible que se hiciera cinco años antes. Es una falacia más de las muchas que ha predicado estos años, pero en un

pequeño atisbo de limpieza de conciencia, Bob escribe: «A veces le digo a mi mujer que si pudiera viajar atrás en el tiempo quince años, antes de su muerte, me gustaría decirle: “Voy a poner tu nombre ahora. Te lo mereces.”» Una buena intención que queda en nada. Bob no llama a DC Comics ni modifica su contrato para que Finger pueda aparecer acreditado. Sólo lanza palabras vacías, cantos de sirena para confundir a todo aquel que lo escuche y crea que está haciendo enmienda, cuando en realidad lo único que hace es mantener firme su posición. Qué cabe esperar si, tiempo después, se descubre que su autobiografía no la escribió él, sino el historiador Thomas Andrae. Y a nadie le sorprende lo más mínimo. Ni siquiera a Kane.

Lo único que le interesa es el éxito mediático que obtiene *Batman*, asegurando una secuela al instante. El productor Michael Uslan ha cumplido su sueño de toda la vida y Bob Kane se nutre de él. Pasea por programas de televisión, realiza exposiciones en galerías de arte y camina por la alfombra roja del cine como si nadie más hubiera participado en moldear al personaje en sus primeros años. Jerry Robinson permanece fuera de plano y a Bill Finger ni se lo menciona. Lo único que le importa a Bob en ese momento es la fama y el dinero. A su manera, ha cumplido su sueño, ha conseguido escalar de la nada hasta la cima gracias a saber estar en el momento adecuado, pero su mérito debería ser compartido. Desde esa mención en su autobiografía, Bob Kane jamás volverá a nombrar a Bill en público. Pero no hace falta. Alguien lo hará.

Cada anuncio de televisión con el logo del murciélago, cada mención al inminente estreno de la película la pone más nerviosa. Necesita hacer algo y, aunque él no alzó la voz, ella lo hará. Desde su hogar de California, Lyn Simmons todavía recuerda lo que sufrió Bill por culpa de esa falta de reconocimiento, pero está convencida de que nunca es tarde. Escribe a Warner pidiendo que acrediten a su marido como creador junto a Bob Kane: «La verdad es que sin él seguramente no habría película de Batman que hacer.» Apela a todos los años de anonimato que sufrió su marido, les informa de que lleva fallecido desde 1974 y que nunca es tarde. Y no lo es, porque Warner responde. Y le dicen que están abiertos a acreditar a Bill Finger.

El 31 de marzo de 1989, Lyn envía una carta al estudio dejando bien claro lo que le han pedido: «Por la presente reniego para siempre de cualquier derecho o reclamación para mí o para William Finger de los beneficios que pueda generar la próxima película de Batman protagonizada por Jack Nicholson.» Más claro, imposible. Lyn no lo hace por el dinero. Sólo quiere rendir tributo a su marido, por encima de cualquier otra cosa. Al final de su misiva, se permite sugerirles una frase para los créditos: «En memoria de William Finger, quien ayudó a crear a Batman.» No pide nada más. No quiere más. Ni él ni su marido han querido nunca nada más. Y aunque la esperanza se abre paso y es más fuerte que cualquier otro sentimiento humano, aunque Lyn ya se está imaginando sentada en el cine con el nombre de su marido en la pantalla grande, asociado al personaje que tanto quería, cuando todo

parece encajar en su lugar, cuando quedan diez días para el estreno, Warner llama a Lyn y le da la noticia: no van a acreditar a Bill Finger.

Warner le transmite sus disculpas, se excusan en que reconocen el mérito de Bill pero han recibido consejo legal para no hacerlo y esperan que no esté demasiado decepcionada. Pero Lyn lo está. Y mucho. Más que decepcionada, está enfadada. Pensaba que Bill iba a recibir por fin lo que merecía y no va a ocurrir. No lo entiende. No comprende qué ha podido pasar, pero el camino que lleva de Warner a DC y de la editorial al contrato que tienen con Bob Kane, donde sólo puede aparecer él acreditado como creador, es más que evidente. Ni por asomo va a permitir que otro acapare el foco de atención en su momento de mayor gloria. «Si acreditáis a uno de los autores que contribuyó al personaje, tendréis que acreditarlos a todos», declara Kane ante Warner. No cuenta con que Lyn sabe devolver el golpe. Al día siguiente de recibir la llamada, el 14 de junio de 1989, escribe al *San Francisco Chronicle* para decir todo lo que lleva años callándose. Explica la implicación de Bill en el origen del Caballero Oscuro y apela a que se hagan eco de ello. También manda su mensaje a *Los Angeles Times* y a otros medios, muchos de los cuales publican noticias sobre Bill y la injusticia que le están haciendo.

Lyn responde entrevistas en las que habla de los cientos de cómics que escribió su marido, así como de las series de televisión o películas de bajo presupuesto. Lo describe como un hombre ensimismado en sus sueños, con los cómics como su auténtica identidad. Aunque al final todo el movimiento no sirve para obtener nada nuevo de Warner, Lyn triunfa al poner el trabajo de su marido en primer plano. Concluye sus declaraciones con el anhelo de que Bill todavía estuviese ahí con ella, porque pese a todo y aunque no tuviera crédito alguno en la película, seguro que disfrutaría muchísimo con el estreno. Con lo aficionado que era al cine, ver una producción como el *Batman* de Tim Burton habría sido un sueño hecho realidad para Bill. Y, más aún, habría sonreído ante el inconsciente guiño que le hacen en la escena de Vicki Vale en el museo. Cuando ella entra y la acompañan a una mesa, de fondo se escucha, sin ningún tipo de duda e inundando la sala de cine, la música de *Pequeña serenata nocturna*. Bill no sale acreditado, pero está presente.

En la otra punta del país, Fred no tiene tiempo para pensar en la película ni en Bob Kane ni en nada. Aunque siempre que conoce a gente nueva les habla de su padre y de lo que creó, más incluso con el éxito que tuvo la película y que aún resuena un año después, tiene otra preocupación en su cabeza. El pasado 2 de enero de 1990, su madre Portia murió en su apartamento de Manhattan con casi setenta años. Desde que se separó de Bill, nunca abandonó el último piso en el que vivieron y es allí a donde Fred iba a menudo a verla, evitando que le notase nada raro. Hace tres años que a Fred le comunicaron que tenía sida, y jamás se lo contó a Portia. La enfermedad, recién nacida en la conciencia social, despierta temor y pánico con sólo mencionarla. Fred trabaja en restaurantes, saltando de un lugar a otro, igual que en su vida privada. Convive con amigos, también enfermos de sida, y sobrevive como

puede hasta que su cuerpo no aguanta más. Fred Finger fallece el 15 de febrero de 1992, dejando un grato recuerdo en aquellos que pudieron llamarlo amigo. Pero si Fred vivió casi alejado de todo lo relacionado con Batman y su padre durante los últimos años, quien sí vive completamente ajena a todo es la joven de dieciséis años Athena, hija de Fred y única heredera de Bill. Vive tan alejada que en el mundo del cómic nadie sabe ni siquiera de su existencia.

Mientras se desata una batmanía muchísimo mayor que la que asoló medio mundo en los años sesenta gracias a la serie de televisión, Warner y DC preparan las siguientes adaptaciones cinematográficas de esa década. A la primera película le sigue *Batman vuelve*, con Michael Keaton y Tim Burton al frente de nuevo y, cómo no, Bob Kane detrás de las cámaras como asesor creativo. Se hace fotos con los actores y el director y promociona por doquier a su creación. La década de los noventa se inunda de murciélagos gracias a estos filmes y, aunque la secuela no cumple la expectativa del estudio, garantizan una tercera entrega con nuevo director y protagonista: Joel Schumacher y Val Kilmer. Para Bob, el cambio es para mejor e incluso declara que Kilmer es quien mejor ha capturado la esencia de su personaje. La película aligera su tono y Kane ríe las gracias y accede a todo. Cuando *Batman Forever* se convierte en una de las películas más taquilleras de 1995, sólo superada por *Toy Story*, una cuarta parte es inevitable y Bob Kane sigue alimentándose de su posición, de la que parece que ningún otro autor relacionado con Batman podrá disfrutar nunca.

Con lo que no contaba Kane era con que el disfrute se le acabaría también a él cuando *Batman y Robin* se convierte en una de las peores películas de 1997, con una recaudación paupérrima en comparación a su coste y ya no digamos a las expectativas. La película, de nuevo dirigida por Joel Schumacher y con George Clooney en el papel de Bruce Wayne, hace aguas por todas partes y finiquita una década de grandes beneficios para Warner, DC y Kane. Michael Uslan, el fan incansable, el productor que sigue confiando en su sueño, no se detendrá por este bache en el camino y pensará en maneras de devolver al auténtico Caballero Oscuro a la gran pantalla. Mientras Warner pone al personaje en cuarentena, Bob Kane reconoce la derrota y descansa por fin de los focos y los medios. Sigue afirmando que él es el único creador de Batman, que él consiguió, con la ayuda de Dios, dar vida a un personaje tan querido en todo el mundo. Está convencido de que cuando él ya no esté, Batman seguirá viviendo durante mucho tiempo. Y está tan seguro de su versión de la historia que la inscriben en la lápida de su tumba cuando Bob Kane muere el 3 de noviembre de 1998.

El legado que uno deja al morir es una combinación de la obra realizada, sea de la disciplina que sea, y de las personas a las que se llega, sean amigos, familiares o

hijos. Ahora, con Bill Finger y Bob Kane fuera de este mundo, mantener vivo su legado es una tarea asignada a la obra que dejan atrás o a aquellos que los conocieron en vida. Kane se ocupó de que lo que ambos crearon sólo tuviera a uno de los dos como artífice oficial. Hasta el último momento, e incluso en el epitafio de su tumba, deja claro que Batman es sólo su creación. Pero con lo que Bob no contaba era que Bill se rodearía de gente que seguiría defendiendo su participación. Una de las personas que más ha abogado siempre por su antiguo mentor y amigo es Jerry Robinson. Ahora que llega el nuevo siglo, cuando hace dos años que ha muerto Bob Kane, Jerry sigue respondiendo de vez en cuando entrevistas sobre los primeros años del mundo del cómic. También asiste a convenciones donde conoce a autores que se han encargado de Batman en los últimos años, como el dibujante Graham Nolan. Al conocer a tantos autores que han participado en el personaje y que son acreditados como tal a día de hoy, Jerry siente pena al recordar lo que pasó su mentor, porque si bien él ha conseguido ahora el reconocimiento, sabe que de haber vivido unos años más, Bill también lo habría podido disfrutar.

Sobre todo cuando le han dedicado distintos homenajes en los últimos quince años, el primero de ellos incluso de la propia DC. La presidenta Jenette Kahn, junto a Paul Levitz, aquel editor recién llegado que pagó el último cheque por adelantado a Bill y que ahora se sienta en la silla de vicepresidente de la editorial, prepararon un libro titulado *50 que hicieron grande a DC*, lanzado en 1985 con motivo del cincuenta aniversario de la compañía. El volumen, dedicado a resaltar cincuenta autores que de una manera u otra marcaron a la editorial, incluyó una página dedicada a Bill Finger, en la que se explicó cómo fue él quien desarrolló la idea de Batman junto a Kane. Este libro supuso la primera vez, más allá de las necrológicas que siguieron a su fallecimiento, en que se editó un volumen oficial dejando constancia del trabajo de Finger en la creación del Hombre Murciélago. Incluso Kane definió en esa página a Bill como «el héroe no reconocido» de Batman, las mismas palabras que usara años después en su biografía. Este libro, por muy relevante que fuera en su día, no fue suficiente como para cambiar nada de manera oficial. Robinson ha seguido predicando desde entonces y hasta hoy ante todo aquel que le preguntase sobre las bondades de Bill. Sus ecos resuenan, porque en 1994 y 1999, Bill Finger es homenajeado con los póstumos premios Kirby y Eisner al reconocimiento de una carrera. Pero para Jerry, de nuevo, no es suficiente.

Desde la publicación de aquel libro, desde los premios en años sucesivos, Jerry quiere algo que de verdad haga justicia a Bill Finger. Y tras insistir y solicitarlo, tras pelearlo y argumentarlo, obtiene por fin, en 2005, su deseo. La convención de San Diego, el evento más importante del mundo del cómic en todo el año; el que acapara más miradas; el que da cita a los estudios de cine para que anuncien sus películas; el que moviliza a las editoriales para que hagan desfilar a sus autores; el que convoca mesas redondas multitudinarias que ensombrecerían a la primera a la que se asomó Bill en Nueva York hace cuarenta años; el evento del año, en definitiva; allí es donde

Jerry Robinson obtiene su victoria en nombre de Finger.

La convención accede e insta un nuevo premio a partir de ese año. Si en San Diego ya se encargan de entregar los Premios Eisner, considerados como los Óscar del cómic, a partir de ahora acogerán el Premio Bill Finger a la Excelencia en Guiones de Cómic. Pocas veces el nombre de un premio ha definido tan bien y ha servido mejor homenaje que éste. Jerry Robinson, emocionado, dibuja un perfil de Finger que servirá para grabarlo en la placa que se entregue como premio. Las normas del Premio Bill Finger son muy simples: cada año, y a través de un jurado, se anunciarán dos guionistas premiados, uno de ellos fallecido y otro todavía vivo. De esa manera, Robinson se asegura de cumplir algo con lo que Bill habría estado especialmente orgulloso: premiar el pasado a la vez que se valora el presente. No olvidar de dónde se viene, pero tampoco dejar escapar la oportunidad de reconocer el mérito a alguno de los muchos autores que han dedicado toda su vida a este medio y que aún están entre nosotros para agradecerlo. El propio Jerry Robinson se encarga de entregar el premio a Arnold Drake, guionista partícipe en su día del intento de sindicato en que estuvo implicado Bill. Ahora le toca a un guionista fallecido y Jerry, como no puede ser de otra forma, nombra a Jerry Siegel, creador junto al dibujante Joe Shuster de Superman. En 2005, mientras Jerry Robinson habla a la audiencia rememorando al agraciado, con la placa que contiene el retrato de su mentor en su mano, los nombres de Bill Finger y Jerry Siegel se unen en uno solo.

El templo dedicado a la educación conocido como el instituto de secundaria DeWitt Clinton permanece impasible al paso del tiempo. Entre sus muros se guardan los recuerdos y anhelos de todos los estudiantes que han pasado por sus aulas. En sus archivos, en silencio y bajo ingentes capas de polvo, descansa ajena al vaivén del día a día toda información sobre antiguos alumnos. Este instituto es la primera parada de Marc Tyler Nobleman, autor de decenas de cuentos para niños que centra su atención en Bill Finger. Tras un cuento ilustrado sobre Jerry Siegel y Joe Shuster, cree que en la vida de Bill reside una historia que podría ser evocadora y necesaria. En junio de 2006 entra junto al historiador del instituto para rastrear cualquier tipo de pista sobre Finger. Sólo es el primer paso de todos los que le quedan por dar.

Las intervenciones de Bill fueron muy escasas a lo largo de su existencia y con Fred fallecido a los cuarenta y tres años de edad, no queda, hasta donde su conocimiento alcanza, ningún pariente con vida. Al principio parece que la búsqueda de información supondrá un reto, pero el día 23 de ese mismo mes consigue el primero de los muchos éxitos por venir: contacta con Lyn Simmons. Ella, agradecida y sorprendida por igual ante el hecho de que alguien esté investigando a Bill, le explica con detalle todo lo que recuerda. Aparte de este contacto, la bibliografía de Nobleman crece imparable con entrevistas a cientos de personas, entre autores, editores, conocidos, historiadores... De entre todas las personas con las que se

entrevista, resalta Jerry Robinson, dispuesto a recibirlo en su casa y mostrarle una página escrita a mano por Finger, extraída del libro de visitas que tenía en su casa en 1942, donde dejaba que todos anotaran algo para el recuerdo. Otro gran hombre que accede a hablar con él en persona es Charles Sinclair, quien tras un buen rato de charla sobre los guiones para televisión que hicieron juntos, se levanta de su silla, se acerca a un estante y le muestra a Nobleman un pisapapeles con forma de escarabajo dorado. Se lo dio Fred cuando se hizo cargo de la limpieza del piso de Bill tras su muerte. Charles le dice a Nobleman que se lo quede. Pero él se niega, se siente enormemente agradecido pero no cree ser digno de semejante obsequio. Charles insiste, tiene otros recuerdos de Bill y cree que a éste al menos podrían darle mejor uso. Nobleman vuelve a su casa y escribe su cuento ilustrado con el pisapapeles reposando a su lado. Cuando lo inviten a algunas convenciones, lo llevará consigo para compartir con el público un pedazo de la vida de Bill. Este es un proyecto que ha dejado de ser sólo un libro para él, se acaba de convertir en una misión.

A cada dato rastreado, Nobleman siente la necesidad de seguir, imparable, incansable, hasta la siguiente pieza de información. Al indagar sobre Fred, sólo da con alguien llamado Charles Shaheen, que al parecer se quedó con las pertenencias del hijo de Bill al morir, y un tal Jesse Maloney, un hombre que solía pasar mucho tiempo con el ya fallecido Shaheen. Pero nada más. Un callejón sin salida imposible de rastrear. Sin embargo, tiene más suerte con la familia de Portia. Llama por teléfono a los sobrinos de la primera mujer de Finger y, cuando responden al otro lado de la línea, se sorprenden de que alguien pregunte por el tío Bill. A los pocos minutos, ellos le devuelven la sorpresa al preguntarle si ha hablado con Athena, su nieta. Nobleman no puede procesarlo. Bill Finger tiene una nieta y nadie sabe de su existencia.

Como si acabara de descubrir la piedra de Rosetta, Nobleman busca como un loco algún dato más sobre ella, con el nombre de Athena como única pista. Por suerte, y contra todo pronóstico, la encuentra rápido. Tiene un perfil en MySpace. Y pone que su perro se llama Bruce Wayne. Es ella. Tiene que ser ella. Y lo es.

El 17 de febrero de 2007, Nobleman da el primer paso que hará que el mundo entero descubra que Bill Finger tiene una heredera. Athena está completamente desconectada del tema, aunque sabe desde siempre de la implicación de su abuelo con Batman. Es algo que es de dominio público en su familia. Pero Nobleman le explica que Fred dejó sus pertenencias a Charles Shaheen, el hombre con el que vivía. Además, según lo que descubrió hace unos meses, DC le estuvo enviando cheques a este hombre. A raíz de lo que habló Fred con DC en los años ochenta, la editorial empezó a enviarle regalías por los guiones de su padre y, al fallecer, éstas pasaron a Charles Shaheen al figurar como heredero de Fred. Desde la muerte de Shaheen, los cheques ya no salen desde DC y Nobleman cree que es hora de que vuelvan a enviarlos donde corresponde. Pero cuando la nieta de Bill Finger contacta con DC, la editorial le comunica que ya están enviando cheques a nombre de su



abuelo. Según les consta, los envían a Jesse Maloney, hermano de Fred.

El amigo en común que tenían Shaheen y Fred se ha hecho pasar por familiar de Finger para obtener así unos cheques que en absoluto le corresponden. Athena no quiere hablar del tema porque sólo le provoca sentimientos negativos y considera que es mejor aferrarse a lo bueno y a lo positivo para seguir adelante. No entiende por qué ese hombre hizo lo que hizo, pero tampoco quiere saberlo. Con sus documentos en la mano, Athena demuestra ante DC que tanto ella como su hijo Benjamin, nacido hace cinco años, en 2002, son familiares y auténticos herederos de Bill Finger. Desde ese mismo instante, los cheques vuelven a su hogar, ella visita DC Comics y el presidente en ese momento de la compañía, Paul Levitz, le entrega una copia de uno de los pocos guiones que sobreviven de su abuelo. Estaba guardado en los archivos de la editorial, pero Levitz cree que estará mucho mejor con la nieta de quien lo escribió.

Con esta buena acción, mucho más de lo que jamás llegó a imaginar que conseguiría, Marc Tyler Nobleman no se detiene. Warner Bros anuncia la secuela de la exitosa *Batman Begins*, la nueva versión del personaje en la gran pantalla dirigida por Christopher Nolan y producida, de nuevo, por el incansable Michael Uslan. Esta adaptación devuelve el aspecto más serio, adulto y misterioso de Batman al gran público y su segunda parte, *El Caballero Oscuro*, está lista para su estreno en 2008. Nobleman recuerda que Lyn estuvo a punto de conseguir la acreditación de Bill en la primera película de Tim Burton, pero, aunque al final no pudo ser, quiere intentarlo una vez más.

El 10 de diciembre de 2007, Marc envía un *e-mail* a DC donde pide que se considere incluir a Bill Finger en los créditos de *El Caballero Oscuro*. Él mismo sabe de las complicaciones legales con los herederos de Kane como para verlo como cocreador junto a Bob, pero se las ingenia para pedirlo de otra manera, con algo como: «A Batman lo llamaron por primera vez Caballero Oscuro en el *Batman 1* de 1940, una historia escrita por Bill Finger.» Nobleman remata con que «el título de la película no va a llevar el nombre de Batman, sino una descripción acuñada por Finger». Buenos argumentos, con previsible respuesta. La editorial envía un escueto y educado: «Agradecemos tu pasión por nuestros personajes, pero no hay planes para acreditar a Bill en *El Caballero Oscuro*.» Marc contraataca matizando que no quiere ningún crédito ambiguo que dé a entender que fue cocreador, sólo mencionar que escribió una historia del personaje en concreto, algo que no difiere mucho de cuando lo acreditan en las reimpressiones de sus cómics. La respuesta de DC, contundente: «Con el debido respeto, esta conversación se ha acabado.»

Sin posibilidad de réplica, Nobleman encauza sus esfuerzos en otra dirección. Termina el borrador de su libro, habla con el dibujante Ty Templeton para recrear de la manera más fidedigna posible todas las ilustraciones que acompañarán a su cuento infantil y comparte públicamente todos sus descubrimientos desde su página web. Años después de empezar su investigación en 2006, incluso años después del lanzamiento de su libro, Marc Tyler Nobleman sigue desempeñando la tarea que se

ha convertido en su misión personal, sigue defendiendo la figura del auténtico creador de Batman, ya sea con la petición internacional para que Google le dedique su página principal en su centenario o apoyando documentales creados para mantener, décadas después de que nos dejara, la llama encendida en recuerdo de Bill Finger.

La fiesta del preestreno de *El Caballero Oscuro* se celebra por todo lo alto en el verano de 2008, con el reparto al completo, el director, los productores y cientos de invitados. Por primera vez en la historia, un miembro de la familia Finger se pasea entre ellos. Athena, sin saber muy bien cómo interactuar con esta gente, recae en manos de su anfitrión Paul Levitz, quien, como presidente de DC, le presenta al productor Michael Uslan. Una vez más, gente marcada de un modo u otro por Bill Finger acaba encontrándose. Lo mejor viene a continuación, porque cuando Uslan quiere presentarle a Jerry Robinson, éstos ya se conocen. El pasado mes de octubre, Robinson asistió a una conferencia en Miami junto al autor Brad Meltzer y, entre el público, apareció Athena para confesar que era la nieta de Bill y poder así intercambiar opiniones con un emocionado Jerry.

Cuando llega el momento de ir al cine, Uslan entra con su familia en la limusina que los lleva hasta la alfombra roja, a lo que Robinson dice que prefiere entrar por la puerta de atrás del cine, sin hacer ruido. Uslan no piensa permitírselo y lo lleva con ellos hasta la entrada. Una vez allí, todos los medios fotografían y graban a los actores principales, pero Michael sabe exactamente lo que tiene que decir para cumplir con su plan: «¡Atención! ¡Aquí está Jerry Robinson, cocreador del Joker!» No hace falta decir más. La vorágine de *flashes* y cámaras giran su foco y apuntan a Jerry, que tarda siglos en entrar al cine. Todos le quieren preguntar sobre el principal villano de la película, sobre el enemigo más famoso del mundo del cómic, y Uslan se siente realizado. Como él mismo explicará poco después en sus memorias, que los medios de comunicación se centren en masa en uno de los autores que dio forma al cómic americano como lo conocemos, en alguien que ha contribuido al folclore del país y ha creado parte de esta mitología contemporánea, es un objetivo cumplido para él. Porque Uslan además de productor, además de ser el primero en conseguir un curso de análisis literario sobre cómics en una universidad, es y siempre ha sido un fan. Y como fan, no hay mayor recompensa, por más que *El Caballero Oscuro* recaude mil millones de dólares, que cuando en ese momento dejan atrás la alfombra roja y Robinson le confiesa que está siendo uno de los mejores días de su vida. Y si Bill Finger hubiera llegado a verlo, qué duda cabe de que para él también. Millones de personas abrazan los conceptos que él cocreó y dio forma. No es para menos.

El éxito de esta película garantiza una tercera y última entrega de la mano del director Christopher Nolan, con su estreno fijado en 2012. Para entonces, la interpretación de Christian Bale como Bruce Wayne se ha convertido en canónica, así

como la versión del Joker de Heath Ledger. Miles de camisetas o disfraces recuerdan al Payaso del Crimen. Lo que Bill Finger y Jerry Robinson concibieron en aquel lejano *Batman 1* de 1940, donde apareció por primera vez el Joker, sirvió de inspiración precisamente para la película *El Caballero Oscuro*, con un Joker que asesina a varias personas sin siquiera estar presente o se infiltra de policía para pasar desapercibido. Todos estos elementos nacen de la visión que tuvieron Finger y Robinson, por lo que entre el éxito de la película, la nueva integración del villano en el imaginario colectivo y el reconocimiento dado en vida al que fuera uno de los primeros dibujantes en la sombra de Kane, no es de extrañar que Jerry Robinson sea capaz de despedirse de este mundo el 7 de diciembre de 2011 con una sensación de plenitud. Su corazón, siempre dispuesto a ayudar a los demás, cede ahora el testigo a su hijo Jens, quien sigue la labor de ayudar y mantener el legado que hizo de su padre uno de los autores más queridos y honrados del mundo del cómic. No hubo nadie que defendiera tanto a Bill Finger como él y es justo que todos los que alaban la labor de Finger hoy, rindan siempre tributo a quien fuera su primer gran amigo y pupilo.

En verano de 2012, Batman vuelve a las pantallas de cine con *El Caballero Oscuro: La leyenda renace* y, de nuevo, el preestreno de la película cuenta con la presencia de Athena y su hijo Benjamin, quien ahora con diez años es capaz de disfrutar mucho más del evento y de lo que supone compartir el legado de su bisabuelo. Athena, acompañada de Paul Levitz o Michael Uslan, intercambia las pocas palabras que le salen con el director Christopher Nolan o con los diversos actores. Al igual que hiciera en 2008, Uslan presenta a Athena ante todos y cada uno de los actores que dan vida a los personajes cocreados por su abuelo. Michael Caine como Alfred o Gary Oldman como el comisario Gordon la abrazan y se alegran de conocerla. Anne Hathaway, actriz que da vida a Catwoman, incluso demuestra conocer parte de la historia de Bill y se emociona al saber de Athena, aunque para ella el mejor de todos es Danny DeVito. El Pingüino de la película *Batman vuelve* de 1992 no se pierde ni uno sólo de los preestrenos de adaptaciones posteriores y, al ver a Athena, se permite interpretar, para risa de los asistentes, al famoso villano al que dio vida hace dos décadas, disfrutando de ser parte de un legado que dura más de setenta años.

Athena observa a su alrededor y entre gente muy agradable y otros algo altivos, descubre que el mundo de Hollywood es extraño y algo falso, como si todos necesitaran demostrar algo que no son sólo por encontrarse donde están. La actitud de algunos actores, muy campechanos, le encanta, pero en otros ve cierta distancia que no comprende, cierto halo de mentira. Desearía que se relajaran un poco y disfrutaran más del ambiente, como DeVito. Formar parte de esto es algo que sólo ocurre una vez en la vida y si bien en los estrenos de las películas anteriores sólo estaba Bob Kane codeándose y fotografiándose con todo el mundo, como si él fuese más importante que el personaje en sí, Athena no cae en el mismo error. Ella se mantiene algo

apartada, alejada de los focos, y se permite, desde esa posición, darse cuenta de una cosa que planea sobre todos los presentes. De no ser por su abuelo, nada de esto habría pasado. De no ser por Bill Finger, no habría existido Batman tal como lo conocemos. No habría habido películas multimillonarias, ni estos actores y directores habrían tenido estos papeles, ni toda la maquinaria en torno al Hombre Murciélago daría los beneficios que da. El panorama de la cultura popular de nuestro tiempo sería completamente distinto de no ser por él. Sin Bill Finger, nada habría sido posible. Y así, desde un rincón de la fiesta, alejada del ruido, en un segundo plano, Athena alza una copa y brinda por su abuelo.

# ANEXO

## Carta de Bob Kane de 1965

Traducción realizada con el consentimiento de Roy Thomas, a partir del original publicado en *Alter Ego*, volumen 2, número 3 (invierno de 1999)

14 de septiembre de 1965

CARTA ABIERTA A TODOS LOS BATMANÍACOS

Querido Biljo:

Primero, me gustaría agradecer tu dedicación al perpetuar la leyenda de Batman con tu *fanzine Batmania*, un gesto muy constructivo por tu parte. Me gustaría decirte que he estado leyéndolo con gran interés desde el primer número, pero que, debido a una agenda muy apretada, no he encontrado tiempo para escribirte hasta ahora.

Ahora, Biljo, me gustaría dejar las cosas claras de una vez por todas en cuanto a los muchos «mitos» y «conjeturas» que leo sobre mí y mi creación, Batman. No hago más que leer «conjeturas» sobre mí porque muchas se escriben sin mi asesoría o consejo, por lo que es imposible que sea la verdad, ¿cómo puede ser que un artículo sobre mí o Batman sea verídico si no se me pregunta o entrevista? Siendo esto así, lo que escriben en estos artículos es lo que ellos *creen* que es verdad tras recibir información de segundas o terceras personas, de modo que lo que acabo leyendo está tan distorsionado que no puedo creer que estén hablando de mí. (También hacen esto con las estrellas de cine, a las que nunca entrevistan).

Sin embargo, es cierto que se escribe mucho sobre Batman porque está muy expuesto públicamente, pero poco se sabe de la persona de Bob Kane, su creador, porque no he concedido muchas entrevistas. Así que aquí va, por primera vez, directo desde la fuente: la auténtica historia sobre mí y Batman, sin dejar nada en el tintero. Voy a derrocar los mitos sobre mí y a contar la auténtica verdad sobre la leyenda de Batman. Así que abrochaos los cinturones, batmaníacos, porque empiezan los fuegos artificiales.

Podemos llamar a esta historia «Bob Kane desde dentro» o «¡Que el auténtico creador de Batman se ponga en pie!».

El mito: Bob Kane no es el único creador de Batman. He leído eso miles de veces. Batman fue creado en realidad por Bill Finger, Jerry Robinson, Carmine Infantino, Jack Schiff, Julie Schwartz, mi editor, etc., etc., ¡y mi casera!

La verdad: ¡Sandeces! Yo, Bob Kane, soy el único creador de Batman. Creé a Batman en 1939 y apareció, si la memoria no me falla, en *Detective Comics*, como una historia de seis u ocho páginas. Yo firmé esa historia como «Robert Kane».

Leí el artículo que me enviaste, «Si la verdad se supiera», y me parece que Bill Finger da a entender que él, y no yo, creó a Batman, así como a Robin y a otros villanos y personajes importantes. Esta afirmación es fraudulenta y completamente falsa. Eso es mito y cito un fragmento del artículo escrito por Jerry G. Bails: «La capa y la capucha, el cinturón utilitario y los guanteletes son contribución de Bill.»

Además, el artículo también dice, y cito: «Bill también creó a Robin, por supuesto, y al comisario Gordon (que aparece en la primera historia de Batman), a Alfred, al Pingüino, a Catwoman, etcétera.» Desafío a Bill a que me repita eso a la cara. Siento haber estado ausente de la convención, porque podría haberle respondido ahí mismo. La verdad es que Bill Finger se está atribuyendo más crédito del que merece y rechazo la inmensa mayoría de sus declaraciones con esta carta. El hecho es que concebí a Batman, a su figura y disfraz, por mí mismo antes incluso de llamar a Bill para que me ayudara a escribirlo. Yo creé el título, cabecera, formato y concepto, así como el traje y figura de Batman. Robin, el Chico Maravilla, también fue idea mía, no de Bill.

La única prueba que necesito para reforzar mi argumento es que si Bill hubiera sido coautor y hubiera concebido la idea, conmigo o antes que yo, entonces habría tenido crédito en la historia, junto a mi nombre, igual que Siegel y Shuster figuran como creadores de Superman. Sin embargo, como es obvio, sólo aparece mi nombre, lo que demuestra que yo tuve la idea primero y luego llamé a Bill, sólo después de que mi editor diera luz verde a mi creación original.

(Atención, Jerry G. Bails, la autoproclamada autoridad en Batman. Si Bill Finger creó a Batman, como escribiste, ¿dónde está el nombre de Bill Finger en los créditos? Su ausencia es notoria, ¿no?)

Ahora bien, Biljo, para ser justos con Bill, admitiré que él fue una influencia al ayudarme a dar forma a la historia e incluso creó a algunos personajes, pero los principales y muchos más son míos, incluyendo el Batmóvil. Han pasado veinticinco años y, la verdad sea dicha, a veces el tiempo erosiona la memoria y es difícil separar el mito de la verdad, así que no puedo culpar a Bill si su memoria se nubla a veces.

Una nota aparte para Jerry G. Bails: debería demandarte por tergiversación y distorsión de la verdad en tu «Artículo sobre Finger», que especula de manera descarada con la idea de que Bill Finger fue el auténtico creador de Batman y no Bob Kane. Tu artículo es engañoso, está lleno de mentiras alimentadas por los delirios de grandeza de Finger.

Permítame decirle, Sr. Bails, que antes de escribir y publicar con tanta convicción que Bill Finger es el creador real y la auténtica fuerza detrás de Batman, ¿no cree que debería haber confirmado el asunto conmigo, para verificar y clarificar los comentarios de Bill Finger? Después de todo, he tenido algo que ver con Batman, ¿no cree? Pero, claro, usted minimiza mi papel en la creación y maximiza el de Bill

Finger, sólo porque ha escuchado una parte de la historia, la de Finger. Estoy seguro de que ha oído alguna vez que la verdad tiene dos caras, ¿no? De cualquier modo, ya ha escuchado mi opinión. ¿Todavía está convencido de la inmortalidad de Finger en este asunto?

Estoy harto de los que hablan sin saber, como usted, que durante años ha escrito verdades distorsionadas y falsedades sobre cómo se creó a Batman y quién lo hizo, recibiendo información de fuentes dudosas, cuando lo más fácil habría sido contactar conmigo, el único creador de Batman, para obtener la verdadera historia. Esto también se podría haber demostrado fácilmente preguntando a mi editor o mirando el crédito de «Bob Kane» en los cómics.

Me gustaría dejar claro también, Sr. Bails, que aunque Bill Finger escribía literalmente los guiones con su máquina, lo hacía gracias a las ideas que los dos teníamos. Gran parte de los conceptos originales y de los giros de la trama venían de mi propia y fértil imaginación. Yo no era sólo un pelele dibujante, que sigue los guiones sin contribuir con nada más allá de su trabajo.

Escribí muchas historias «en silencio», dándole a Bill la premisa para que él la desarrollara (seguro que Bill no mencionó esto, ¿verdad?).

Verá, yo también soy guionista, aunque no es algo que sepa todo el mundo. El problema era que no tenía tiempo para escribir y dibujar el cómic a la vez. Sin embargo, sí escribí personalmente muchas de mis primeras creaciones como Clip Carson, Rusty y sus amigos o Gingersnap, incluso antes de que el Sr. Finger se uniera a la causa.

El mito (continúo): El «nuevo estilo» de Batman. Se ha insinuado, y a veces hasta declarado abiertamente, que yo no dibujo el «nuevo estilo» de Batman, que estoy retirado y fuera de escena. Muchos de mis fans creen que Carmine Infantino se ha hecho con el personaje y por ello muchos de ellos preguntan a través de tu *fanzine*, preocupados, quién entinta, dibuja o rotula el cómic.

La verdad: Antes de nada, déjame aclarar que yo dibujo el noventa por ciento de todas las historias de Batman. Yo hago todas las historias de la serie bimestral *Batman* y comparto *Detective Comics* con Infantino, quien dibuja una de cada dos. Infantino hace las portadas de ambas series. En cuanto al entintado y la rotulación, no estoy muy seguro de quién finaliza mis lápices, pero el resultado es bueno, así que no me importa.

Sí sé una cosa: en la «Edad de Oro» de Batman, en los años treinta y cuarenta, yo dibujaba, entintaba y rotulaba el cómic yo solo.

Me han preguntado a menudo si el «nuevo estilo» de Batman es mejor que el antiguo. Mi respuesta es: «¡Por supuesto que no!» (Aunque hay aspectos del «nuevo estilo» que me gustan más). Creo que mi estilo original era único e individual, reflejaba mejor mi auténtico yo. Cualquier inmortalidad que disfrute Batman le viene dada

gracias a mi estilo original, que duró veinte años, y no al «nuevo estilo», que tiene sólo un par de años de vida, pese a que sea un estilo más de ilustración y realista (como el de todo el mundo). Sin embargo, donde fueres, haz lo que vieres, y a petición de la editorial, para actualizar al personaje, este cambio de tono fue necesario, lo que significa: sigue al rebaño y haz lo que hacen los demás para continuar triunfando (como cuando surgieron imitadores de Alex Raymond en su día).

También he leído comentarios en tu *fanzine* sobre que el dibujo de Infantino es mejor que el mío.

Vamos a dejarlo claro: Infantino es mejor ilustrador de lo que yo seré nunca, mientras que lo que yo intento es combinar mi estilo antiguo con el ilustrado del «nuevo estilo». Creo que Carmine es un dibujante muy bueno, pero no captura la esencia de Batman en absoluto. En sus propias series, es excelso y creo que hasta demasiado bueno para ser dibujante de cómics. Podría haber sido un ilustrador excepcional.

Hay un viejo dicho: «Para el vencedor, los despojos», y después de lo dicho y hecho sobre quién hace qué en Batman, sin desestimar la ayuda que he recibido, estoy seguro de que en el folclore de las leyendas de la historia del cómic, Bob Kane, y nadie más, será recordado como el creador de Batman.

El problema de ser un dibujante o guionista en la sombra es que debes permanecer sin crédito y anónimo. Sin embargo, si alguien quiere crédito, entonces ha de dejar de estar en la sombra y convertirse en un líder o innovador. (Seguro que aquí encontramos una moraleja para aspirantes a dibujantes o guionistas).

Para ir acabando, Biljo, me gustaría decirte que tengo algunas noticias muy emocionantes. Primero, Batman llega a la televisión y, juzgando por tu última portada de *Batmania*, me parece que o eres clarividente o ya te ha llegado alguna información al respecto.

ABC y 20<sup>th</sup> Century Fox se unen para realizar un piloto a todo color de una hora de duración. La serie se emitirá en horario de máxima audiencia, a las siete y media, y debería llegar a vuestras pantallas el próximo septiembre, iniciando la temporada de 1966. Va a ser una serie de máximo presupuesto y están volcándose por entero en ella. Están construyendo un Batmóvil con millones de artilugios que hará que el vehículo de *Goldfinger* parezca un carricoche. Saldrán algunos de los villanos que he creado como el Joker, el Acertijo, Catwoman, etcétera. Esta va a ser una serie imprescindible y aportará innovaciones emocionantes que no quiero revelar del todo.

Es el momento perfecto para una serie de Batman, que siga la histeria desatada por James Bond, *Man from U.N.C.L.E.* y otros imitadores. ¿Sabías que creé a Batman unos diez años antes de que Ian Fleming concibiera a James Bond?

Les ha costado algo de tiempo darse cuenta de que Batman podía mejorar, pero



parece ser que este año, tras celebrar veinticinco años de fama ininterrumpida, al Hombre Murciélago le ha llegado el momento de la remontada, y los elogios dirigidos tanto a él como a mí llegan de todas partes: un artículo de *Newsweek* clama que «Batman se ha convertido en objeto de coleccionistas». El San Francisco Pop Ballet tiene un Batman enorme detrás del escenario en mi honor, la primera vez que usan un héroe de cómic en un *ballet*. Han escrito reseñas en varios periódicos, incluso en la revista *Time*, y estoy emocionado por este renovado interés en mis indestructibles héroes y en la serie de televisión. Es emocionante ver en vida cómo se reconoce a Batman como una leyenda.

La segunda noticia que quiero mencionarte es una exposición de Batman que haré en Nueva York, en el Carlton House, entre noviembre y diciembre. Ya te haré saber la fecha exacta, así podrás avisar a todos mis fans que quieran asistir a este evento sin precedentes.

Los cuadros mostrarán dibujos en tres dimensiones que harán que los personajes parezcan reales. Lo hago para la fundación contra el cáncer y será un evento benéfico, a cuya apertura se podrá ir de etiqueta. Habrá todo tipo de ilustraciones de Batman y Robin, algunas en acción, otras como retrato. También estarán todos mis villanos: el Joker, Clayface, Batwoman, Catwoman y el Pingüino.

Los precios de los cuadros serán elevados, pero cuento con los ricos mecenas del Arte Pop para comprarlos. Yo firmaré personalmente los catálogos a cambio de una cantidad simbólica, para que los jóvenes puedan permitírselos.

Bueno, Biljo, amigo mío, esto ya parece mi autobiografía, pero he pensado que estaría bien hacerme oír por una vez. Creo que he permanecido callado mucho tiempo ante demasiadas opiniones y ya me he cansado de escuchar lo que dice la gente, citándome mal o tergiversando la verdad.

Como éste es el primer documento completo y exhaustivo que escribo, te sugiero que guardes este original para que algún día los historiadores del cómic puedan valorarlo en su justa medida y ponerlo a buen recaudo. Así podrán citar al auténtico Bob Kane, en vez de obtener información de segunda mano que es genuinamente falsa.

De cara al futuro, Biljo, me gustaría nombrarte guardián no oficial de todo lo relacionado con Batman. Permíteme sugerirte que si quieres conocer hechos sobre mí o Batman, por favor escribas a la fuente original o a mí mismo para obtener la verdad, en lugar de hacer suposiciones. En el futuro, estaré encantado de ayudaros a ti y a mis fans con cualquier información que necesitéis.

Buena suerte a ti y a todos los coleccionistas de Batman, deseo que sigas disfrutando con el éxito de tu *fanzine* y gracias de nuevo por tu interés personal en mi héroe y en mí.

Con los mejores deseos, BOB KANE

P.D.: Apreciaría que dedicaras tu próximo número a mi documento íntegro, creo que es importante contarle esto a los fans, de una vez por todas, de la manera más sincera posible. Estoy seguro de que esta carta abierta será bienvenida por aquellos de mis lectores que jamás hayan oído un comentario verídico sobre la faceta personal de Bob Kane directamente de la boca del propio Bob Kane.

Gracias de nuevo.

En el próximo número de *Playboy* aparecerá un artículo sobre los héroes del cómic y sus creadores de la «Edad de Oro» por Jules Feiffer. ¡Buscadlo!

# BIBLIOGRAFÍA

«Díselo, junto con todos los sucesos que me han llevado... El resto es silencio»

*Hamlet*, escena V, acto II

## LIBROS

Amash, Jim con Eric Nolen-Weathington: *Carmine Infantino: Penciler, Publisher, Provocateur*. TwoMorrows Publishing, Carolina del Norte, 2010.

Andrae, Thomas: *Creators of the Superheroes*. Hermes Press, Pennsylvania, 2011.

Beard, Jim (editor): *Gotham City 14 Miles: 14 Essays on Why the 1960s Batman TV Series Matters*. Sequart Research & Literacy Organization, Illinois, 2011.

Brooker, Will: *Batman Unmasked: Analyzing a Cultural Icon*. The Continuum Publishing Group, Nueva York, 2001.

Collinson, Gary: *Holy Franchise Batman! Bringing the Caped Crusader to the Screen*. Robert Hale Limited, Gran Bretaña, 2012.

Coma, Javier (director de la colección): *Historia de los cómics*. Volúmenes 1 y 3, Toutain Editor, Barcelona.

Couch, N. C. Christopher: *Jerry Robinson: Ambassador of Comics*. Harry N. Abrams, Nueva York, 2010.

Cowsill, Alan; Irvine, Alex; Manning, Matthew K; McAvennie, Michael; Wallace, Daniel; Dougall, Alastair: *DC Comics. Year by Year. A Visual Chronicle*. Dorling Kindersley Publishing, Nueva York, 2010.

Dallas, Keith: *American Comic Book Chronicles: 1980-1989*. TwoMorrows Publishing, Carolina del Norte, 2013.

Daniels, Les: *Batman: The Complete History*. Chronicle Books, Nueva York, 1999.

Daniels, Les: *DC Comics: A Celebration of the World's Favorite Comic Book Heroes* (1995) Billboard Books, Nueva York, 2003.

Desris, Joe et al.: *Batman: The Sunday Classics 1943-1946*. Sterling Publishing,

Nueva York, 2007.

Didio, Dan (editor): *Batman. Cover to Cover*. DC Comics, Nueva York, 2005.

Durand, Kevin K. and Mary K. Leigh: *Riddle Me This Batman! Essays on the Universe of the Dark Knight*. McFarland & Company, Inc., Carolina del Norte, 2011.

Eury, Michael y Michael Kronenberg: *The Batcave Companion*. TwoMorrows Publishing, Carolina del Norte, 2009.

Feiffer, Jules: *The Great Comic Book Heroes (1965)*. The Dial Press, Nueva York, 1977.

Greenberger, Robert y Matthew Manning: *The Batman Vault*. Running Press, Filadelfia, 2009.

Jones, Gerard: *Men of Tomorrow. Geeks, Gangsters and the Birth of the Comic Book*. Basic Books, Nueva York, 2004.

Kane, Bob con Tom Andrae: *Batman & Me. The Saga Continues*. Zanart Entertainment, California, 1996 (1989).

Langley, Travis: *Batman and Psychology*. John Wiley and Sons, Inc, Nueva Jersey, 2012.

Levitz, Paul: *75 Years of DC Comics: The Art of Modern Mythmaking*. Taschen, California, 2010.

Levitz, Paul: *The Golden Age of DC Comics. 1935-1956*. Taschen, California, 2013.

Levitz, Paul: *The Silver Age of DC Comics. 1956-1970*. Taschen, California, 2013.

Maroto, Carlos D. y Alboreca, Luis F.: *Batman: De Bob Kane a Joel Schumacher*. Nuer Ediciones, Madrid, 1998.

Marx, Barry: *Fifty Who Made DC Great*. DC Comics, Nueva York, 1985.

Maslon, Laurence and Michael Kantor: *Superheroes! Capes, Cowls, and the Creation of Comic Book Culture*. Crown Archetype (Random House), Nueva York, 2013.

O'Neil, Dennis (editor): *Batman Unauthorized: Vigilantes, Jokers and Heroes in Gotham City*. Benbella Books, Texas, 2008.

Pasko, Martin: *The DC Vault*. Running Press, Filadelfia, 2008.

Pearson, Roberta E. y William Uricchio (editores): *The Many Lives of the Batman: Critical Approaches to a Superhero and His Media*. Routledge, Nueva York, 1991.

Robinson, Jerry: *Memoirs of a Cartoonist: Batman, Broadway & Beyond*. Dark Horse, Oregón, 2014. (Capítulo dedicado a Bill Finger y prestado como adelanto gracias a Jens Robinson y Denis Kitchen).

Schelly, Bill: *American Comic Book Chronicles: 1950-1959*. TwoMorrows Publishing, Carolina del Norte, 2013.

Schelly, Bill: *Founders of Comic Fandom: Profiles of 90 Publishers, Dealers, Collectors, Writers, Artists and Other Luminaries of the 1950s and 1960s*. McFarland & Company, Inc, Carolina del Norte, 2010.

Schwartz, Julius con Brian M. Tomsen: *Man of Two Worlds*. HarperCollins, Nueva York, 2000.

Scivally, Bruce: *Billion Dollar Batman: A History of the Caped Crusader on Film, Radio and Television From 10 cent Comic Book to Global Icon*. Henry Gray Publishing, Illinois, 2011.

Spurlock, J. David: *The Amazing World of Carmine Infantino: An Autobiography*. Vanguard, Nueva Jersey, 2001.

Nobleman, Marc Tyler; Templeton, Ty: *Bill, The Boy Wonder. The Secret Co-Creator of Batman*. Charlesbridge, Watertown, 2012.

Uslan, Michael E: *Una vida con Batman*. Editorial Planeta, Barcelona, 2012.

Vaz, Mark Cotta: *Tales of the Dark Knight. Batman's First Fifty Years: 1939-1989*. Futura Publications, Londres, 1989.

Wallace, Daniel: *The Joker: A Visual History of the Clown Prince of Crime*. Universe Publishing, Nueva York, 2011.

Wells, John: *American Comic Book Chronicles: 1960-1964*. TwoMorrows Publishing, Carolina del Norte, 2012.

White, Mark D. y Robert Arp (editores): *Batman and Philosophy: The Dark Knight of the Soul*. John Wiley & sons Ltd., Nueva Jersey, 2008.

## REVISTAS

*Comic Book Marketplace*, volumen 3, número 104. Gemstone, Missouri, julio de 2003.

*David Anthony Kraft's Comics Interview Super Special Batman*. Fictioneer Books, Nueva York, 1989.

*The Amazing World of DC Comics*, números 1-17. National Periodical Publications, Inc., Nueva York, 1974-1978.

## ARTÍCULOS

Amash, Jim: «Building “Batman” and Other True Legends of the Golden Age. The Jerry Robinson Interview Part I». *Alter Ego*, número 39, TwoMorrows, Carolina del Norte, agosto de 2004.

Amash, Jim: «I Graduated from Plato and Aristotle to Superman and Batman. DC Golden/Silver Age Editor George Kashdan Rattles a Few Skeletons in the DC Closet». *Alter Ego*, número 93, TwoMorrows, Carolina del Norte, mayo de 2010.

Amash, Jim: «I've Always Been a Writer. Alvin Schwartz on his Long Career in Comic Books... and Elsewhere». *Alter Ego*, número 98. TwoMorrows, Carolina del Norte, diciembre de 2010.

Amash, Jim: «Introduction». *Batman Archives*, volumen 7. DC Comics, Nueva York, 2007.

Amash, Jim: «You Don't Know if You Can Do Something Unless You Try It! The Jerry Robinson Interview Part II». *Alter Ego*, número 39. TwoMorrows, Carolina del Norte, agosto de 2004.

Amash, Jim: «You Two Guys Should Do Something Together! Charles Sinclair on his Partnership —and Friendship— with Bill Finger, Co-Creator of Batman». *Alter Ego*, número 84, TwoMorrows, Carolina del Norte, marzo de 2009.

Anónimo: «Introducing Bill Finger and Marty Nodell creators of Green Lantern!». *Green Lantern*, número 1. DC Comics, Nueva York, 1941.

Bails, Jerry G.: «Ghost Writers in the Sky. The First-Ever “Creators Panel” at a Comics Convention. Featuring Otto Binder, Gardner Fox, Bill Finger & Mort Weisinger». *Alter Ego*, número 20. TwoMorrows, Carolina del Norte, enero de 2003.

Bails, Jerry G.: «If the Truth Be Known or “A Finger in Every Plot”». *CAPA-Alpha*

(K-a), número 12, septiembre de 1965.

Barr, Mike W.: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 3. DC Comics, Nueva York, 2000.

Barr, Mike W.: «The Madames & the Girls. The DC Writers Purge of 1968». *Comic Book Artist*, número 5. TwoMorrows, Carolina del Norte, verano de 1999.

Cangialosi, James: «Batman and Beyond: An Interview with Jerry Robinson». *Comics Buyer's Guide*, número 1.328. DynaPubs, 30 de abril de 1999. (Documento consultado: borrador de la entrevista con Jerry Robinson cedido por su hijo Jens para este libro).

Collins, Max Allan: «Introduction». *Batman Archives*, volumen 2. DC Comics, Nueva York, 1991.

Cooke, John B.: «Batman, Dr. Strangelove and Everything in Between. A Talk With Lew Sayre Schwartz». *Alter Ego*, número 51. TwoMorrows, Carolina del Norte, agosto de 2005.

Desris, Joe: «Una historia de las tiras de prensa de Batman de los años 40. Partes 1 y 2». *Batman: Tiras Diarias*, volúmenes 1 y 2. Editorial Planeta DeAgostini, Barcelona, 1995.

Desris, Joe: «A History of the 1940s Batman and Robin Sundays». *Batman: The Sunday Classics 1943-1946*. Sterling Publishing, Nueva York, 2007.

Desris, Joe: «Biographies». *Batman: The Sunday Classics 1943-1946*. Sterling Publishing, Nueva York, 2007.

Dorf, Shel: «Maybe I Was Just Loyal. Longtime “Batman” Artist Sheldon Moldoff Talks About Bob Kane and Other Phenomena». *Alter Ego*, número 59. TwoMorrows, Carolina del Norte, junio de 2006.

Evanier, Mark: «Schwartz and All. Great Moments with Julius Schwartz (1915-2004)». *Alter Ego*, número 38. TwoMorrows Publishing, Carolina del Norte, julio de 2004.

Evanier, Mark; Beerbohm, Robert; Schwartz, Julius: «There's a Lot of Myth Out There! And DC Publisher Irwin Donenfeld Tries to Set It Right». *Alter Ego*, número 26. TwoMorrows, Carolina del Norte, julio de 2003.

Fagan, Tom: «Bill Finger. Man Behind a Legend». Inédito, 1965.

Fagan, Tom: «Con-Cave '66». *Batmania*, número 14. Febrero de 1967.

Finger, Bill: Nota personal sobre pagos, firmada y entregada a Julius Schwartz. 19 de noviembre de 1963.

Finger, Bill: Carta privada enviada a Tom Fagan. 19 de agosto de 1965.

Finger, Bill: Carta privada enviada a Tom Fagan. 17 de octubre de 1965.

Finger, Bill: Certificado de defunción. Sellado el 24 de enero de 1974.

Finger, Bill: Informe médico. 18 de enero de 1974.

Gilbert, Michael T.: «Internal Affairs: DC in the 1940s». *Alter Ego: The Comic Book Artist Collection*. TwoMorrows, Carolina del Norte, 2001.

Goodman, Tim: «In Search of Batman», *Palo Alto Weekly*, California, 28 de junio de 1989.

Johnson, Kim Howard: «Life With the Joker. With Bob Kane & Bill Finger, Jerry Robinson Introduced the Clown Prince of Crime». *Comics Scene*, número 35. Starlog, mayo de 1993.

Harvey, R.C.: «Introduction». *Batman: The World's Finest Archives*, volumen 1. DC Comics, Nueva York, 2002.

Kane, Bob: «An Open Letter to All Batmanians Everywhere». *Comic Book Artist*, número 3. TwoMorrows, Carolina del Norte, Invierno de 1999. (Carta original del 14 de septiembre de 1965).

Leahy, Patrick: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 1. DC Comics, Nueva York, 1992.

Marshall, Rick: «Introduction». *Batman Archives*, volumen 1. DC Comics, Nueva York, 1990.

McLaughlin, Jim: «Unmasking Batman». *Wizard: The Comics Magazine*, número 135. Gareb Shamus Enterprises, Inc., Nueva York, diciembre de 2002.

Nolan, Michelle: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 5. DC Comics, Nueva York, 2006.

O'Neil, Dennis: «Introduction», *Batman Archives*, volumen 5. DC Comics, Nueva



York, 2001.

Reed, Gene: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 7. DC Comics, Nueva York, 2009.

Ringgenberg, Steve: «Jerry Robinson». *Comics Interview*, número 57. Comics Interview Group, 1988.

Robinson, Jerry: «Introduction». *Batman Archives*, volumen 3. DC Comics, Nueva York, 1993.

Roussos, George; Desris, Joe: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 2. DC Comics, Nueva York, 1995.

Schelly, Bill: «Introduction». *Batman Archives*, volumen 6. DC Comics, Nueva York, 2005.

Schelly, Bill: «Introduction». *Batman: The World's Finest Archives*, volumen 2. DC Comics, Nueva York, 2004.

Schelly, Bill: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 4. DC Comics, Nueva York, 2003.

Schelly, Bill: «My Years with Batman: An Interview with Sheldon Moldoff». *Alter Ego: The Comic Book Artist Collection*. TwoMorrows, Carolina del Norte, 2001.

Schumer, Arlen: «Real Facts & True Lies. The True Story Behind “The True Story of Batman and Robin”». *Alter Ego: The Comic Book Artist Collection*. TwoMorrows, Carolina del Norte, 2001.

Schumer, Arlen: «The “Bat-Man” Cover Story. The Tale of Bob Kane’s Dark Knight Detective That “Could-Have-Been”». *Alter Ego: The Comic Book Artist Collection*. TwoMorrows, Carolina del Norte, 2001.

Schwartz, Alvin: «Batman: Backward Looking and Forward Leaning». *Batman: The Sunday Classics 1943-1946*. Sterling Publishing, Nueva York, 2007.

Schwartz, Alvin: «Introduction». *The Dark Knight Archives*, volumen 6. DC Comics, Nueva York, 2009.

Schwartz, Julius (sin acreditar): «Batman’s Hot-Line». *Detective Comics*, número 327. DC Comics, Nueva York, mayo de 1964.

Schwartz, Julius (sin acreditar): «Letters to the Batcave». *Batman*, número 169. DC

Comics, Nueva York, febrero de 1965.

Simmons, Lyn: Carta enviada a Peter Guber y John Peters de Warner Bros sobre la autoría de su marido. 15 de febrero de 1989.

Simmons, Lyn: Carta enviada a Ben Fong-Torres de *San Francisco Chronicle* sobre la autoría de su marido. 14 de junio de 1989.

Simmons, Lyn: Carta enviada a Steve Weinstein de *Los Angeles Times* sobre la autoría de su marido. 30 de junio de 1989.

Simmons, Lyn: Carta de renuncia a cualquier retribución económica causada por la posible inclusión de Bill Finger, en forma de dedicatoria, en los créditos de la película. Enviada a Warner Bros. a la atención de Patti Connolly. 31 de marzo de 1989.

Simmons, Steve: Carta privada enviada a su madre sobre la respuesta de Warner. 30 de marzo de 1989.

Sprang, Dick: «Introduction». *Batman Archives*, volumen 4. DC Comics, Nueva York, 1998.

Svensson, Marc: «My Greatest Adventures. A Candid Conversation with Arnold Drake, Co-Creator of Deadman and The Doom Patrol». *Alter Ego*, número 17. TwoMorrows, Carolina del Norte, septiembre de 2002.

Thomas, Roy (ed.) et al.: «Vin Sullivan: Present at the Creation». *Alter Ego*, número 27. TwoMorrows, Carolina del Norte, agosto de 2003.

Uslan, Michael: «Introduction». *Batman: The Dynamic Duo Archives*, volumen 2. DC Comics, Nueva York, 2006.

Waid, Mark: «Introduction». *Batman: The Dynamic Duo Archives*, volumen 1. DC Comics, Nueva York, 2003.

Weinstein, Steve: «Widow Wants “Batman” Writer to Get Credit». *Los Angeles Times*, 27 de junio de 1989.

Wilson, Ike: «Spotlight on Dick Sprang». *Alter Ego*, número 19. TwoMorrows, Carolina del Norte, diciembre de 2002.

## ENTREVISTAS

Conversaciones privadas mantenidas con los siguientes profesionales, por orden alfabético. Mi más sincero agradecimiento a todos ellos.

Amash, Jim. Historiador del mundo del cómic. Agosto de 2013.

Andrae, Thomas. Historiador del mundo del cómic y autor de los libros *Creators of Superheroes* y de la biografía oficial de Bob Kane, *Batman & Me*. Marzo de 2014.

Beatty, Scott. Guionista de cómics. Agosto de 2013.

Desris, Joe. Historiador del mundo del cómic. Marzo de 2014.

Finger, Athena. Nieta de Bill Finger. Agosto, septiembre y diciembre de 2013; enero de 2014.

Fingerroth, Danny. Historiador del mundo del cómic. Octubre de 2013.

Grayson, Devin. Guionista de Batman. Febrero de 2014.

Groth, Gary. Editor de *The Comics Journal*. Agosto de 2013.

Jones, Gerard. Guionista e historiador del mundo del cómic. Enero de 2014.

Kitchen, Denis. Editor de *Kitchen Sink*. Septiembre y octubre de 2013.

Langley, Travis. Autor de *Batman and Psychology* y fundador de The Comic Arts Council, plataforma desarrolladora del documental sobre Bill Finger *The Cape Creator: A Tribute to Bat-Maker Bill Finger*. Febrero de 2014.

Lee, Stan. Guionista y editor de Marvel Comics, en una consulta a través de Roy Thomas. Octubre de 2013.

Meltzer, Brad. Guionista de cómics, novelista e historiador. Septiembre de 2013.

Nobleman, Marc Tyler. Historiador y autor de *Bill The Boy Wonder*. Agosto, septiembre, noviembre y diciembre de 2013; enero de 2014.

Nodell, Jacque. Nieta de Martin Nodell. Octubre de 2013 y enero de 2014.

Nolan, Graham. Dibujante de Batman. Enero de 2014.

O'Neil, Denny. Guionista y editor de Batman. Agosto y septiembre de 2013.

Porter, Alan J. Historiador del mundo del cómic. Octubre de 2013.

Robinson, Jens. Hijo de Jerry Robinson. Octubre de 2013.

Templeton, Ty. Dibujante e ilustrador de *Bill The Boy Wonder*. Febrero de 2014.

Thomas, Roy. Guionista, editor e historiador del mundo del cómic. Responsable de la revista *Alter Ego*. Agosto y octubre de 2013; enero de 2014.

Uslan, Michael. Productor de la trilogía *El Caballero Oscuro* de Christopher Nolan, así como de todas las adaptaciones de animación o imagen real del personaje. También historiador del mundo del cómic. Enero de 2014.

## CÓMICS

Series principales de varios autores, publicadas por DC Comics, Nueva York.

*Detective Comics* 27 a 881, mayo de 1939 a octubre de 2011.

*Batman* 1 a 703, abril de 1940 a septiembre de 1986.

*Batman: Legends of the Dark Knight* 1 a 214, noviembre de 1989 a marzo de 2007.

*Batman: Shadow of the Bat* 1 a 94, junio de 1992 a febrero de 2000.

*Batman: Gotham Knights* 1 a 74, marzo de 2000 a abril de 2006.

## DOCUMENTALES

Carter, Marc: *Secret Origin: The Story of DC Comics*. Warner Home Video. Estados Unidos, 2010.

Burns, Kevin et al.: *Holy Batmania!*. 20<sup>th</sup> Century Fox. Estados Unidos, 2002.

Gray, Alexander y Jeff Maynard: «Batman and Me: A Devotion to Destiny, the Bob Kane Story», en *Batman: El regreso del Caballero Oscuro. Parte 1* (Blu-Ray). Warner Home Video. España, 2012.

Maynard, Jeff et al.: «A Test of Minds: The Psychology of Superman and Batman», en *Superman/Batman: Enemigos públicos* (DVD). Warner Home Video. España, 2009.

Nasr, Constantine: «Legends of the Dark Knight: The History of Batman», en *Batman: The Motion Picture Anthology 1989-1997* (Blu-Ray). Warner Home Video. Reino Unido, 2009 (2005).

Nasr, Constantine: «Shadows of the Bat: The Cinematic Saga of the Dark Knight». Partes 1 a 6 en *Batman: The Motion Picture Anthology 1989-1997* (Blu-Ray). Warner Home Video. Reino Unido, 2009 (2005).

Viotte, Michel: *De Superman a Spiderman. La aventura de los superhéroes*. DeAPlaneta Home Video, Kalamazoo International. Francia, 2001.

## **PÁGINAS WEB DE REFERENCIA**

[noblemania.blogspot.com.es/search/label/Bill%20Finger](http://noblemania.blogspot.com.es/search/label/Bill%20Finger)

[comicbookresources.com](http://comicbookresources.com)

[comics.org](http://comics.org)

[comicsbeat.com](http://comicsbeat.com)

[comicvine.com](http://comicvine.com)

[newsarama.com](http://newsarama.com)

[twomorrows.com](http://twomorrows.com)

[www.newsfromme.com/?s=BILL+FINGER](http://www.newsfromme.com/?s=BILL+FINGER)

## **ARTÍCULOS DE INTERNET**

[www.challzine.net/25/25alfie.html](http://www.challzine.net/25/25alfie.html)

[cityroom.blogs.nytimes.com/2009/07/21/dewitt-clintons-remarkable-alumni/?\\_r=0](http://cityroom.blogs.nytimes.com/2009/07/21/dewitt-clintons-remarkable-alumni/?_r=0)

[www.comicbookdb.com/creator.php?ID=111](http://www.comicbookdb.com/creator.php?ID=111)

[www.comic-con.org/awards/bill-finger-award-node](http://www.comic-con.org/awards/bill-finger-award-node)

[comicsalliance.com/ask-chris-164-bob-kane-is-just-the-worst/](http://comicsalliance.com/ask-chris-164-bob-kane-is-just-the-worst/)

[www.dialbforblog.com/archives/166/](http://www.dialbforblog.com/archives/166/)

[www.dialbforblog.com/archives/389/](http://www.dialbforblog.com/archives/389/)

[www.fingerfamily.com/html/bio-finger-bill-12367.html](http://www.fingerfamily.com/html/bio-finger-bill-12367.html)

[franklovece.com/webexclusives.html](http://franklovece.com/webexclusives.html)

[goodcomics.comicbookresources.com/2006/07/21/a-friday-spent-reminiscing-about-comic-con-international/](http://goodcomics.comicbookresources.com/2006/07/21/a-friday-spent-reminiscing-about-comic-con-international/)

[goodcomics.comicbookresources.com/2013/05/18/last-bat-timelast-bat-channel/](http://goodcomics.comicbookresources.com/2013/05/18/last-bat-timelast-bat-channel/)

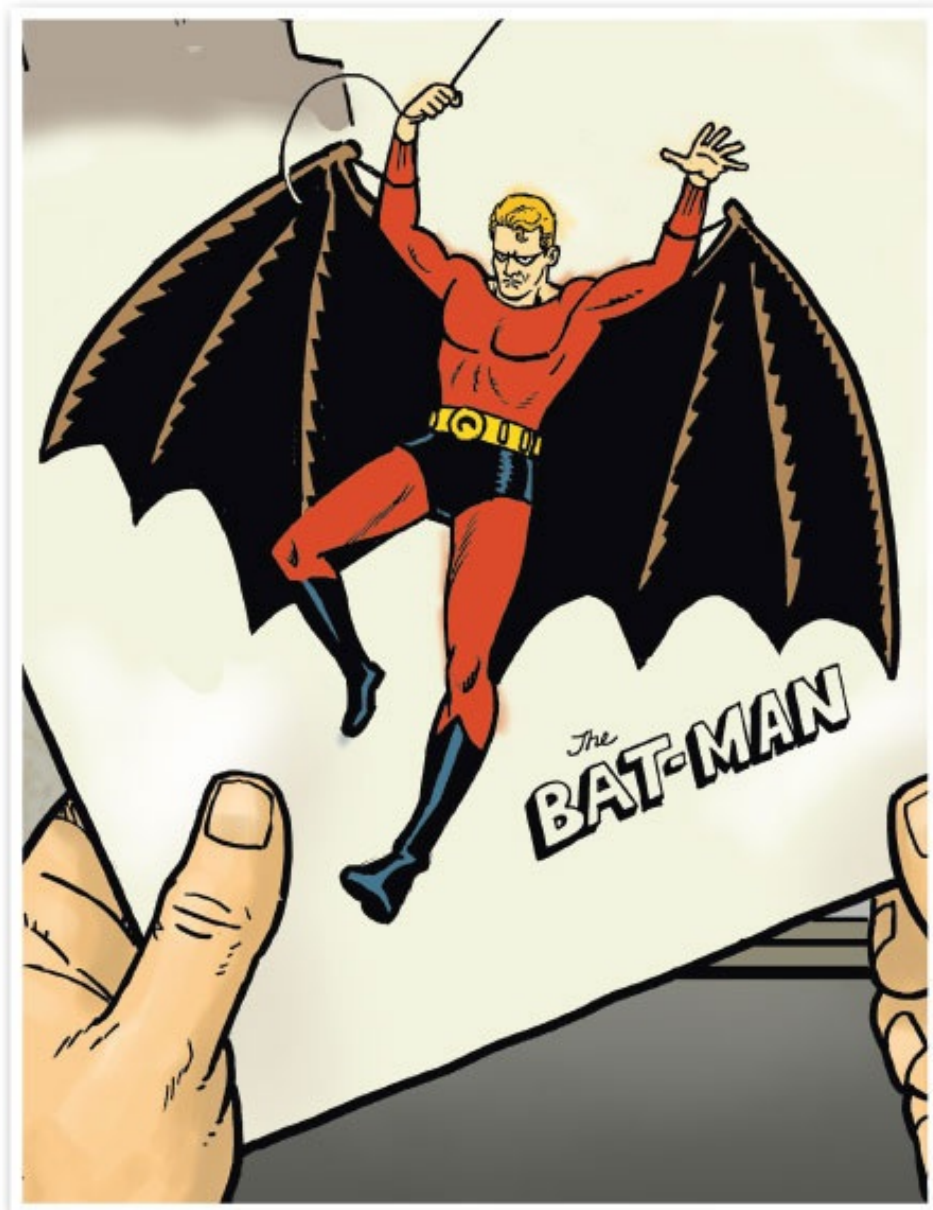
[knowledge.asb.unsw.edu.au/article.cfm?articleid=1700](http://knowledge.asb.unsw.edu.au/article.cfm?articleid=1700)

[http://larepublica.pe/blogs/comics\\_info/2012/10/03/bill-finger-el-padre-negado-de-batman/](http://larepublica.pe/blogs/comics_info/2012/10/03/bill-finger-el-padre-negado-de-batman/)

[newsok.com/interview-with-writer-alan-j.-porter/article/3258541](http://newsok.com/interview-with-writer-alan-j.-porter/article/3258541)

[www.rocketllama.com/blog-it/2009/07/21/interview-meet-thejokers-maker-jerry-robinson/](http://www.rocketllama.com/blog-it/2009/07/21/interview-meet-thejokers-maker-jerry-robinson/)

[www.rocketllama.com/blog-it/2009/08/05/interview-the-jokersmaker-tackles-the-man-who-laughs/](http://www.rocketllama.com/blog-it/2009/08/05/interview-the-jokersmaker-tackles-the-man-who-laughs/)  
[sequart.org/magazine/15339/bill-finger-batman-and-the-future-of-america/](http://sequart.org/magazine/15339/bill-finger-batman-and-the-future-of-america/)  
[www.tcj.com/jerry-robinson-been-there-done-that/](http://www.tcj.com/jerry-robinson-been-there-done-that/)  
[twomorrows.com/alterego/articles/05nodell.html](http://twomorrows.com/alterego/articles/05nodell.html)  
[www.twomorrows.com/comicbookartist/articles/03kane.html](http://www.twomorrows.com/comicbookartist/articles/03kane.html)  
[wednesdayheroes.com/apw-90-bill-finger/](http://wednesdayheroes.com/apw-90-bill-finger/)  
[www.worldfamouscomics.com/alvin/back19991101.shtml](http://www.worldfamouscomics.com/alvin/back19991101.shtml)  
[www.worldfamouscomics.com/alvin/back19991108.shtml](http://www.worldfamouscomics.com/alvin/back19991108.shtml)  
*The Testimony of Robert Kane*  
[www.youtube.com/watch?v=11SbcG9UdIs](http://www.youtube.com/watch?v=11SbcG9UdIs)  
*The Comic Book Greats Bob Kane Stan Lee*  
[www.youtube.com/watch?v=f63MZR3npsw](http://www.youtube.com/watch?v=f63MZR3npsw)  
*Jerry Robinson and the creation of The Joker*  
[www.youtube.com/watch?v=7iGPb3pUTII](http://www.youtube.com/watch?v=7iGPb3pUTII)  
*Is The Joker A Psychopath?*  
[www.youtube.com/watch?v=RNFQ\\_MjHxXo](http://www.youtube.com/watch?v=RNFQ_MjHxXo)  
*1989 Batman Movie Time Clip Interview Bob Kane*  
[www.youtube.com/watch?v=NJmmSem57TA](http://www.youtube.com/watch?v=NJmmSem57TA)  
*Martin Nodell DFF April 1994*  
[www.youtube.com/watch?v=Z3vI0CJNQpE](http://www.youtube.com/watch?v=Z3vI0CJNQpE)



Así habría sido el Batman de Bob Kane. El de Bill Finger es el que conocemos todos. Recreación de Ty Templeton para el libro ilustrado *Bill The Boy Wonder*.



Bill Finger con Portia (años cuarenta) y con su hijo Fred en una visita al zoo (años cincuenta). Fotos cedidas por Athena Finger y Marc Tyler Nobleman.





Bob Kane en los años sesenta, rodeado de ideas ajenas.



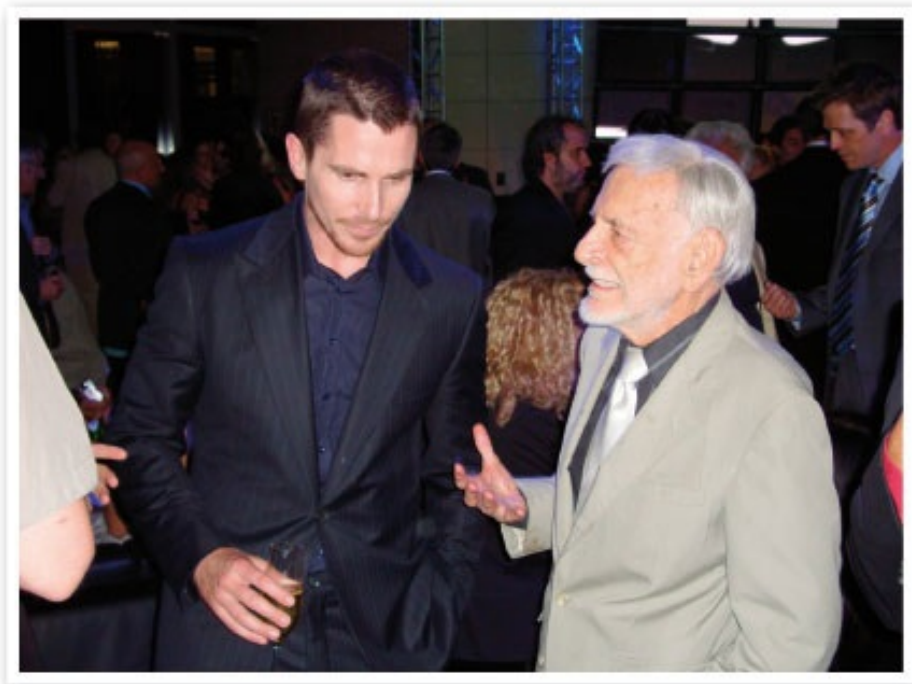
Jerry Robinson haciendo el Joker en el estudio de Times Square (1940), leyendo correo de fans con su hijo Jens o posando orgulloso con uno de los originales más queridos de cuantos hizo. Finger fue su mentor y él se encargó durante toda su vida de educarnos a todos en lo importante que fue Finger. Fotos cedidas por Jens Robinson.



Ilustración original de 1940 realizada por Jerry Robinson con la que él y Bill Finger crearon al Joker. Foto cedida por Jens Robinson.



Marc Tyler Nobleman junto a Lyn Simmons (2008) y Charles Sinclair en 2012 posando con una ilustración de su mejor amigo... delante de un escritorio que perteneció a Bill. Fotos cedidas por Marc Tyler Nobleman.



Momento histórico: Jerry Robinson en el estreno de *El Caballero Oscuro*; era la primera vez que alguien ajeno a Bob Kane aparecía de manera oficial en un evento similar gracias al productor Michael Uslan. En la otra foto, cuando Robinson habla, Batman escucha. Fotos cedidas por Michael Uslan y David Uslan.



Si Bill Finger hubiera estado aquí... le habría dado las gracias en persona a Michael Uslan y toda su familia, a Robinson y a su nieta Athena, presente en el extremo izquierdo de la última fotografía. Fotos cedidas por Michael Uslan y David Uslan.



DAVID HERNANDO ha sido el editor de Batman en España e Italia entre 2006 y 2011. En la actualidad es director editorial del departamento de Cómics de Planeta. En su faceta como escritor, ha publicado los ensayos *Batman: El resto es silencio* (2004), ganador del Premio de la Crítica, y *Superman: La creación de un superhéroe* (2013), con el que obtuvo reseñas excelentes y cobertura mediática en prensa, radio y televisión.

Después de desvelar la verdadera historia de Bill Finger, su siguiente reto es un ensayo sobre la trilogía *El Caballero Oscuro* dirigida por Christopher Nolan. Este libro será publicado directamente en inglés, en Estados Unidos, por Sequart bajo el título *Why Do We Fall? Analyzing Christopher Nolan's The Dark Knight Trilogy*.

# Notas



[1] En inglés *Giving History The Finger*, el título original de esta introducción, juega con la expresión *to give somebody the finger* «hacer un corte de mangas» y con el hecho de que por fin se reconocerá el trabajo de Bill Finger para que quede reflejado en la historia. (N. del t.) <<

[2] El nombre de nacimiento de Bill fue Milton Finger, pero él lo odiaba. Pese a haberle llamado Bill desde el principio de la narración para una mejor comprensión, es a partir de este punto en la historia cuando pasa a llamarse William, o Bill, de manera pública. <<

[3] En esta época conocida como National Allied Publications, pero a la que se hará referencia como DC Comics en todo momento. <<

[4] Este film en realidad es un *remake* de la película *El murciélago* (1920) donde el asesino sí lleva una máscara con forma de murciélago, pero que Kane reconoce no haber visto. <<

[5] Harvey Kent en su primera aparición, pero modificado después para evitar confundirlo con el *alter ego* de Superman, Clark Kent. <<

[6] Cifra equivalente a unos cien mil dólares en la actualidad. <<

[7] En inglés, William Hand y Bill (William) Finger se traducirían como Guillermo Mano y Guillermo Dedo, respectivamente. <<

[8] Curiosamente, entre 1992 y 2004, este actor da voz a Alfred en las series y películas de animación de Batman o de la Liga de la Justicia producidas por Bruce Timm. <<



[9] En inglés *stuffed* significa «de peluche», pero *bat* puede ser tanto «murciélago» como «bate». <<

[10] Desde entonces, este villano ha obtenido nuevas versiones en cómic y, en especial, en la serie de animación de Batman de 1992, convertido en un enemigo obsesionado por la puntualidad, curiosamente aquello en lo que Finger siempre fallaba al entregar sus guiones. <<